



JESSICA FIEDLER
**MUERTE SIN
REDENCIÓN**

Un secreto lo hizo blanco de peligrosos enemigos



Muerte sin redención
Jessica Fiedler

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, organizaciones, eventos, lugares e incidentes son todos productos de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier parecido con personas vivas o muertas, o con acontecimientos actuales o pasados, es pura coincidencia.

Prefacio.

Jarod.

Alice

Jarod

Alice.

Jarod.

Alice.

Jarod.

Prefacio.

El puñal lo atravesó sin previo aviso y en un primer instante la sorpresa impactó a Manny más que el dolor. Cuando quiso reaccionar ya era demasiado tarde. Luego lo invadió la debilidad. Para entonces ya nada importaba. La vida se le escapó con la misma rapidez con la que su sangre formó un charco en el suelo, pero antes de morir consiguió murmurar una oración de gratitud. Al menos, su final sería rápido.

El asesino arrancó el cuchillo del cuerpo de su víctima y lo envolvió en un trapo. Lamentaba tener que deshacerse de un arma tan magnífica, pero no podía permitir que la relacionaran con él, así que terminaría en el fondo del *Patapsco*. Miró al viejo que yacía en el suelo con la camisa ensangrentada, los ojos abiertos y la mirada perdida. Era una visión que debería causarle euforia, o cuando menos satisfacción. Había esperado tanto por ese momento... y sin embargo se sentía vacío. La muerte de Bunkers no le proporcionó el alivio que esperaba, y eso lo enfureció.

Después de esconder el cuchillo en el interior de su chaqueta, se asomó a la puerta para comprobar que nadie se había acercado al cuartucho que servía como vivienda al viejo conserje. El pasillo estaba desierto. Después de todo, ¿quién querría deambular por esa zona del hospital a esa hora de la noche? Aun así aseguró la puerta con el cerrojo para no correr el riesgo de que lo interrumpieran.

El asesino miró a su alrededor mientras trataba de adivinar dónde podría encontrar aquello que Manny guardó en secreto durante tantos años. La habitación que había servido de vivienda a Bunkers era pequeña y daba oportunidad a pocos escondrijos, así que el criminal pasó por encima del cadáver de su víctima y comenzó a registrar hasta el último rincón. Si estaba allí, lo encontraría.

Jarod.

La mañana comenzó mal, como corresponde a un mal día. Iba camino del cuartel de Policía cuando entró la llamada de Marian y tuve que desviarme hacia el hospital Rothberg. No me gustan los hospitales. Me traen malos recuerdos, y comienzo a sentir punzadas en la cadera apenas pongo un pie en ellos. Mi psicólogo de apoyo dice que es psicósomático, pero es que tampoco me gustan los psicólogos. En fin, que hice de tripas corazón y llegué al nosocomio.

El Rothberg no había cambiado mucho desde mi última visita. Las mismas paredes blancas con sus cristales impolutos en el exterior, los pasillos de cerámica blanca pulida, y el insoportable olor a desinfectante en el interior. Tan impersonal y aséptico que parecía un mausoleo.

Después de informarme con el recepcionista de la puerta, me encaminé hacia la vivienda del conserje en el sótano del edificio, junto al cuarto de las calderas. Avancé tan deprisa como mi maltrecha cadera me lo permitió sin que se notara la cojera.

Cuando llegué al sótano, no resultó difícil encontrar la escena del crimen. Solo había que localizar el perímetro trazado con cintas que vigilaban agentes uniformados, y detrás del cual se desarrollaba un trasiego de personas con un tufo a policía que se percibía a varios pies de distancia.

Stevens fue el primero que me vio. Se llevó la mano a la visera de la gorra a modo de saludo, y apartó la cinta para que yo pudiera pasar.

—Te daría los buenos días, Charlie, pero no pueden serlo si comienzan con un asesinato.

—Usted lo ha dicho, teniente.

—¿De qué se trata?

—Nos llamó el jefe de seguridad. Esta mañana temprano, algunos pacientes se quejaron de que la calefacción estaba demasiado alta, así que intentaron llamar al jefe de mantenimiento para que revisara las calderas, pero no pudieron localizarlo. Uno de los vigilantes vino a buscarlo y encontró la puerta asegurada. Cuando no recibió respuesta pensó que el conserje pudo sufrir un colapso o algo así, pues se trataba de un hombre de avanzada edad. En fin, el vigilante pidió refuerzos y un cerrajero. Cuando consiguieron abrir la puerta se dieron de bruces con el empleado muerto sobre un charco de sangre. Entonces nos llamaron.

—Supongo que no había nadie a su lado con el arma humeante, o una nota con la confesión del asesino —dije con sarcasmo.

—Me temo que no, teniente.

Me removí con incomodidad. Tenía un deseo imperioso de alejarme de ese lugar, y de repente comprendí la razón.

—Todavía hace un calor infernal aquí. ¿No revisaron las calderas?

—Las puertas también estaban cerradas con llave. Solo hace pocos minutos que el cerrajero nos dio acceso a ellas y pudimos apagarlas, señor.

—Sospecho que esto también es obra del homicida. Muy bien, Charlie, gracias por el informe. Entraré al horno y veré de qué más me entero.

Stevens asintió y se hizo a un lado para que yo pudiera pasar. ¡Malditas las ganas que

tenía! Esa mañana me había puesto un traje de *tweed* muy apropiado para la estación, pero que me hizo sentir en los predios de Satanás en cuanto entré a la sobrecalentada habitación. El olor que ya se desprendía del cadáver tampoco contribuía a mejorar mi disposición a reunirme con mis colegas.

La vivienda del conserje parecía el área de desastre de un tornado caprichoso. Los armarios y gavetas fueron vaciados y su contenido sembraba el suelo de todo tipo de objetos; además de que alguien se dedicó a mover los muebles y sacarles el relleno. La conclusión era evidente.

—El asesino buscaba algo —dije en un alarde de genialidad.

—Cuidado te estalla la cabeza de tanto pensar —me respondió Pattie, sin apartar la concentración del cadáver.

—¿Tienes algo para mí?

Dukes me lanzó una rápida mirada de desaprobación y volvió a lo suyo.

—¿Un «buenos días» te basta? —Mi alzamiento de una ceja debió convencerla de que no sería suficiente con eso—. De acuerdo. Apartando lo evidente, lo asesinaron con una puñalada al corazón. Murió en cuestión de segundos.

—¿Cuál fue la hora aproximada de la muerte?

—Eso será muy difícil de determinar —confesó la forense, mientras dejaba escapar un suspiro—. Con este calor se aceleró la putrefacción.

—Sí, supongo que ese era el objetivo del criminal cuando puso las calderas a tope —concluí.

—Esas vitaminas que te tomas le están haciendo mucho bien a tu cerebro, ¿no es así?

Esta vez fui yo quien suspiró ante el tono sarcástico de la doctora Dukes, al mismo tiempo que separaba la pretina de mi pantalón valiéndome de mis pulgares. Pattie era la única persona que conocía que era capaz de superar mi cinismo. Y se esforzaba en demostrarlo.

—*Touché*. Reconozco que es una conclusión obvia, pero qué esperabas a esta hora de la mañana, antes de mi primera dosis de cafeína. ¿Tenía nombre el occiso?

—Manny Bunkers —respondió una voz grave y conocida a mi espalda.

Cuando me volví, me encontré de frente con el rostro del jefe del CSI. Me avergonzó comprender que había escuchado el duelo verbal entre Dukes y yo. Me sentí como un crío pillado en falta. Si alguien se tomaba en serio la escena de un crimen y el respeto a los muertos, ese era Jacobs, así que contuve mi ironía y compuse mi expresión más circunspecta.

—¿Encontraron algo sus hombres que sea de ayuda para la investigación, capitán?

El jefe del CSI llenó sus pulmones y contuvo el aire, como si se preparara para dar un largo discurso:

—No puedo decirle mucho más allá de lo evidente, teniente. En el suelo encontramos una botella de cerveza medio llena y los fragmentos de un vaso, así que deducimos que Bunkers estaba sentado a la mesa bebiendo cuando se presentó el homicida.

—¿Solo había un vaso?

—Sí. Es evidente que no se sentó a compartir una cerveza con el asesino, sino que este llegó mientras él bebía. Sin embargo, el criminal debió estar muy cerca de él para poder asestarle una puñalada tan certera. Por otro lado, el estado de la habitación no nos permite saber si la víctima se defendió. Supongo que deberá esperar los resultados forenses para responder a esa pregunta —Alfred miró a Pattie cuando pronunció las últimas palabras.

—Por supuesto, señor —respondió Dukes, con la misma actitud formal que había adoptado yo. El prestigio de Jacobs imponía—. Cuando realice la autopsia sabremos si el señor

Bunkers sufrió heridas defensivas.

Decidí salvar mi imagen con una observación un poco más aguda que las obviedades que venía soltando:

—Aun cuando es notorio que asesino y víctima no compartieron una copa, el perpetrador debió estar a muy corta distancia para poder apuñalarlo en el corazón —el jefe me miró con el ceño fruncido, así que me apresuré a explicarme—. Lo que quiero decir es que Bunkers debía conocer al homicida, aunque no compartiera mesa con él.

—Explíquese mejor, teniente.

—Muy bien, digamos que Manny está sentado a la mesa bebiendo una cerveza cuando se presenta el criminal. Para que el homicidio se cometiera aquí y no en el umbral, él debió permitirle la entrada.

—A menos que lo asesinara en la puerta y arrastrara el cuerpo hasta aquí para ocultarlo —señaló Jacobs.

Tanto el jefe como yo miramos en dirección a la doctora, como si formáramos parte de una coreografía. Dukes negó con la cabeza.

—Puedo asegurarles que no movieron el cuerpo.

—¿Y si todavía estaba vivo cuando lo arrastró hasta aquí? —sugerí, haciéndome eco de la idea del jefe. Juro que sin intenciones de adularlo. Está bien, no mucho. Dukes negó con la cabeza antes de que terminara de exponer mi brillante teoría.

—Una herida en el corazón como esta causa una hemorragia masiva —explicó Pattie—. Es evidente por el charco de sangre que se formó debajo del cuerpo en los pocos segundos que tardó en morir. No había ni una gota cerca de la puerta.

—Tal vez el asesino la limpió para confundirnos —insistí, empeñado en defender mi postura.

—La doctora Dukes tiene razón —sentenció Jacobs, como un árbitro que saca la tarjeta roja. Y yo defendiendo su teoría, pobre ingenuo—. Las evidencias indican que la víctima cayó en el lugar donde la encontraron. Aunque corregiremos nuestras conclusiones si hallamos manchas positivas al luminol cerca de la puerta.

Asentí derrotado. ¿Qué más podía hacer? De manera que volví sobre mis pasos y enfoqué el asunto desde la perspectiva original.

—En ese caso, si el homicidio ocurrió aquí, significa que Bunkers dejó entrar a su asesino y que este lo apuñaló por sorpresa, tal vez mientras hablaban. Si ocurrió así, me pregunto cuál fue el tema de conversación.

—Como de costumbre, tienes un asunto difícil de resolver entre manos, hijo —me dijo el jefe en tono paternal, mientras me palmeaba el hombro con conmisericordia.

Jacobs no tenía idea de cuán proféticas resultarían sus palabras.



Me alegró mucho abandonar la escena del crimen, y no pude sino compadecer a los chicos del CSI, aunque ellos ya debían estar bastante acostumbrados. Cuando conseguí alejarme lo suficiente para dejar de sentir el olor a putrefacción, llené mis pulmones con el aire cargado de desinfectante. Ni siquiera me importó, pues mi mente estaba concentrada en mi siguiente paso. Lo primero sería averiguar quién era el hombre que yacía sobre un charco de su propia sangre. ¿Por qué alguien querría asesinar a un viejo conserje? ¿Había ofendido a quién no debía? ¿Tendría enemigos? Regresé a la recepción, donde me indicaron cómo llegar a las oficinas administrativas.

Se encontraban en el segundo piso, así que decidí subir por las escaleras. Estaba seguro de que mi cadera protestaría, pero así soy yo: un necio incorregible.

Por supuesto que me perdí. Tengo la secreta certeza de que *Dédalo* fue el arquitecto que diseñó el Rothberg, porque es lo más parecido que conozco a un laberinto. Seguí las indicaciones del personal de enfermería que se cruzó en mi camino, al mismo tiempo que ignoraba sus expresiones de conmiseración. ¿Saldría de allí algún día? Existen leyendas al respecto.

Avanzaba tan concentrado en mis pensamientos que en un cruce de pasillos me di de bruces con un paciente y casi lo tiro al suelo. Mis reflejos afloraron con tanta celeridad como mi vergüenza, y pude sujetarlo para ahorrarle la caída. Cuando levanté la mirada para disculparme se me hizo un nudo en la garganta. Entonces mi atención se centró en el bastón y la pierna artificial.

—¡Jarod! ¿Qué haces por aquí? No me digas que la cadera te ha vuelto a causar problemas.

Debo confesar que me sorprendió reconocer a Paul, aunque visto desde la distancia, no era tan extraño encontrarlo allí. Supongo que ese día mi velocidad de pensamiento no estaba en su mejor momento. Después de todo, solo habían pasado un par de días desde mi ruptura con Tina, si es que puedo utilizar un fracaso sentimental para justificar mi torpeza. Abracé a mi amigo antes de responderle. Por supuesto que él correspondió a mi abrazo.

—Nos llamaron por un suceso que ocurrió anoche y que debemos investigar —le respondí, evasivo. Aunque Paul era como mi hermano, no consideré profesional contarle los detalles de lo que ocurrió, aun cuando estaba seguro de que el asesinato del conserje se convertiría en la comidilla del hospital en pocas horas.

—¿Qué ocurrió? ¿Un robo?

—Eso no importa ahora. ¿Qué haces tú aquí? ¿Estás enfermo?

—Por supuesto que no. Ya sabes que soy un roble. Hace tiempo que no hablamos y por eso no te lo había contado: me colocarán una prótesis sensorial en lugar de esta «pata de palo» —dijo, al mismo tiempo que daba un par de palmadas a su pierna izquierda—. ¿No es genial?

—¿Prótesis sensorial? —pregunté con desconcierto.

—Está provista de electrodos que me permitirán experimentar algunas sensaciones. Es grandioso, pero debo acostumbrarme, así que vengo tres veces a la semana a la terapia física para adaptarme.

—Me alegra mucho por ti, amigo.

Después de pronunciar el cliché, no supe qué más decir y se instaló un silencio incómodo entre nosotros. Ambos sabíamos que si él estaba condenado a vivir sin una pierna era por mi culpa. Él lo llevaba mejor que yo.

—Pareces bastante perdido —observó Paul—. Me recuerdas aquella ocasión... —Revie vio algo en mi expresión que lo obligó a cambiar de tema—. ¿Buscas a alguien?

—Debo encontrar el despacho de personal.

—Es sencillo. Sigue por este pasillo y cruza en la segunda intersección. Al final están las oficinas administrativas. ¿Tienes tiempo para tomarte un café?

—Me gustaría Paul, pero me temo que estoy bastante ocupado. Tal vez otro día.

—De acuerdo. Quizá unas cervezas para celebrar mi nueva prótesis.

Asentí. Cualquier recuerdo o mención de la pérdida de la pierna de Paul me anudaba el estómago. Mi cerebro traidor me llevó al año 2008 en Afganistán, donde serví en otra vida. Mi patrulla hacía una ronda. Yo los comandaba, así que fui el principal responsable de lo que pasó. Era un veinteañero imprudente y arrogante. Es doloroso reconocerlo, pero aquel aciago día conduje a mis hombres a una trampa. La granada mató a Chris, mi mejor amigo. Cuando cayó a mi

lado, ni siquiera sentí los trozos de metralla que se incrustaron en mi cadera. Al siguiente momento, yo también estaba en el suelo a punto de perder la conciencia. Paul fue el héroe del día. Él asumió el comando, y junto con el resto de los hombres repelieron el ataque, pero en el intercambio de disparos una ráfaga le alcanzó la pierna izquierda y se la destrozó. Si se hubiera puesto a cubierto conservaría todas sus extremidades y yo sería hombre muerto. Por esos días ni siquiera éramos amigos todavía. Paul Revie me salvó la vida, y lo pagó caro.

—Jarod, ¿te encuentras bien? Te pusiste pálido de repente.

—No te preocupes, Paul. Estoy bien —afirmé, mientras me secaba el sudor de la frente con un pañuelo—. Este hospital me trae malos recuerdos, eso es todo.

Revie acompañó su respuesta con un par de palmadas en el hombro:

—La vida continúa, compañero. Ha sido duro, pero debemos afrontar el futuro con optimismo.

—Sí, claro. Supongo que tienes razón —respondí con sincera admiración.

Nunca pude comprender cómo Paul podía afrontar su pérdida con una actitud tan positiva. Yo solo tenía un poco de metralla en la cadera que me molestaba en los días fríos, y que en ocasiones me obligaba a cojear un poco. Era suficiente para amargarme la vida. Me sentí muy mal cuando me di cuenta de que mi amigo trataba de levantarme el ánimo, siendo él quién tenía que vivir con una pierna artificial. Me despedí de Paul con otro abrazo fraternal, y le desee suerte con su nueva prótesis.

Seguí las indicaciones de Revie y llegué sin problemas a las oficinas administrativas. La secretaria se mostró muy compungida y colaboradora cuando me identifiqué.

—¡Esto es espantoso! ¿Cómo es posible que alguien le hiciera algo así al pobre Manny? Con lo mucho que lo queríamos. Nadie está seguro. Dígame, señor, detective...

—Kinsley. Teniente Kinsley, de la Policía de Rothberg.

—Sí, claro, teniente. ¿Ya detuvieron al asesino?

—Todavía estamos investigando. Por esa razón necesito hablar con el director del hospital y con el jefe de Recursos Humanos.

—El director está de viaje desde hace dos semanas. Lo sustituye su ayudante, pero ahora está operando. En cuanto al jefe de Recursos Humanos: la señora Harriet se encuentra en su despacho.

—En ese caso, me gustaría hablar con ella.

—Por supuesto. Espere un momento y lo anuncio.

La chica abandonó su silla y se encaminó hacia una de las puertas que custodiaba. Después de un par de toques suaves se escuchó un «adelante» apagado. La secretaria se asomó e intercambió un par de palabras con la persona que ocupaba la oficina, entonces me miró y sonrió:

—Puede pasar, teniente.

Obedecí. Después de dar unos pasos me di cuenta de que estaba cojeando aunque no me dolía la cadera. «Es psicósomático», me dije a mí mismo. Debía olvidar el encuentro con Paul y la emboscada. Con un esfuerzo lo aparté de mi mente, aunque no fue fácil. Conseguí concentrarme en el caso, pero no pude evitar la sensación de angustia que me invadía cada vez que recordaba lo que ocurrió en el desierto de Registán.

Del otro lado de la mesa me esperaba una mujer de unos sesenta años, cuya baja estatura era evidente aun cuando estaba sentada. Tenía la preocupación pintada en el rostro. Por supuesto que ya conocía las novedades.

—Teniente Kinsley —dijo, después de comprobar mi nombre en la identificación que le mostré—. Mi secretaria me informa que desea hablar conmigo. ¿En qué puedo ayudarlo? Por

supuesto que colaboraremos con ustedes para que todo este desgraciado asunto se resuelva lo antes posible.

Me senté frente a ella y después de rechazar el café que me ofreció a pesar de la protesta de mis tripas, entré en materia.

—Necesitaré todos los datos que pueda proporcionarme acerca del señor Bunkers.

—Ya lo suponía, así que me tomé la libertad de hacer una copia de su expediente.

La señora Miller deslizó una carpeta en mi dirección. Lo primero que vi al abrirla fue una foto de Bunkers con diez años menos. La ficha estaba llena de datos concretos sobre la persona que fue Manny Bunkers, de sesenta y cuatro años de edad. Cerré la carpeta. Ya tendría tiempo de leerla con calma en mi propia oficina.

—Le agradezco su diligencia. Esto me ahorrará mucho tiempo. Sin embargo, me gustaría conocer algunos aspectos de la vida de la víctima que no aparecen en un expediente laboral. Usted se refirió a él con bastante familiaridad. ¿Lo conocía bien?

—Por supuesto. Todos queríamos mucho a Manny. Era muy amable y servicial.

—¿Tuvo problemas con alguien? ¿Tenía enemigos? ¿Recibió alguna amenaza?

—No, que yo sepa. Como le digo, era muy querido por todos en el hospital.

—¿Por qué vivía en el cuarto junto a las calderas? ¿Formaba parte de su contrato laboral?

—No. En realidad fue una concesión que le hizo el director. Manny decía que prefería vivir aquí porque así no estaba nunca solo, además de que se ahorraba un alquiler. Al hospital le venía bien que siempre hubiera un empleado de mantenimiento confiable a disposición de cualquier eventualidad. Recibía un pago extraordinario por ello.

—¿Tenía familia?

—En el expediente encontrará el nombre de su hija, aunque creo que no se llevaban bien.

—¿Qué le hace pensar eso?

—Un comentario que me hizo en una oportunidad, mientras arreglaba un tomacorriente de esta oficina.

—¿Tenía amigos? ¿Alguien que pueda proporcionarme información acerca de su vida privada?

—Muchas veces lo vi conversando con Burton, el dueño de la cafetería. Creo que eran buenos amigos. También acudía a sesiones con una de las psicólogas del hospital: la doctora Wilson.

—¿Sufría de algún problema de índole psiquiátrico?

—No lo creo. Hablamos de una persona muy centrada y bien adaptada. Sin embargo, la respuesta a esa pregunta solo podrá dársela Alice... la psicóloga que le mencioné.

—Muy bien, en ese caso hablaré con el señor Burton y con la doctora Wilson —afirmé, mientras tomaba nota de los nombres—. ¿Dónde puedo encontrar a la psicóloga?

—A esta hora debe estar en su despacho pasando consulta. Se encuentra en el tercer piso.

Estreché la mano de la señora Miller, al mismo tiempo que me ponía de pie y recogía la carpeta con el expediente de la víctima. Al comprender que debía subir otro piso pensé en mi cadera y maldije para mis adentros. Aunque no puedo afirmar que sufro de claustrofobia, no me gustan los ascensores. Me hacen sentir como si estuviera encerrado en un calabozo. Malos recuerdos.

Antes de salir de las oficinas administrativas, le pregunté a la secretaria dónde estaba el elevador porque necesitaba subir al tercer piso. Me miró con cierta desaprobación. Debí pensar que era un tipo más vago que el que inventó el mando a distancia. Aun así me dio las instrucciones para alcanzar mi meta. Subí al ascensor junto con media docena de personas que a juzgar por sus

rostros pensaron lo mismo que ella. Los ignoré. Es algo que se me da bien.

En esta ocasión no me resultó difícil encontrar la oficina correcta. En la sala de espera había media docena de pacientes que me miraron con odio cuando le mostré mi identificación a la recepcionista, y le anuncié que quería hablar con la doctora Wilson lo antes posible.

—Serán unos minutos —le prometí a la chica—. Solo necesito que su jefa me aclare algunas dudas y luego me marcharé.

—Pero usted es de la Policía —susurró la joven, con preocupación—. ¿Significa esto que la doctora necesitará un abogado?

—Por supuesto que no. Lo que me trae por aquí no tiene nada que ver con ella. Su relación con este asunto es circunstancial.

Mis palabras fueron sinceras, pero en ese momento no tenía idea de lo equivocado que estaba.



La recepcionista me señaló una de las sillas frente a ella cuando conseguí vencer su resistencia.

—La doctora Wilson está en sesión con un paciente y no se le puede molestar —argumentó con seriedad—. Espere, por favor. Terminará en pocos minutos.

Asentí y obedecí. Aunque no me lo crean, yo también puedo ser un hombre comprensivo y paciente. Que no practique esas virtudes con frecuencia es otra historia, pero ese día me sentía generoso, así que después de desabotonar mi chaqueta ocupé el asiento que me señaló la joven. Decidí aprovechar el tiempo de espera ojeando el expediente que me proporcionó la señora Miller.

—Yo he visto a ese viejo.

Cuando voltee en dirección a la voz aguda que pronunció esas palabras a mi derecha, di un respingo en el asiento. A mi lado había una jovencita de edad indefinida con la cara blanca por el maquillaje, los ojos delineados con anchas franjas negras, las cejas y el cabello más negros que la conciencia de un narco y con más *piercings* que la quincalla de un gitano.

—¿Lo conoces?

—Me crucé un par de veces con él por aquí.

—¿Cuál es tu nombre?

—Holly.

—¿Vienes a esta consulta desde hace mucho tiempo?

Una bomba de chicle salió de los labios de la chiquilla, explotó y ella comenzó a mascar con furia.

—No es asunto suyo. Es poli, ¿verdad?

—¿Tanto se me nota?

Hizo una mueca burlona.

—Bromea, ¿verdad? ¡Con esa corbata no puede ser otra cosa!

Era mi corbata preferida, así que envaré la espalda y fruncí el ceño para mostrarme ofendido.

—¿Qué tiene de malo mi corbata?

—Canta a leguas. No debería hablar con usted. No está bien visto en mi tribu relacionarse con los polis —enarqué una ceja—. No es nada personal, pero ya sabe, una tiene su prestigio.

—Qué tal si haces una excepción. Y te prometo que cambiaré de corbata.

La sonrisa de Holly asomó a la niña que era en realidad.

—Usted me cae bien. Es gracioso.

¡Gracioso! He recibido todo tipo de calificativos en mi vida... la mayoría nada edificantes, pero era la primera vez que alguien me encontraba gracioso. La inocencia de la juventud. Sonreí. Y juro que fui sincero. O al menos era la sincera sonrisa de un policía.

—Gracias, supongo. ¿Qué me dices del hombre de la fotografía?

—Coincidimos un par de veces en esta sala. Era amable y parecía bondadoso. Me recordaba a mi abuelo.

—¿Cuándo lo viste por última vez?

—La semana pasada. Lo recuerdo porque parecía diferente.

—¿Qué quieres decir?

—Me gustaba encontrarme con él porque siempre me buscaba conversación y me hacía reír, pero ese día se veía ensimismado. No me saludó. Creo que ni siquiera se dio cuenta de que estaba aquí.

—¿Se veía preocupado?

Holly asintió con expresión seria.

—Y muy triste.

—¿Teniente Kinsley? Puede pasar —anunció la recepcionista.

Le di las gracias a Holly por hablar conmigo, a pesar de mi imperdonable condición de poli, y seguí a la secretaria. Del despacho salió una dama que me doblaba en anchura y que iba enjugándose las lágrimas con un pañuelo, por lo cual me alegré de no estar allí como paciente. Creo que ya mencioné que no me gustan los psicólogos. Confieso que yo también he llorado en una que otra de sus consultas. «Ejem». Cuando tienes una reputación de tipo duro que cuidar, el fulano que te ve llorar se convierte en un problema potencial.

Y hablando de problemas, los míos estaban a punto de comenzar. Abotoné mi americana, sacudí los hombros y entré al despacho muy circunspecto. Frente a mí se encontraba la doctora Wilson, quien me miró por encima de sus grandes anteojos de marca, sin dejar de escribir. Era evidente que le molestaba la interrupción, pero así son los asesinatos: siempre inoportunos. Después de años en la Policía, todavía no me he encontrado con el primero que ocurriera en «el mejor momento». Así que la doctora tendría que aguantarse, como todos.

—Me dice Stella que usted es policía y que quiere hablar conmigo acerca de la muerte de Manny —me dijo con tono cortante.

Sentí su hostilidad en los huesos, así que desvié la mirada por encima de su cabeza para fijarla en una mala reproducción del «Ramo de crisantemos», de Renoir. Soy admirador del buen arte, y en aquella cosa reconocí un adefesio.

—Vengo a hacerle algunas preguntas con motivo del asesinato del señor Bunkers. Por esa razón estoy aquí.

—Sé que es su trabajo, pero espero que comprenda que las personas que están en esa sala de espera necesitan que las atienda con la mayor celeridad posible, así que le ruego que sea breve.

De modo que la muy bruja consideraba su trabajo más importante que el mío, y me quería fuera de allí cuanto antes. Me acomodé el nudo de la corbata que no le gustaba a Holly, y enderecé la espalda para parecer más alto. Pose de pavo real o macho alfa, daba igual porque ella no se inmutó, así que atacué.

—Tengo entendido que Manny Bunkers también era su paciente y supongo que estará de acuerdo conmigo en que merece que atrapemos a su asesino, lo cual es mi trabajo, pero supongo

que entiende que no podré hacerlo sin la colaboración de quienes lo conocían y apreciaban.

La doctora dejó el bolígrafo sobre la mesa con un golpe seco, se echó hacia atrás en el asiento y se quitó los anteojos. Maldita la hora en que lo hizo, porque su mirada se dulcificó y mi corazón perdió el paso por un par de latidos. Ya no podría verla igual.

—Tiene razón, teniente. Disculpe mi mal humor —me dijo con una voz más amigable—. Usted debe cumplir con su trabajo y lo único que yo puedo hacer por Manny es colaborar con su investigación, pero su interrupción es inoportuna.

—Soy policía. Siempre soy inoportuno —respondí con sarcasmo. Sí, ya sé, no debí hacerlo, pero la venganza es dulce.

Wilson se envaró y se puso los anteojos, endureciendo de nuevo su expresión.

—¿Qué quiere saber? Sea breve, por favor.

—Seré más breve que Pipino. Solo necesito que me entregue una copia de la historia clínica de Manny Bunkers.

—Supongo que no hablará en serio —respondió la arpía con el ceño fruncido. Y créanme que me acoquinó.

—Hablo muy en serio. Necesito conocer las circunstancias personales de la víctima para poder encontrar a su asesino. Y quién mejor para proporcionarme esa información que su psicóloga.

—Teniente...

—Kinsley —le recordé, aunque estaba seguro de que ella no tenía ninguna duda sobre mi nombre.

—Muy bien, teniente Kinsley. Permítame refrescarle la memoria: la información que me pide es confidencial. Forma parte del secreto profesional y por supuesto que no se la daré.

Suspiré. Más por aburrimiento que por contrariedad. Después de todo, ya me lo esperaba. A estas alturas ya estaba cabreado y la cadera comenzaba a recordarme su existencia con punzadas, a causa del tiempo que llevaba de pie. De manera que reconozco que mis siguientes palabras debieron sonar un poco... bruscas. Bueno, bastante bruscas, pero es que con el día que llevaba... En fin, que afloró «*mister Hyde*».

—Permítame recordarle a usted que Manny Bunkers está muerto, y que su confidencialidad ya no le importa a nadie.

—Por supuesto que importa. Aunque esté muerto merece respeto y que yo guarde los secretos que me confió.

—¿Aunque esos secretos le permitan a su asesino irse de rositas?

—Nada de lo que me dijo arroja indicios sobre quién lo asesinó.

—Eso debería juzgarlo yo, que soy el policía. ¿No cree?

—¿Alguien le ha dicho que es un arrogante insufrible?

—Todo el tiempo, pero suelen ser personas que me importan.

Wilson abrió la boca para responderme, pero no supo qué decir. Cogió aire y lo soltó despacio, antes de volver sobre el tema de Manny.

—No le daré el expediente de uno de mis pacientes. Está muerto o no.

—Sabe que tendrá que hacerlo si regreso con una orden.

—En ese caso, adelante. Busque esa orden. Solo un juez tiene derecho a exigirme que ignore el secreto profesional. Y tengo entendido que usted no es juez.

Me di media vuelta y salí del despacho. Desde el principio tenía claro que necesitaría la orden del juez para que Wilson cediera, pero qué demonios, la discusión fue entretenida, y la doctora me pareció interesante. Me gustan las mujeres fuertes, como evidencia mi larga lista de

fracasos sentimentales. Y no había duda de que la doctora Wilson lo era. Sin embargo, había una investigación criminal que esperaba solución y si continuaba de pie después del día que llevaba, acabaría doblado por el dolor de la cadera. No podía permitirme semejante demostración de debilidad frente a la psicóloga. Así que la dejé con la palabra en la boca y me marché. Mi próximo objetivo sería Niles Burton. No estaría mal entrevistar al siguiente testigo sentado frente a una taza de café.



Minutos después me encontraba en la cafetería del hospital. Frente a mí tenía a Niles Burton, quien según los rumores era el mejor amigo de Bunkers. Entre él y yo mediaba una taza de café cargado, sin azúcar y con bastante espuma, que es como lo prefiero y que contribuyó a mejorar mi humor. Para ser sincero, es el único buen recuerdo que tengo de ese día.

Burton era el tipo de persona que menos hubiera relacionado con el conserje. Se trataba de un cincuentón corpulento con barba de candado y sin un pelo de tonto. Está bien, sin ningún pelo en absoluto. Me miraba con una mezcla de desconcierto y temor, lo cual disparó mis alarmas.

No sé si la teoría será cierta, o una leyenda urbana, pero dicen que los perros huelen el miedo y por eso atacan. A los policías nos ocurre lo mismo. Un tipo asustado siempre es un buen sospechoso.

—¿Desde cuándo conocía al señor Bunkers?

—Desde hace un par de años, cuando compré la concesión de la cafetería a su dueño anterior. Manny siempre estaba dispuesto a ayudar cuando había que hacer alguna reparación.

—¿A cambio de nada?

—De vez en cuando le invitaba a una cerveza, o un café.

—¿Tenía enemigos?

—¿Manny? —preguntó con evidente sorpresa—. Nadie que valga la pena mencionar.

Preparé mi bolígrafo para tomar notas. Nada estimula tanto la locuacidad de un testigo como un poli tomando notas de lo que dice. Los hace sentir importantes y parlanchines.

—¿Qué significa eso con exactitud?

—Aquí queríamos mucho a Manny, pero como suele ocurrir en estos casos, se llevaba bien con todos excepto con su propia hija.

—Sí, alguien más me la mencionó hoy. Aunque no recuerdo quién —dije, haciéndome el despistado—. ¿Sabe cuál era el origen de sus diferencias?

—El novio de la chica. Manny me lo confesó en alguna ocasión, después de tomarse un par de cervezas de más. Al parecer, el sujeto es un vago y un malviviente, pero ella está enamorada. Ya sabe cómo es eso.

—Por supuesto. ¿Hasta dónde llegaban sus diferencias?

—No se hablaban, pero si lo que me pregunta es si ella tuvo algo que ver con la muerte de mi amigo... no lo creo.

—¿Y el novio?

—No sabría decirle. No lo conozco y creo que Manny tampoco llegó a cruzar más de dos palabras con él.

—Para asesinar a alguien no hace falta mantener una conversación fluida —señalé, volviendo a mi cinismo habitual. Burton se encogió de hombros—. ¿Sabe usted el nombre del chico?

—Colin. Lo lamento, pero no conozco su apellido.

—De acuerdo. Hablaremos con la señorita Bunkers y con el señor «Colin loquesea».
¿Dónde estuvo usted anoche?

—¿Soy sospechoso?

—En este momento todos lo son.

—Estuve en mi casa. Fue un día duro y me retiré temprano.

—¿Alguien puede corroborarlo?

—Me temo que no; vivo solo.

—¿Sabe usted de alguien con quien Manny tuviera problemas?

Niles negó con la cabeza antes de que yo terminara de formular la pregunta, pero entonces sus ojos se abrieron y dio un respingo.

—Espere, sí. Ahora recuerdo que el año pasado tuvo un ayudante. Su nombre era Lucius. Tampoco recuerdo su apellido. Lo único que puedo decirle es que la dirección del hospital lo contrató para que ayudara a Manny, pero duró menos que el Titanic.

—¿Por qué?

—Mi amigo se quejó. Además de vago, el chico no sabía hacer nada, así que Manny siempre tenía que volver sobre los trabajos que le encargaba.

—Supongo que Lucius no se lo tomó muy bien.

—Maldijo y amenazó a su exjefe, al punto que me vi obligado a intervenir para que se marchara. Creo que de no ser por mí, habría golpeado al viejo.

Observé a Burton con sus generosas doscientas cincuenta libras de peso y lo que debió representar su interés por el asunto.

—¿Lucius era violento?

—Solo se comportó con agresividad ese día.

—¿Cómo se llevaba el conserje con la psicóloga?

—¿Se refiere a la doctora Wilson?

—A ella me refiero —sentenció. ¿Por qué demonios hice esa pregunta? La psicóloga no era sospechosa. ¿O sí?

—Manny la apreciaba mucho y era mutuo. La doctora lo atendía sin cobrarle honorarios.

—¿Por qué?

—Supongo que por simpatía o agradecimiento por las pequeñas reparaciones que hacía en su despacho. No lo sé. Eso tendrá que preguntárselo a ella.

—De acuerdo —afirmé, dando por terminado el tema, mientras simulaba tomar nota. Luego levanté la mirada—. Según he sabido, el señor Bunkers manifestó cambios en su estado de ánimo durante los últimos días —Niles asintió, así que sabía a lo que me refería. Bendita Holly—. ¿Sabe por qué?

Burton suspiró, lo cual me hizo recordar a un globo desinflándose.

—Supongo que ya no tiene importancia. Manny me obligó a prometerle que no se lo contaría a nadie, pero qué caso tendría guardar el secreto... Hace un mes le diagnosticaron una enfermedad terminal.

—¿Qué tipo de enfermedad?

—No estoy seguro. Solo me dijo que el doctor le anunció que con suerte le quedaban solo algunos meses de vida.

—¿Quién más lo sabía?

—Tengo la certeza de que no se lo dijo a nadie más... Excepto quizá a la doctora Wilson. Manny decía que era la persona más honesta que conocía y que se podía confiar en ella.

—¿El señor Bunkers tenía bienes de fortuna? ¿Alguna propiedad?

Burton negó con convicción.

—El pobre no tenía dónde caerse muerto y siempre estaba sin un centavo. Por eso lo invitaba a cambio de algunos trabajillos.

Mi cerebro empezó a hacer cuentas. No soy Euclides, pero las matemáticas siempre se me dieron bien.

—¿Le daba dinero a su hija?

—Ni un centavo. Decía que sería alimentar al vago que la parasitaba.

—Entonces era derrochador.

—Al contrario. Era el sujeto más austero que puede imaginar.

—¿Cómo lo explica, entonces? Quiero decir: el señor Bunkers tenía un sueldo como conserje, además del bono que recibía por estar disponible las veinticuatro horas, no tenía que pagar alquiler, ni cargas familiares. No es posible que no le alcanzara el dinero.

—Pues visto así, usted tiene razón.

—¿Era jugador?

—No, yo me hubiera dado cuenta. No puedo decirle qué hacía Manny con el dinero, pero le aseguro que murió más pobre que un ratón de ferretería.

—¿Sabe usted dónde puedo encontrar a la hija del señor Bunkers?

—Lo lamento, pero no tengo idea de cuál es su dirección. A Manny no le gustaba hablar sobre su familia.

Dejé de insistir, pero tomé nota. Allí había algo extraño y cuando sientes un chirrido cerca de un homicidio, toca investigar. Me despedí del dueño de la cafetería y le pedí que acudiera al cuartel de Policía de Williamsburg para que firmara la declaración.

Pasé el resto de la mañana interrogando a todos los miembros de la plantilla que tuvieron algún tipo de relación personal con el conserje. Todos coincidieron en darme la misma descripción que recibí de Burton y la psicóloga, así que no aportaron mucho más a lo que ya sabía.

Mientras hacía mi trabajo no podía evitar preguntarme qué hacía Manny Bunkers con su sueldo. ¿Era un avaro que lo guardaba y tal vez alguien lo mató para robarle? Esa teoría explicaría el estado de la habitación, porque era evidente que el asesino buscaba algo. ¿O tal vez era un filántropo que donaba sus ingresos para obras de caridad? Encajaría con la descripción de su carácter, pero se me hacía difícil creerlo. ¿Tendría algún vicio oculto? Valdría la pena investigarlo. La intuición me decía que la pobreza de Bunkers podía tener relación con su asesinato.

Con estos pensamientos dándole vueltas a mi cabeza salí del *Rothberg's Hospital Center* camino de mi oficina. Todavía tenía mucho trabajo por delante, y eso me alegró porque permitiría que me mantuviera ocupado. ¿Les comenté que había roto con mi novia hacía poco tiempo? Lo curioso era que la imagen que acudía a mi cerebro una y otra vez no era la de Tina, sino la de una psicóloga con muy malas pulgas.

Alice:

La jornada siguiente a la noche en la que Manny murió fue uno de esos «diebus horribilis». Durante toda la mañana tuve que esforzarme para mantener la concentración. La noticia de lo que le ocurrió al viejo conserje me conmovió, pero la gota que derramó el vaso fue la impertinencia del policía que se ocupaba de la investigación. Me pareció un sujeto cínico, arrogante, insufrible, y esperaba no tener que volver a verlo. En especial porque no quería sentir otra vez cómo se aceleraba mi pulso o temblaban mis manos. Reconozco a un depredador cuando lo veo, y también sé que estás perdido si muestras debilidad frente a uno.

Me sentía tensa como una cuerda de guitarra, hasta que Revie entró por la puerta de mi despacho con su sonrisa habitual. Como siempre, admiré su actitud positiva ante la pérdida de su pierna. Cualquiera otro hubiera nadado en un mar de autocompasión, pero no Paul. Mi amigo estaba hecho de otro material.

No esperó a que lo invitara para sentarse frente a mí. Se acomodó en el asiento y estiró la pierna donde tenía la prótesis, mientras sujetaba el bastón con las dos manos.

—Pareces tensa. ¿Te ocurre algo, Alice?

—Nada —respondí, con una sacudida de la cabeza—. Supongo que todavía no salgo del estupor que me causó la noticia de la muerte de Manny.

—Ese fue el empleado que encontraron muerto esta mañana, ¿no es así? —Asentí—. Escuché a una enfermera comentárselo a otra. Es terrible que ocurriera algo así. ¿Lo conocías bien?

—Era muy amable y servicial conmigo.

—Es una lástima que terminara su vida así —reconoció Paul con un suspiro—, pero estoy seguro de que Jarod descubrirá al asesino.

—¿Jarod? ¿Te refieres al policía que investiga el caso? —Esta vez fue Revie quien asintió—. Me pareció un cretino.

—¿Habló contigo?

—Estuvo aquí hace algunos minutos para pedirme el expediente clínico de Manny. Por supuesto que no se lo di. Se trata de una información confidencial.

—No creo que Jar se conforme con ese argumento. Estoy seguro de que buscará una orden judicial.

—Eso dijo —afirmé, mientras me inclinaba hacia adelante en el asiento—. Parece que lo conoces bien.

—Servimos juntos en Afganistán. Él comandaba la patrulla de exploración cuando nos emboscaron y yo terminé con esto —explicó Paul, al mismo tiempo que se daba un par de palmadas en la pierna artificial—. Jar también salió con algunas heridas.

—¿Graves? —pregunté, antes de que mi conciencia pudiera contener a mis labios.

—No tanto como las mías. Sufrió heridas en la cadera a causa de la metralla. Creo que todavía le molestan algunas veces.

—Tal vez eso explica por qué parece amargado —señalé, con un suspiro.

—No lo sé. Jarod es un poco intenso. Ya lo era antes de las heridas, pero en el fondo es un buen tipo. Solo hay que conocerlo.

—Es un arrogante —sentencié. Paul encogió los hombros—, pero no hablemos más de él. Cuéntame, ¿cómo te va con la nueva prótesis? ¿Te adaptas bien?

Durante la siguiente media hora, Revie me habló de cómo se sentía acerca de las primeras pruebas. Todo se resumía a una sola palabra: eufórico. Mientras él me explicaba todo lo que podría hacer una vez que le adaptaran la prótesis sensorial, mi mente volvía una y otra vez al asesinato de Manny y al desagradable policía que lo investigaba. Me avergüenza reconocerlo, pero cuando rememoro aquella sesión, solo recuerdo un parloteo sin sentido, y entonces me siento culpable.

Para ser honesta, las sesiones con Paul se parecían más a una reunión entre amigos que a una consulta psicológica. Se suponía que yo le iba a proporcionar las herramientas para adaptarse a los cambios que implicaría el uso de la nueva prótesis, pero él ya lo había conseguido sin mi ayuda.

—Pareces distraída. ¿Ocurre algo?

Suspiré y supongo que enrojecí hasta la raíz de mis cabellos, pues soy ese tipo de persona. Es humillante que un paciente te descubra pensando en las musarañas mientras te habla, pero se trataba de Paul, y eso de alguna manera suavizó el momento de vergüenza, así que decidí sincerarme.

—Lo lamento. Todo este asunto del asesinato de Manny me desconcierta, y luego ese policía me causó muy mala impresión.

—No te dejes guiar por las apariencias, Alice. Reconozco que Jar puede resultar antipático cuando acabas de conocerlo. Yo mismo tardé algunos meses en confraternizar con él. De hecho, cuando nos emboscaron solo era mi comandante y pensaba lo mismo que tú, pero mientras ambos nos recuperábamos de nuestras correspondientes heridas tuvimos un trato más social y descubrí otras facetas de su carácter. Entonces se convirtió en mi mejor amigo. Jarod puede ser áspero, pero no encontrarás a nadie más leal.

—¿Cómo ocurrió esa emboscada, Paul? Nunca me lo has contado.

—Es porque no me gusta hablar de eso. Además, no hay mucho que decir. Patrullábamos cerca de la base, en Nangarhar, cuando un grupo de cinco *muyahidines* nos emboscaron. Iniciaron el ataque con una granada que mató en el acto al sargento, quien era el segundo al mando y también el mejor amigo de Jarod. Las esquirlas lo alcanzaron a él en la cadera, por lo que cayó herido. Yo era cabo, así que asumí el mando y repelimos el ataque. Los *muyahidines* terminaron muertos, pero una ráfaga me alcanzó en la pierna durante el enfrentamiento. El daño fue tal que... bien, el resultado está a la vista.

—Entonces tú salvaste la situación y también la vida de Kinsley.

—Las circunstancias me pusieron al frente, pero si hubiera sido al contrario estoy seguro de que Jarod hubiera repelido el ataque mejor que yo.

—Supongo que eso nunca lo sabremos. ¿Qué opina el teniente?

—Casi nunca hablamos de eso, pero cuando me visitó en el hospital después de la amputación, me confesó que se sentía culpable por lo que me ocurrió. Es una tontería. Él no podía saber que nos conducía a una emboscada y resultó malherido en los primeros segundos, así que no considero que sea responsable de lo que ocurrió.

Las palabras de Paul despertaron a la psicóloga que hay en mí. Empatiqué con Kinsley, a mi pesar.

—No debe ser fácil vivir con esa carga. ¿Recibió ayuda profesional?

—El ejército asignó su caso a un psicólogo durante su convalecencia, pero Jarod asistió a las consultas forzado por órdenes superiores, así que no creo que le sacara mucho provecho. Mi amigo tiene ciertos prejuicios hacia la psicología.

Me removí incómoda. La actitud de Kinsley con respecto a mi profesión podía explicar sus modales arrogantes. Era probable que se tratara de una barrera defensiva. Aunque también debía reconocer que él era un policía investigando un crimen. Podía exigírsele un trato correcto, pero no necesitaba ser amable. Llegados a este punto di por concluida la sesión, pues consideré que ya no tenía más que aportarle a Revie con respecto a su adaptación, y no quería seguir hablando del policía. Paul se puso de pie y se apoyó en el bastón.

—No seas demasiado dura con Jar —me dijo, mientras nos estrechábamos las manos para despedirnos—. Recuerda, puede resultar un poco tosco, pero es un buen tipo. Y también un buen policía.

No pasaría mucho tiempo antes de que comprobara que las palabras de Revie eran ciertas.



Ya me preparaba para marcharme cuando mi secretaria se asomó. Por su expresión comprendí que lo que venía a decirme le disgustaba. Su palidez me permitió suponer de qué se trataba antes de que abriera la boca.

—Doctora Wilson. Aquí está la Policía. Dicen que traen una orden y...

—Y está en la obligación de entregarnos el expediente clínico de Manny Bunkers, así como responder a mis preguntas —dijo una voz autoritaria detrás de Stella. Un segundo después, Kinsley terminó de abrir la puerta de un empujón y pasó junto a ella sin siquiera mirarla—. Me temo que esta vez no podrá refugiarse en el secreto profesional, doctora.

Con un suspiro volví a soltar mi bolso dentro de la gaveta donde lo guardaba. Preveía que aquello se prolongaría y no me equivoqué. El teniente tenía una sonrisita sarcástica pintada en el rostro, que me hubiera gustado borrar de un bofetón. Por supuesto que me contuve. Aquel troglodita sería feliz si le daba motivos para hacerme pasar una noche detenida. Y creo que golpear a un policía calificaría como delito frente a cualquier juez.

Kinsley despidió a mi secretaria con un gesto y después de desabotonarse la chaqueta del elegante traje, se sentó y cruzó una pierna sobre la otra en una pose de macho alfa que me enervó. Por supuesto que era lo que él buscaba: sacarme de quicio, así que cogí aire y lo solté despacio mientras contaba hasta cien. Una vez acomodado sacó un papel doblado del bolsillo interno de su chaqueta y lo puso sobre el escritorio, frente a mis narices.

—Espero que esto la anime a ser más colaboradora, doctora Wilson.

Lo miré con resentimiento, con lo cual solo conseguí que ampliara su sonrisa burlona, así que cogí el papel, lo extendí y lo leí. No tenía salida.

—¿Qué quiere saber?

—Manny Bunkers era su paciente. ¿Por qué necesitaba ayuda psicológica?

—Todos necesitamos ayuda de vez en cuando.

Kinsley sacudió la cabeza para mostrar su desacuerdo. Aunque no dijo nada, comprendí que él se sentía excluido de esa necesidad.

—No me venga con evasivas, ni frases de folletín, doctora —dijo con voz autoritaria, al mismo tiempo que abandonaba la sonrisa y fruncía el ceño—. Le hice una pregunta muy concreta.

—Está bien, Manny se sentía solo. Su hija no resultó lo que él esperaba, y llevaba mal esa decepción.

—Los hijos nunca resultan lo que los padres esperan. ¿No lo cree? Debió existir un motivo más importante.

—Era lo único de lo que se quejaba.

—¿Consumía alcohol o drogas? ¿Era ludópata?

Negué con la cabeza, mientras el policía formulaba las preguntas.

—Nada de eso. Era solo un viejo solitario, decepcionado de su única hija. Por eso vivía en el hospital. Lo hacía sentirse útil y acompañado. Nosotros éramos su familia.

—¿Qué hacía con su dinero?

La pregunta me desconcertó porque no la esperaba.

—¿Cómo quiere que yo sepa eso?

—¿Nunca le habló de dinero?

—¡Por supuesto que no!

—¿Alguna vez manifestó temor?

—¿Temor? ¿Por qué iba a sentir temor el jefe de mantenimiento de un hospital?

—Acabó asesinado. ¿No es así? Tal vez el homicida ya lo había amenazado.

Me quedé callada por un momento. Por supuesto que la lógica del teniente era avasalladora, pero se me hacía difícil imaginar que alguien pudiera haber amenazado a Manny.

—Lo lamento. Con respecto a eso, no puedo ayudarlo. Manny nunca me dijo que sintiera miedo o que lo hubieran amenazado. Solo se quejaba de soledad.

—Niles Burton declaró que el señor Bunkers siempre estaba escaso de dinero. Eso me sorprendió, pues tenía un trabajo bien remunerado, además de que no pagaba renta, ni tenía cargas familiares, así que revisé sus movimientos bancarios. ¿Adivina lo que encontré?

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Desde hace un año, todos los meses Bunkers retiraba una suma de dinero casi equivalente a su sueldo. ¿Alguna vez le habló del motivo por el que hizo esto?

En ese momento me di cuenta de que había estado golpeando el apoyabrazos de mi silla con el dedo en forma repetida, y me detuve. Kinsley miró mi mano para hacerme notar que era consciente de mi gesto de nerviosismo y que lo había registrado. Su expresión era pétrea y en ella no había el menor gesto de empatía o amabilidad. Lo mismo podría haber sido una estatua de piedra. Me sentí vulnerable y comprendí que se trataba de un hombre peligroso. Por tercera vez desde su llegada, suspiré.

—Manny no hablaba de dinero. Era un tema que no le interesaba. Le repito que su mayor preocupación era su hija y las malas relaciones que mantenía con ella.

El detective dejó de mirarme el rostro, para fijar la vista en el cuadro que Manny me regaló. Era espantoso, pero se trataba del único recuerdo que tenía de él. Kinsley hizo una mueca de disgusto y volvió a centrar su atención en mí.

—¿Sabe lo que creo? —preguntó el teniente, con tono autosuficiente—. Creo que alguien chantajeaba a Manny. Alguien que lo conocía bien. ¿Tiene usted idea de quién podría ser esa persona?

El corazón me dio un vuelco y un puño apretó mi estómago, al mismo tiempo que me invadía la indignación. Allí estaba el depredador, pero si creía que yo era una presa fácil, se llevaría una sorpresa.

—¿Qué trata de decirme, teniente? ¿Me está acusando de utilizar las confesiones de mi paciente para chantajearlo? Porque si es así, será mejor que pueda probarlo, a menos que quiera que la demanda lo obligue a vender hasta ese elegante traje hecho a la medida que tiene puesto. Que por cierto, no sabía que los policías estuvieran tan bien pagados.

Creí que mis palabras amilanarían la agresividad de Kinsley, pero ocurrió lo contrario. El teniente abandonó su actitud relajada, se enderezó en el asiento y se inclinó hacia adelante para acercar su rostro al mío.

—Lo que me paguen no es asunto suyo, doctora Wilson. Y no la estoy acusando de nada... Todavía. Sin embargo, si Bunkers era víctima de un chantaje es previsible que la persona que lo hostigaba fuera alguien muy cercano y de su confianza. Alguien que tuviera acceso a sus secretos.

—No sea retorcido, teniente —dije en tono autoritario, al mismo tiempo que me levantaba de la silla para poner distancia entre Kinsley y yo—. Manny no tenía secretos. Era un hombre sencillo con un problema doméstico. Es todo. Le está buscando cinco patas al gato.

—Los hombres sencillos con problemas domésticos no mueren apuñalados en su habitación, mientras beben una cerveza.

—En este caso fue lo que ocurrió —insistí, aunque sabía que el detective tenía razón—. A usted le corresponde averiguar quién lo hizo y por qué. No trate de facilitar su trabajo buscando chivos expiatorios.

—Yo no busco nada, doctora. Me guío por las evidencias, así que en cuanto revisé la cuenta bancaria de Bunkers y comprendí que pudo ser víctima de una extorsión, la primera persona en quien pensé fue en usted.

—Pues se equivoca. Ni chantajeé a Manny, ni tuve que ver con su muerte. Tal vez su animadversión contra mí tiene más relación con su rechazo a mi profesión, que conmigo. A usted no le gustan los psicólogos, y por eso quiere involucrarme en este asunto.

—¿Cómo sabe lo que pienso de los psicólogos? —preguntó el detective, mientras se echaba hacia atrás manteniendo la espalda recta. Su reacción me envalentonó y arremetí sin pensar.

—También creo que su hostilidad hacia los demás refleja la que siente hacia sí mismo por la culpa.

Supé que me había excedido cuando abrió mucho los ojos y sus orejas enrojecieron.

—¿Con quién estuvo hablando de mí?

—Yo...

—No me diga que llegó a esas conclusiones por sus extraordinarias capacidades de análisis, porque no me lo creo. Yo he sido motivo de discusión en este despacho con alguien que me conoce bien, y creo que comienzo a sospechar de quién se trata. Fue Paul Revie, ¿no es así? —mi expresión de sorpresa debió delatarme, porque Kinsley frunció el ceño y asintió—. Por supuesto. Debí imaginarlo cuando me crucé con él en el pasillo. Es su paciente, ¿verdad? Siempre ha sido un bocazas.

—No culpe a Paul. Él solo lo defendió.

El policía entrelazó sus manos frente a él y mantuvo la espalda envarada. Mis palabras solo consiguieron enervarlo.

—No estoy aquí para hablar de Revie, sino para que me diga todo lo que sabe acerca de Bunkers.

Comprendí que debía contemporizar o todo aquello terminaría mal para mí, así que le conté todo lo que Manny me confió acerca de sus problemas con su hija y el novio de esta. Jarod Kinsley mantuvo el ceño fruncido durante todo el tiempo que permaneció en mi despacho.



Sentí un gran alivio cuando el policía anunció que daba por terminado el interrogatorio y

se marchó. Por desgracia, su hostilidad hacia mí se había incrementado y tuve la certeza de que me tenía entre ceja y ceja como una sospechosa muy probable. En cualquier otra circunstancia me hubiera reído de semejante idea, pero conozco a las personas lo suficiente para saber que el teniente podía ser implacable, y que era como un sabueso: una vez que mordía un hueso, no lo soltaba. Así que me invadió la preocupación, porque debía reconocer que las circunstancias no me favorecían. Si alguien tenía acceso a cualquier información comprometedor relacionada con Manny, esa era yo. Además de que vivo sola, por lo que tampoco tenía coartada.

Por supuesto que la primera idea que me vino a la cabeza fue buscar un abogado. Era la conducta más racional, pero la ansiedad no me permitió actuar según la lógica. Después de pensarlo por unos segundos comprendí que si buscaba ayuda legal en ese momento, solo atraería la atención del policía sobre mí.

En cuanto Kinsley se levantó del asiento y se marchó, sentí un extraño vacío y comencé a temblar sin control. Hoy reconozco que tenía miedo y que no era el mejor estado de ánimo para tomar decisiones. Sin saber cómo afrontar la situación decidí que me convendría saber un poco más sobre Manny para poder defenderme si el teniente iba a por mí, así que salí de mi despacho y me encaminé hacia la cafetería.

Era todavía media tarde, por lo que el local de Burton se encontraba casi vacío. Solo había media docena de personas sentadas a las mesas. La mayoría eran pasantes o miembros del personal que se relajaban con una taza de café y comían un sándwich después de una jornada agotadora, mientras se preparaban para la guardia. Cuando me acerqué al mostrador, una de las meseras me preguntó qué deseaba.

—Necesito hablar con Niles. ¿Está ocupado?

—Está en la cocina preparando lo que ofreceremos para la cena. ¿Quiere que lo llame?

—Te lo agradecería, Sally. Me sentaré en aquella mesa, por favor llévame una infusión de tilo y pídele a Niles que me conceda unos minutos de su tiempo. Es importante.

La joven asintió, mientras hacía un esfuerzo por contener su curiosidad. Cuando me senté a la mesa todavía temblaba y quise convencerme a mí misma que era porque sentía frío. La verdad era que estaba aterrorizada. Siempre dicen que si eres inocente no tienes nada que temer. ¡Tonterías! La vida está llena de inocentes que terminan acusados por una combinación de mala suerte y circunstancias adversas, o un testigo a quien la memoria le juega una mala pasada, o un policía malintencionado. Esta era la circunstancia que más me preocupaba. ¿Y si Kinsley tenía más interés en cerrar el caso que en atrapar al verdadero culpable? ¿Sería capaz el elegante y malhumorado teniente de sesgar su investigación para conseguir resultados rápidos, y unas palmadas de reconocimiento de sus jefes? No lo conocía lo suficiente para saberlo, y aunque Paul abogaba en su favor, no estaba dispuesta a correr el riesgo.

Sally trajo la infusión casi de inmediato. Niles demoró unos cinco minutos en acercarse a mi mesa. Me llevaba bien con el corpulento dueño de la cafetería. La verdad es que tenía buenas relaciones con todos en el hospital, así que después de saludarme con cordialidad y elogiar mi aspecto, Burton se sentó a mi lado y le dijo a la mesera que le sirviera un café.

—Usted dirá, doctora Wilson. ¿En qué puedo serle útil?

—Vine para que me cuentes lo que sepas acerca de Manny.

Niles frunció el ceño, con más sorpresa que disgusto.

—¿Por qué le interesa ese asunto? Ya la Policía lo está investigando.

—Lo sé. Por eso necesito tu ayuda. Por alguna razón, el teniente encargado del caso sospecha de mí y quiero cortar esa idea de raíz.

—¡Qué tontería! Usted sería la última persona a quien yo relacionaría con la muerte de

Manny.

—Tú me conoces, Kinsley no.

—¿Y qué puedo hacer para ayudarla?

—El teniente encontró algunos movimientos extraños en la cuenta bancaria de Manny, así que cree que alguien lo chantajeaba.

Burton suspiró y se echó hacia atrás en la silla.

—Ya comprendo. Como usted era la persona con más acceso a las intimidades de nuestro amigo, ese policía cree que podría haberlo chantajeado.

—Eso es. Así que necesito conseguir alguna prueba que me permita demostrar que no tengo nada que ver con lo que pasó.

—¿En qué está pensando?

—En sostener una conversación con Diana, la hija de Bunkers. Y si es posible también con el novio. Tal vez ellos tengan alguna idea de quién podría ser el chantajista.

—O tal vez eran ellos quienes coaccionaban a Manny. ¿Lo ha pensado?

—Por supuesto. ¿Alguna vez él se refirió a ese asunto?

—No. Nuestro amigo era muy reservado. Aunque en más de una ocasión bromeé con él acerca de lo poco que le duraba el dinero. Ahora comprendo por qué.

—¿Cuál era su reacción cuando se lo mencionabas?

—Guardaba silencio y cambiaba de tema —Burton suspiró—. ¡Demonios! Debí comprender que algo ocurría.

—No te culpes, Niles. ¿Alguna vez te dio la dirección de su hija?

—Pues ahora que lo dice, doctora, sí lo hizo. Aunque preferí negárselo a la Policía para proteger a la chica. Por cierto que fue hace algunos días, cuando me contó lo de su enfermedad.

—¿Qué enfermedad?

—¿No lo sabía? —Negué con la cabeza—. Manny recibió un diagnóstico terminal. Le quedaba poco tiempo, así que me dio los datos de Diana por si el desenlace ocurría antes de lo esperado y necesitaba avisarle.

—¿Puedes proporcionarme esos datos?

Burton sacó su teléfono con desgana y buscó la información que le pedí. Al cabo de unos segundos los datos reposaban en mi propio móvil. Maravillas de la tecnología. Después de complacer mi petición, Niles me aseguró que él no sabía nada más, así que se despidió porque tenía mucho trabajo pendiente y no podía retrasar la preparación de la cena.

Cuando me quedé sola bebí con lentitud mi infusión, al mismo tiempo que comprobaba la dirección de Diana Bunkers. Se trataba de un barrio bastante peligroso, pero en ese momento mi sentido común estaba en sus horas más bajas, de manera que pagué la infusión, le dejé una buena propina a Sally, comprobé que el gas pimienta estuviera en la cartera y cogí las llaves del coche. Si Jarod Kinsley creía que iba a esperar sentada a que me acusara de un crimen que no cometí, pronto comprendería que estaba muy equivocado.



El sol comenzaba a declinar cuando llegué a Mulberry, el barrio donde vivía Diana. Era la primera vez que visitaba esa zona, y espero que sea la última. Mi destino era una casa prefabricada con fachada de madera pintada de blanco. A la puerta del frente se llegaba por una estrecha escalera con barandas de metal, en las que se acumulaban las capas de pintura.

Un frío desagradable me recorrió la espalda cuando bajé del auto, así que me arrebujé en

mi chaqueta, mientras me preguntaba qué hacía allí. Entonces recordé a Kinsley y su conducta agresiva. Eso me infundió el valor que necesitaba, aunque hoy diría que fue imprudencia. Llamé al timbre y escuché algunos gritos y protestas, pues al parecer nadie estaba interesado en abandonar su comodidad para atender al inoportuno visitante. Por fin la puerta se entreabrió, y por ella se asomó una chica con exceso de maquillaje y los labios pintados de un rojo demasiado intenso.

—¿Qué quieres? —me preguntó de malos modos.

—Busco a Diana Bunkers.

—Soy yo, pero no te conozco. ¿Eres poli?

Me apresuré a negar con la cabeza.

—Soy la doctora Alice Wilson. Su padre era mi paciente.

—¿Era?

Desde el interior se escuchó una voz masculina que no articulaba bien las palabras. Era evidente que su dueño estaba borracho o drogado. O ambas cosas.

—¿Quién es, Di?

—Una tía que dice que es la loquera de mi padre.

—Que pase. A lo mejor sabe algo del viejo.

Diana se hizo a un lado de mala gana y me permitió entrar. En cuanto crucé el umbral sentí un olor a marihuana que echaba para atrás, aunque era peor el tufo a sudor viejo que penetró mis fosas nasales, al punto que creí que no podría dejar de sentirlo en mucho tiempo. Avancé despacio y con precaución. En la sala plagada de restos de comida chatarra, polvo y cucarachas había cinco jóvenes de ambos sexos tirados sobre los sofás y el suelo. Se pasaban un cigarrillo de confección casera, que comprendí que era el «ambientador».

—¿Por qué dijo que mi padre era su paciente? —preguntó la hija de Bunkers con curiosidad—. ¿Ya no lo es?

La pregunta me dejó descolocada, porque me di cuenta de que nadie se molestó en avisar a la hija de Bunkers acerca de la muerte de su padre. Y allí estaba yo, en el barrio más peligroso de Rothberg, hablando con un grupo de yonquis con los que no tenía ninguna relación, y siendo portadora de malas noticias. Me había metido yo solita en la boca del lobo. ¿Debía excusarme, decir que me equivoqué y salir de allí lo antes posible? Hubiera sido lo más prudente, pero no podía hacerlo. Sería una conducta cobarde y antiética, así que hice acopio de valor y lo solté:

—Diana, lo lamento, pero alguien asesinó a tu padre anoche.

La hija de Bunkers me miró con expresión abotargada. Era evidente que la noticia necesitaría algunos segundos para atravesar la niebla de marihuana y llegar hasta su cerebro. Quien reaccionó de inmediato fue un chico de cabello largo, rubio y alborotado que usaba una cinta roja en la frente. Al parecer, soportaba mejor el efecto de la droga. Tal vez estuviera más acostumbrado. Se puso de pie de repente, con lo cual despertó a un joven corpulento que dormía a su lado en el sofá, y que tenía dificultades para enfocar la vista. Por desgracia lo consiguió y la fijó en mí. Eso me causó unas ganas imperiosas de ducharme, pues el sujeto me desnudó con la mirada sin ningún disimulo.

—¿Por qué lo mataron? ¿Cómo? —preguntó el chico de la cinta roja.

—¿A quién mataron?

—¡Cállate, Phil! —le gritó el rubio a su compañero.

—Lo apuñalaron. No sé por qué.

—¿Encontraron algo?

—¿Encontrar? ¿A qué se refiere? —tuve que preguntar, pues no tenía idea de lo que hablaba.

—¿Había algo inusual en su habitación?

—Colin... —dijo Diana en tono de advertencia.

Así que ese era el famoso novio inapropiado. En lo personal, me pareció que encajaba muy bien con la hija de Bunkers. Él parecía más afectado por la muerte de Manny que ella, aunque dudo que su preocupación tuviera relación con la compasión por el fallecimiento de un ser humano. Ya comenzaba a arrepentirme de haber acudido a esa casa.

—Lo único que sé es que la Policía se está haciendo cargo.

—Claro. Los «polis» ya habrán metido sus narices en esto —dijo Colin, con una mueca de disgusto.

—Por lo general lo hacen con los homicidios —repliqué con indignación.

—¿Por qué ha venido? —intervino Diana—. ¿Qué es lo que quiere?

En ese momento me hacía la misma pregunta. ¿Qué hacía allí? Era evidente que ni la hija de Bunkers, ni su novio me proporcionarían ninguna respuesta, aunque la supieran.

—Lo lamento. Solo quería darte el pésame —le dije a Diana, mientras le daba la espalda a Colin y me encaminaba a paso apresurado hacia la puerta.

Estaba tan asustada que ni siquiera disimulé. Por suerte, la joven Bunkers no colocó el cerrojo y pude salir sin dificultad. Me recibieron el frío y la oscuridad de una noche que avanzaba implacable. Saqué del bolso las llaves del auto y el gas pimienta, que identifiqué gracias al tacto. Traté de ignorar el sonido de los pasos que escuché a mis espaldas y me obligué a no mirar. La soledad de la calle contribuyó a exacerbar mis temores, que pronto comprendí que no eran infundados.



Aceleré el paso envuelta por la soledad y la oscuridad, mientras sentía que el corazón latía en mi pecho como un potro al galope.

—¡Hey, rubia! Espera, que te invito a una copa y un porrito. Podemos pasarlo bien tú y yo.

Del susto solté el cilindro de gas pimienta, que rodó por la calle demasiado lejos para resultarme servirme de algo. Me detuve y enfrenté a mi acosador. Como sospeché era Phil, el tipo que me había desnudado con los ojos.

—¿Qué quiere? —pregunté con voz temblorosa.

—Te quiero a ti, guapa —respondió, mientras avanzaba a paso lento hacia mí.

Yo estaba junto a mi automóvil, pero eso no me sirvió de nada. Si intentaba abrirlo, Phil caería sobre mí por la espalda y me dominaría con facilidad. Reconozco que me sentí atrapada, pero suelo crecerme en esas situaciones, así que cogí aire y traté de mostrarme lo más segura de mí misma que pude, aunque por dentro temblaba de terror.

—Será mejor para usted que se marche y me deje en paz —le dije con voz firme y autoritaria—. Como comprenderá, no vine sola a este barrio. Mis acompañantes están cerca, y no dudarán en intervenir si alguien me amenaza.

Tal vez fueron mis palabras, o la firmeza de mi tono. No lo sé, pero el tipo se detuvo en seco y miró a ambos lados con incertidumbre. Casi suelto un suspiro de alivio, pero mi alegría duró poco: Un par de segundos después de comprobar que estábamos solos, mi acosador desplegó una amplia sonrisa.

—No, rubia, no me engañas. Tú viniste sola a un barrio donde hasta los policías acuden en parejas, así que estoy seguro de que estás buscando fiesta, aunque lo niegues.

—No te me acerques, te lo advierto.

Phil me ignoró y siguió avanzando. Miré hacia los lados para buscar una escapatoria, pero no tenía adónde ir. En una carrera no tendría oportunidad de dejarlo atrás. Así que solo me quedaba la opción de defenderme. Miré a mi alrededor para buscar con qué hacerlo. Ni siquiera soñaba con encontrar el cilindro con el gas pimienta. Se había perdido calle abajo. Recordé que debajo del asiento del auto había una llave de cruceta, pero sería imposible alcanzarla sin que el tipo se me viniera encima. Solo atiné a pegarme a la latonería, como si eso sirviera de algo. El acosador continuaba avanzando con lentitud. En ese momento pasaron por mi mente todos los casos de violación que atendí en mi consulta, y las lágrimas comenzaron a asomar a mis ojos. No quería pasar por eso. Yo no.

Empujé con las manos contra el vehículo, impulsándome hacia adelante para conseguir alguna ventaja por pequeña que fuera, y traté de pasarle por el lado al sujeto. Mi esperanza era que la adrenalina que recorría mis venas fuera suficiente para permitirme esa velocidad extra que necesitaba con tanta desesperación, pero mi intento se vio frustrado. Phil me atajó, me sujetó los brazos y me empujó contra mi propio auto. Forcejeé, por supuesto, pero sabía que era una batalla perdida. El maldito era mucho más fuerte que yo.

Quise gritar. Tal vez lo hice, pero el tipo me dio un bofetón que me dejó casi inconsciente y me tiró al suelo. Después rasgó mi blusa. Los siguientes minutos están empañados con una espesa niebla. Sentí el peso del sujeto sobre mí y el nauseabundo olor de su aliento, al mismo tiempo que escuché un chirrido que no supe identificar. Experimenté la sensación de salir de mi cuerpo y observar la escena desde afuera, que tantas veces escuché en mi consulta. Sé que es un mecanismo de defensa ante el trauma de la violación, pero mis conocimientos sobre psicología eran inútiles cuando yo era la víctima.

De repente escuché gritos, órdenes, y el peso que me agobiaba desapareció. Entonces alguien me sostuvo por los hombros, me ayudó a sentarme en el suelo y me habló con voz amable.

—Alice, ¿te encuentras bien? ¿Llegamos a tiempo o te hizo algo este sujeto?

—¿Qué...? —balbuceé, todavía confundida.

Poco a poco fui recuperando la conciencia de la realidad. Quien me sostenía era Revie. Phil estaba tendido en el suelo bocabajo, esposado y vigilado por Kinsley, quien a través de una radio pedía a gritos una ambulancia.

—No te muevas —insistió Paul.

—¿Cómo me encontraron?

—Después de la terapia física quise tomarme un café —explicó Revie—. Niles estaba preocupado por ti y me contó acerca de tus intenciones de venir a entrevistarte con la hija de Bunkers. Entonces le avisé a Jarod.

—¿Cómo supieron que necesitaría ayuda?

—Cualquiera que venga solo a este barrio necesitará ayuda, doctora Wilson —sentenció el teniente, sin ocultar su mal humor—. ¿Me quiere decir qué demonios hace aquí?

Revie frunció el ceño con disgusto.

—Por favor, Jar, Alice acaba de pasar por una experiencia terrible. ¿No puedes dejar de ser policía por un momento y apelar a tu lado humano para ser más comprensivo?

—Lo siento. Mi lado humano se quedó en Nangarhar. Y soy policía las veinticuatro horas. No me pidas que deje de actuar como tal. Repito la pregunta, doctora. ¿Qué hace aquí?

Respiré profundo. Aunque me indignaba el trato que estaba recibiendo del teniente, no podía quitarle la razón. Él no era terapeuta y no tenía por qué mostrarse comprensivo. Era posible que mi visita a la hija de Bunkers dificultara su trabajo, y aunque no fuera así, mi intromisión no era bien recibida. Así que me resigné y le conté la verdad.

—Así que Diana Bunkers sí está allí adentro —preguntó Kinsley en cuanto terminé mi relato.

—¿Usted no lo sabía?

—Lo supe cuando Revie me pidió que viniéramos a rescatarla a usted —abrí la boca para protestar, pero la volví a cerrar—. No encontramos a la hija de Bunkers en su dirección oficial. Desapareció de allí hace seis meses y nadie sabía dónde estaba.

—¿Por qué no se lo preguntó a Niles?

—¡Por supuesto que se lo pregunté! El muy imbécil me dijo que no sabía nada acerca de ella.

—Es posible que quisiera protegerla en honor de su amigo recién fallecido —lo justificó Revie.

—¿Protegerla de qué? —quiso saber el teniente, cuyo humor empeoraba por momentos.

—¿De recibir la noticia de un frío policía sin capacidad de empatía, tal vez? —argumenté, en defensa de Niles.

—Pues lo único que consiguió es que lo acusemos por obstrucción.

—Usted no hará eso, ¿verdad? ¿Qué necesidad tiene de causarle problemas a un hombre inocente? —pregunté con temor. No quería que Niles se metiera en problemas y menos por mi culpa.

—Doctora, ese hombre inocente le mintió a la Policía, y la puso en peligro a usted, quien para colmo ni siquiera agradece que evitáramos que fuera víctima de una violación.

Las palabras de Kinsley eran duras, pero ciertas, así que suspiré y me refugié en la mirada comprensiva de Paul. Él sostuvo mi mano y la apretó en señal de solidaridad, acompañando su gesto con una sonrisa.

La ambulancia llegó a tiempo para salvarme de mi vergüenza. Revie me ayudó a levantarme, mientras el teniente cruzaba algunas palabras con los paramédicos antes de encaminar sus pasos hacia la casa donde se encontraban Diana Bunkers y Colin Jhonson.



Regresar al hospital Rothberg en la ambulancia fue una experiencia muy extraña. Por lo general estoy entre las personas que proporcionan ayuda y no entre quienes la necesitan. Aunque insistí en que estaba bien y que solo había sido un susto, los paramédicos fueron intransigentes en cuanto a su decisión de trasladarme. Sospecho que las palabras que cruzaron con Kinsley tuvieron algo que ver. Paul me acompañó y me consoló durante el trayecto. Aunque no lo quería reconocer, la verdad era que sí necesitaba atención médica. Una extraña presión atenazaba mi estómago, y sentía tanto frío que temblaba de pies a cabeza sin control.

Una vez en el hospital, me evaluaron a conciencia y una colega del departamento de psicología sostuvo una conversación conmigo acerca de la terrible experiencia que acababa de vivir. Mi actitud fue negadora: todo estaba bien, aquello no me afectaba, yo tenía los mecanismos para defenderme sola y sabía qué hacer. ¡Mentira! Debo reconocer que Katty hizo lo posible para ayudarme, pero yo no se lo puse fácil. Revie entró cuando ella se marchó. No dijo una palabra. Tan solo cogió una manta térmica y la puso sobre mis hombros, luego se sentó a mi lado y me rodeó con su brazo. Mis barreras defensivas estallaron, entonces apoyé mi cabeza sobre su hombro y dejé brotar el llanto convulso que me ahogaba.

—¿Te encuentras mejor? —me preguntó en cuanto comencé a calmarme.

Asentí y me sequé las lágrimas con las palmas de las manos. Él sacó su pañuelo y me lo ofreció. Le di las gracias y lo usé. Percibí su perfume, y eso de alguna manera me dio seguridad.

—Lo lamento... Fui una imprudente.

—No tienes que disculparte, Alice. Cometiste un error al visitar sola ese barrio tan peligroso, pero eso no justifica de ninguna manera lo que hizo ese malnacido. Ya pasó. Lo mejor es que trates de olvidarlo.

—No puedo dejar de pensar que si tú y Kinsley no hubierais llegado a tiempo...

La sola idea de cómo pudo terminar mi aventura me causó nuevos temblores. Paul me abrazó más fuerte.

—Calma. No pienses en eso.

—El teniente debe creer que soy una idiota.

—No te preocupes por Jarod. Él está seguro de que todos los demás somos idiotas —respondió Revie, con una sonrisa burlona.

La ocurrencia me hizo reír, lo cual resultó un alivio porque liberó la tensión. En ese momento entró la enfermera y me dijo que podía marcharme a casa. Si lo deseaba, podía solicitar apoyo psicológico gratuito con la doctora Katty Robinson, quien estaría complacida de atenderme. Agradecí la oferta, pero no tenía intención de aceptarla.

—Te llevaré a casa —me dijo Paul.

—¿Qué pasará con mi auto?

—Jarod se hará cargo. Él se ocupará de que lo traigan al hospital, así que no debes preocuparte.

Observé a Paul. Era evidente que en algún momento se habían puesto de acuerdo él y Kinsley acerca de mí, y yo ni siquiera lo noté. Tal vez mi estado emocional estaba más alterado de lo que yo creía.

Después de vestirme salimos del Rothberg para buscar su auto. Nos pusimos en marcha, y al cabo de algunos minutos volvió a preguntarme si me encontraba bien. Yo tenía una extraña sensación de irrealidad, como si el tiempo transcurriera en un plano paralelo, y para mí se hubiera detenido en el momento en el que Phil estaba a punto de forzarme. Sin embargo, le dije a Revie que todo estaba en orden y no había de qué preocuparse. Asintió, aunque no sé si me creyó.

Traté de apartar de mi mente la espantosa experiencia, y me concentré en la muerte de Manny. Al final no saqué nada en claro de la visita a Diana Bunkers. Miré a Paul, que conducía en silencio. De repente decidí que quería saber su opinión.

—¿Crees que alguien chantajeaba al conserje?

—¿Qué?

—Kinsley encontró retiros sospechosos en la cuenta de Bunkers. Él piensa que Manny era víctima de un chantaje y por eso lo asesinaron. ¿No te lo comentó?

—Jarod es muy reservado con su trabajo. No suele hablar conmigo acerca de sus investigaciones —dijo Paul. Suspiré. Era previsible que Kinsley fuera discreto con respecto a su trabajo. Revie continuó hablando—. ¿Por qué querría un chantajista matar al conserje?

—No lo sé. Es lo que piensa tu amigo, el policía —respondí, encogiéndome de hombros.

—Lo que quiero decir es... para el extorsionador, el conserje habría sido una fuente segura de dinero fácil —argumentó Revie, mientras se acomodaba en el asiento, apoyándose en el volante—. No sería lógico que esa persona matara a la gallina de los huevos de oro. ¿No crees?

Me quedé en silencio por unos momentos. Lo que Paul planteaba tenía mucho sentido. A menos que...

—Tal vez Manny decidió no pagar más y eso enfureció al chantajista.

—Si pagó en un primer momento es porque tenía algo que ocultar y compraba el silencio del extorsionador. Supongo que en caso de negarse, se arriesgaba a que se supiera su secreto.

—Quizá el chantajista se enfadó ante la rebelión de Bunkers y por eso lo asesinó.

Esta vez fue Paul quien guardó silencio mientras pensaba.

—No lo sé. No le encuentro lógica. Un homicidio es un asunto serio. El asesino debe saber que si lo atrapan podrían condenarlo de veinticinco años a perpetua. La negativa de Bunkers a pagar el chantaje no me parece una razón suficiente para correr semejante riesgo.

—Supongo que tienes razón, pero no se me ocurre por qué motivo alguien querría matar a Manny. Que yo sepa no tenía enemigos. Era amable y todos lo querían.

—Si era víctima de chantaje no podía ser tan bueno —afirmó Revie.

—¿Por qué no?

—Piénsalo bien. En el caso de que existiera un extorsionador, sería porque tenía información que el conserje no podía permitir que se supiera. Algo comprometedor. Y si escondía un secreto tan oscuro, no era tan inocente como crees.

—Tal vez Manny protegía a alguien —Paul me miró, desconcertado. La idea ni siquiera se le había pasado por la cabeza. Insistí en mi argumento—. Quizá defendía a su hija. Es evidente que no anda en buenas compañías.

—Ya hemos llegado —anunció mi amigo.

En efecto, estábamos frente al edificio donde se encuentra mi *loft*. La conversación me ayudó a olvidar los recuerdos ingratos por algunos momentos. Me pareció que el tiempo no había transcurrido. Antes de que bajara del auto, Paul reiteró su disposición a apoyarme en lo que necesitara. Le di las gracias y me apeé del automóvil.

Ni siquiera había cruzado el portal cuando entró un mensaje en mi teléfono. Pensé que alguno de mis pacientes podía necesitar ayuda, así que lo abrí enseguida. Con disgusto comprobé que era de mi padre. Me conminaba a visitarlo de inmediato, pues tenía un problema urgente que involucraba a mi hermano Dustin y que quería consultar conmigo.



Visitar a mi padre era lo último que quería hacer aquella noche, pero no tenía alternativa. Si lo llamaba para excusarme, pasaría meses escuchando sus quejas por mi desinterés hacia los problemas familiares, así que me armé de paciencia y regresé a la calle para llamar un taxi. La ducha caliente, la infusión de manzanilla y el sueño reparador tendrían que esperar un poco más.

Media hora después llegaba a los suburbios donde pasé mi infancia y adolescencia. Me bajé del taxi y contemplé la cómoda casa de dos plantas que fue el escenario ideal para que un padre viudo criara a tres chiquillos, pero que ahora resultaba excesivo para él solo. Sin embargo, todos los esfuerzos de mis hermanos y míos para convencerlo de que se mudara a un apartamento en el centro de la ciudad habían sido infructuosos. Mi padre se aferraba a esa casa, tanto como al recuerdo de mi madre.

En ese momento, yo todavía sentía la fragilidad emocional propia de un estado postraumático, así que me concedí algunos segundos para levantar la barrera que necesitaría frente a papá. Cuando me sentí preparada llamé a la puerta. Aunque tenía llave, prefería cumplir el ritual que le recordaba a mi progenitor que aquella ya no era mi casa, ni yo su pequeña Alice.

Me abrió con tanta rapidez, que sospeché que esperaba mi llegada detrás de la puerta.

—¡Alice, querida! Me alegra que pudieras acudir a mi llamada.

Como si hubiera tenido otra opción. Debo aclarar que mi padre es un manipulador nato. Lo

saludé con un abrazo.

—En el mensaje me dijiste que era urgente.

—Sí, por supuesto que lo es, pero pasa. Dime, ¿quieres una copa, o una infusión, un café...?

—Será suficiente con un vaso de agua, papá, gracias.

—Te lo traeré enseguida —me respondió, mientras colgaba mi chaqueta en el perchero y me daba la espalda para dirigirse a la cocina.

Yo me fui al salón y me senté en un sofá. Entretuve mi espera contemplando las fotografías familiares que reposaban en la repisa, inamovibles desde hacía veintitrés años. En todas aparecía mi madre sonriente, rodeada de su prole. Después de su muerte, mi padre nunca volvió a hacer una fotografía familiar. Algunas veces pienso que para él, el mundo se detuvo en el momento en que ella falleció. Así que yo seguía teniendo ocho años, Theresa cinco y Dustin dos. Eso explicaría muchas cosas.

—Aquí tienes el agua —dijo mi padre al entrar en el salón. Se acercó a mí y dejó el vaso sobre la mesita de centro—. ¿Te encuentras bien? Te ves muy pálida. ¿No estarás resfriada?

—Estoy bien, papá. Es solo que he tenido un día muy difícil y estoy muy cansada. ¿Qué es eso tan importante que tenías que decirme sobre Dustin?

—¡Ah, sí, tu hermano! Lamento haberte hecho venir hasta aquí después del trabajo, Alice, pero es que Dustin me preocupa mucho. No hay forma de que asuma sus responsabilidades en la empresa. Llega tarde, se va temprano, no acata las órdenes de su jefe. Cree que por ser el hijo del dueño puede hacer lo que quiera. Me gustaría que hablaras con él de nuevo.

—Papá, ¿cuántas conversaciones he tenido con él? Sabes que no servirá de nada porque no escucha a nadie. Si quieres que se enderece tendrás que dejar que vuele solo. Si no cumple con sus obligaciones laborales, despídalo como lo harías con cualquier trabajador irresponsable. Eso le enseñará que ser el hijo del dueño no significa que tiene privilegios. Además, deberás dejar que se defienda por sí mismo. Si le das dinero o le resuelves los problemas seguirá comportándose como un vago.

—Supongo que tienes razón, pero no es fácil tomar una decisión como esa —sentenció mi padre con un suspiro.

—¿Qué es eso tan terrible que hizo esta vez?

—¿Cómo?

—Por teléfono me dijiste que necesitabas hablar conmigo de él con urgencia. ¿Qué hizo?

—Sí, por supuesto... No es algo concreto. Es su actitud hacia todo. Su irresponsabilidad... Lo lamento. Tal vez no debí hacerte venir con tanta urgencia. Es evidente que has tenido un mal día. Leí en las noticias que asesinaron a uno de los empleados del hospital. El conserje, ¿no es así?

Me estremecí. Lo último que quería en ese momento era recordar la muerte de Bunkers y todo lo que traía consigo. Sin embargo, respondí mientras asentía.

—Eso me temo. El personal de seguridad encontró al jefe de mantenimiento muerto en su habitación, dentro del hospital. Alguien lo apuñaló.

—Es terrible. Supongo que la Policía ya estará investigando.

—Sí. Ya hay un detective haciéndose cargo del asunto.

—¿Tienen alguna teoría acerca de quién pudo hacerlo?

—No lo sé —reconocí, encogiéndome de hombros—. Es demasiado pronto. Asumo que tendrán que averiguar más sobre Manny y sus relaciones.

—Manny...

—Manny Bunkers. No sé si lo llegaste a conocer.

—Tal vez me haya cruzado con él en los pasillos en alguna visita al hospital, pero nunca nos presentaron.

—Era un buen hombre. Muy amable y servicial.

—Estoy seguro de ello... ¿A quién le encargaron el caso?

La pregunta me sorprendió tanto que fruncí el ceño.

—Un teniente de la Policía de Rothberg. Su nombre es Kinsley. ¿Por qué te interesa?

—Por nada en particular. Solo es curiosidad... ¿Es un buen policía este teniente? ¿Se fija en los detalles?

De la sorpresa pasé a la preocupación. Por lo general, Richard Wilson solo se interesaba por su empresa textil. Todo lo demás era secundario, o más bien inexistente.

—¿Por qué tienes tanto interés en lo que pasó en el hospital, papá?

—Por tí, cariño. Tú trabajas allí, así que si hay un asesino suelto, me sentiré preocupado hasta que lo atrapen.

Mi padre mentía. No tuve la menor duda.

—¿Qué es lo que no me estás contando, papá?

Él desvió la mirada y se mesó los cabellos.

—¿Acaso no sabes que me preocupo por tí?

—Estoy segura de que lo haces, pero no en relación con lo que ocurrió anoche en el hospital —me asaltó un pensamiento espantoso y sentí que la respiración se me cortaba—. Papá, no me digas que tú sabes algo sobre el asesinato del conserje.

—Por supuesto que no... ¿Qué podría saber yo?

¿Me decía la verdad? ¿Era simple curiosidad? Un escalofrío recorrió mi espalda.

—Papá...

—Te ves muy cansada, Alice. Me doy cuenta de que no debí hacerte venir hoy. No creo que debas conducir. Deja tu auto aquí y te llamaré un taxi.

—No traje auto.

—Hiciste bien. Regresa a casa, date una ducha caliente y vete a dormir. Ya hablaremos otro día.

De repente desapareció el hombre dubitativo para dar paso al ejecutivo eficiente que esperaba que todos obedecieran sus órdenes sin discusión. Antes de darme cuenta ya estaba en el asiento trasero de un taxi, de camino a casa.

Jarod.

Lo reconozco: no soy un hombre paciente. Por ese motivo estaba de un humor de perros cuando salí de la casa de Diana Bunkers. Si aquel día comenzó mal, no pudo haber terminado peor. Mi único consuelo era el arresto in fraganti del cretino de Philip Sanders. Si había suerte y tenía antecedentes, pasaría una buena temporada en prisión y eso significaba que la ciudad sería un poco más segura. Sin embargo, mi prioridad era más específica. Con respecto al asesinato de Bunkers, me encontraba tan lejos de identificar al asesino como cuando llegué al hospital Rothberg aquella mañana.

Además, me preocupaba la conducta de la doctora Wilson. ¿En qué demonios estaría pensando cuando visitó ese barrio? ¿Y cuál era su interés en hablar con la hija de Bunkers antes que la Policía? ¿Serían cómplices en el asesinato del conserje? Si ese era el caso, ¿qué relación existía entre ellas? Solo tenía preguntas sin respuesta. Ninguna teoría. Por eso me sentía más perdido que Colón en su primer viaje.

Interrogar a Diana Bunkers y su novio no sirvió de nada en ese momento, salvo para determinar que no tenían coartada. Entre su actitud hostil hacia la Policía en general y hacia mí en particular, a la que se sumaba que estaban hasta las cejas de marihuana, no pude sacar nada en claro, así que decidí citarlos al cuartel de la Policía. Tal vez si los tenía en mi territorio y ya se les había pasado el efecto de la droga que los envalentonaba, conseguiría que colaboraran. Porque si de algo estaba seguro era de que sabían más de lo que reconocían.

Cuando salí de la desvencijada vivienda, le pedí a uno de los oficiales que me acompañaba que llevara el coche de la doctora Wilson hasta el hospital, y que le entregara las llaves al jefe de seguridad. Si no se lo hubiera prometido a Paul, con gusto habría dejado el flamante *Honda Civic* del año a merced de los delincuentes de Mulbarry. En una sola noche no hubieran dejado ni el volante.

Subí a mi auto y conduje hasta el cuartel. Ya el sol se había ocultado, pero yo todavía estaba muy lejos de terminar mi jornada. En el trayecto ocupé mi mente en analizar datos y establecer relaciones. Todavía no recibía los resultados de la autopsia, pero la forense me había adelantado que Manny murió la noche anterior entre las nueve treinta y las once. Con respecto a lo que había averiguado de Bunkers hasta ese momento, solo sabía que se trataba de un hombre discreto de hábitos sencillos. No tenía antecedentes criminales, ni se le conocían grandes vicios. No consumía alcohol en exceso, ni tampoco drogas. No era jugador, ni tenía donde caerse muerto, así que el robo estaba descartado. Lo único sospechoso acerca de él eran los retiros bancarios, que me hicieron llegar a la conclusión de que era víctima de un chantaje, pero no es frecuente que los extorsionadores asesinen a la gallina de los huevos de oro. En todo caso, suele ocurrir lo contrario. En fin, por lo que sabía, el asesino se tomó la molestia de visitar a Manny en su refugio del hospital y lo apuñaló en el corazón sin que mediara motivo alguno. No me lo creía. Estaba seguro de que me faltaba algún dato importante, y eso me enervaba.

Los atascos que me encontré en el camino tampoco contribuyeron a mejorar mi humor. Para cuando llegué al cuartel hubiera sido capaz de morder a quien se me cruzara por delante, así

que hice lo posible por evitar encontrarme con la capitana Taylor. Como es fácil adivinar, mis relaciones con ella eran tensas en el mejor de los casos.

No quisiera que me juzguen mal. No soy machista, ni me molesta que mi jefe sea una mujer, pero ambos sabemos que nuestros caracteres son incompatibles, así que hacemos nuestro mejor esfuerzo por evitarnos el uno al otro, aunque por razones evidentes, no siempre es posible.

Cuando crucé el umbral, le pregunté al sargento de la recepción si ya el testigo había llegado. Asintió después de consultar su agenda.

—Sí, teniente. El señor Polley lo aguarda en la sala de espera desde hace una hora.

El tono con el que Miller pronunció la palabra «señor» no me pasó desapercibido, pero decidí no hacer ningún comentario. Trato de no predisponerme antes del interrogatorio de un testigo. En este caso, no sería fácil.

—Lamento la tardanza. El tránsito está imposible. Lo entrevistaré en la sala de interrogatorios número dos.

—Sí, señor. Le pediré a Stevens que lo acompañe hasta allí.

Subí las escaleras después de darle las gracias al sargento. Es un ejercicio que mi cadera no agradece, pero siempre lo prefiero a usar el ascensor. Malos recuerdos.

Al cabo de diez minutos entré en la sala de interrogatorios con la carpeta que contenía el expediente del caso Bunkers en la mano. Polley estaba sentado. Apoyaba el brazo sobre la mesa y la cabeza sobre este con expresión aburrida. No conozco a nadie que se aburra en la sala de interrogatorios de la Policía, a menos que se trate de una pose. Eso encendió mis alarmas.

Si lo veía con criterio amplio, podía decir que el aspecto de Polley era extravagante, pero quién era yo para juzgar a nadie por cómo lucía. Por simple reflejo enderecé el nudo de la conservadora corbata que no le había gustado a Holly, y se me ocurrió que si la chica llegara a conocer a Polley, le parecería que era genial.

Lucius se enderezó en la silla en cuanto me senté frente a él, pero no cambió la expresión de su rostro. Carraspeé para aclarar mi voz y asumir mi papel de poli bueno.

—Gracias por venir a declarar, señor Polley.

—¿Acaso tenía alternativa? Recibí una citación. Si no venía, me irían a buscar con una patrulla —Sonreí con sarcasmo para confirmarle que tenía razón. Eso fue suficiente para que se le quitara el aburrimiento—. Supongo que esto tiene que ver con la muerte del viejo, ¿no es así?

—Si se refiere al señor Bunkers, así es. Tenemos entendido que él tuvo mucho que ver con su despido.

—Él tuvo la culpa. Quería que trabajara como un esclavo, y nunca estaba satisfecho con mi labor. Creía que él era el único que hacía las cosas bien.

—Comprendo. Supongo que eso debió ser frustrante.

—Por supuesto. Nunca podía complacer al viejo.

—Así que estaría muy enfadado con él. ¿No es así?

Las piezas debieron encajar en el cerebro de Lucius y puedo jurar que escuché el clic. Abandonada por completo su actitud indiferente, frunció las cejas que llevaba pintadas de un negro carbón.

—¡Oiga, espere un momento! Ya lo veo venir. No me van a culpar de este muerto. Yo no tengo nada que ver,

—Sí, ya imaginaba que diría eso —afirmé con indiferencia—. ¿Dónde estuvo anoche entre las nueve treinta y las once?

Polley soltó un suspiro de alivio.

—Estuve en casa. Con mi novia.

—Ella confirmará su versión, por supuesto.

—Por supuesto.

—¿Desde cuándo son pareja? —pregunté en tono casual, mientras tomaba nota. Lucius se echó hacia atrás y frunció el ceño de nuevo.

—Desde hace tres años.

Asentí. Entonces miré mi reloj y enarqué las cejas.

—No creí que fuera tan tarde. Si me disculpa, señor Polley, debo hacer una llamada. Regreso enseguida.

La sorpresa se reflejó en la cara de mi testigo, mientras yo cogía la carpeta y salía a toda prisa de la sala de interrogatorios. Me encontré de bruces con la capitana, quien había seguido toda la entrevista. ¡Maldita suerte!

—¡Kinsley! ¿Quiere explicarme qué fue eso? ¿Cómo interrumpes un interrogatorio para ocuparse de una llamada personal?

Incliné la cabeza a un lado, como un cachorro que intenta comprender algo que le resulta inexplicable.

—¿Cuándo dije yo que la llamada era personal, capitana?

Taylor cortó en seco el discurso que pensaba soltarme, y se quedó con la boca abierta y el aire a medio camino. Yo aproveché para dirigirme a Stevens, que estaba de pie junto a ella.

—Charlie, ¿podrías decirme el número telefónico de la novia de Polley?

—Sí, señor —confirmó el agente, mientras leía el formulario que Lucius rellenó a su llegada. Entonces me dictó un número que yo marqué de inmediato en mi teléfono.

—¿Señorita Smith? Sí, soy el teniente Jarod Kinsley, de la Policía de Rothberg. Estoy investigando la muerte del señor Manny Bunkers y necesito establecer las coartadas de todos los relacionados con la víctima para el informe... Sí, sé que usted no lo conocía, pero hay una relación indirecta y... de acuerdo. ¿Podría decirme dónde se encontraba anoche entre las nueve treinta y las once?... ¿Sola? Con su novio. Muy bien. Muchas gracias y disculpe la molestia.

Corté la comunicación y solté un suspiro de decepción.

—Podrían haberse puesto de acuerdo antes de que él viniera aquí —comentó Eisheba.

—Es cierto, y lo tendré en cuenta, pero de momento creo que debemos apuntar nuestra artillería en otra dirección.

—Es su caso, Kinsley —sentenció la capitana—, pero tenga cuidado de acertar en el blanco, porque lo estaré vigilando. Como siempre.



Ignoré lo mejor que pude las amenazas no tan veladas de la capitana Taylor. Después de todo, forman parte de mi día a día. Si tuviera que definir nuestra relación, diría que mantenemos un odio cordial. Así que una vez confirmada la coartada de Lucius, regresé a la sala de interrogatorios y le dije que se podía ir a casa, pero que se mantuviera localizable.

Admito que en ese momento me sentía frustrado. Debería haberme marchado yo también a descansar, pero la idea no me entusiasmó. Después de romper mi relación con Tina sentía que las paredes se me venían encima, así que prefería regresar a mi apartamento cuando ya no podía ni con la chaqueta. De esa forma se hacía más llevadero.

Volví a mi minúsculo despacho y me pregunté qué más podía hacer para avanzar en el caso. Ya había interrogado a los principales testigos sin sacar nada en claro. Quizá obtuviera alguna línea de investigación con los resultados de la autopsia, o el análisis de la escena del

crimen, pero para eso tendría que esperar al menos hasta el día siguiente. Por otra parte, las indagaciones que hice sobre Manny no ayudaban mucho. Lo único extraño eran los retiros bancarios, que solo podía explicar con un chantaje, pero ¿cuál había sido el motivo por el que pagaba si su vida parecía la de un monje cisterciense? ¿Protegía a su hija? ¿Pero de qué?

Suspiré y me eché hacia atrás en la silla. ¿Quién podía querer asesinar a un empleado de mantenimiento con una vida simple y ejemplar? Debía tratarse de una rencilla, pero según las personas con quienes hablé, todos lo querían y no tenía más enemigos que Lucius. Fruncí el ceño y me dije a mí mismo que parecía idiota. La diatriba con Polley demostraba que no era un hombre que soportara tonterías. Y alguien así siempre tiene enemigos, o al menos adversarios. Así que concluí que Manny Bunkers representaba un papel.

Abrí la carpeta donde guardaba todos los datos sobre el caso y releí todo su contenido. Me percaté de un detalle que se me había pasado por alto. Saqué la tarjeta de la seguridad social de mi billetera y la comparé con la del conserje. Entonces solté una sarta de improperios contra mí mismo. De imbécil para abajo. ¿Cómo se me pudo escapar algo tan importante? Bunkers tenía 64 años según su expediente laboral, es decir, veintinueve años más que yo. Y sin embargo, el número de su tarjeta de seguridad social era más reciente que el mío. Sería razonable si fuera extranjero y hubiera conseguido su número siendo ya bastante mayor, así que busqué su lugar de nacimiento: Oklahoma. Al haber sido americano, la inscripción tardía quedaba descartada.

—¡Mierda! —exclamé en voz alta. ¿Qué quieren? Necesitaba desahogarme.

Con ese dato en mente revisé con detalle las fechas de la información que tenía delante: cuentas bancarias, pagos de impuestos, créditos... todo tenía una fecha límite de diez años. Antes de eso, nada. Lo que acababa de descubrir explicaba muchas cosas, pero también abría nuevos interrogantes. Manny Bunkers comenzó a existir diez años atrás. ¿Dónde estuvo antes de ese momento? ¿En el extranjero? Era una posibilidad, así que hice una llamada y recibí un insulto, por supuesto.

—¡Demonios, Kinsley! Estoy cenando con la familia. ¿Puedes decirme qué quieres que no pueda esperar hasta mañana?

—Necesito un enorme favor, Mike.

—¿Otro?

—Vamos, por los viejos tiempos.

—Son tiempos que quisiera olvidar, pero tú y tus favores no me dejan.

—Es por una buena causa.

—Y lo necesitas para esta noche, por supuesto.

—No querrás que haya un asesino suelto por las calles de Rothberg. Piensa en la seguridad de tu familia... Tu esposa, tus hijos.

—A ellos déjalos fuera de esto. Existen muchos asesinos, ladrones, yonquis y delincuentes en general, sueltos. No solo en Rothberg, sino en cualquier lugar del mundo. Tu trabajo es atraparlos. A mí déjame en paz. No tiene que ver conmigo.

—Es de buenos ciudadanos colaborar con la Policía.

—No vas a ceder, ¿verdad?

—Solo te llevará unos minutos.

—Muy bien, ¿qué quieres? —claudicó Mike, al mismo tiempo que soltaba un suspiro de resignación.

—Anota este nombre: Manny Bunkers.

—De acuerdo. No me resulta familiar. ¿Qué quieres saber?

—Si estuvo registrado en algún consulado en el extranjero. Es un ciudadano americano,

pero apareció de la nada hace diez años.

—Lo investigo y te llamo.

Mike cumplió su palabra. Diez minutos después me confirmaba que no había registro de ningún Manny Bunkers que hubiera vivido en el extranjero. Eso solo me dejaba una opción. Tendría que hacer una segunda llamada, aunque hubiera preferido sacarme una muela sin anestesia, pero no tenía alternativa.

Ella respondió al tercer timbrado con el tono más indiferente que pudo imprimir a su voz.

—Jarod... Te diría que me alegra hablar contigo, pero te estaría mintiendo.

—Hola, Karlene. A mí en cambio me alegra mucho escucharte.

—¡Mentiroso! Seguro que me llamas porque necesitas algo de mí.

—Me lastiman tus palabras, Karly. Después de lo que vivimos juntos, creí que me conocerías mejor.

—Porque te conozco es que te lo digo. ¿Qué quieres?

Me sentí atrapado. Cuando has compartido la cama con una mujer como Karlene durante más de dos años, no hay forma de que puedas disimular frente a ella. Llené mis pulmones de aire y claudiqué.

—De acuerdo. Necesito información sobre alguien. Su nombre era Manny Bunkers.

—¿Era?

—Lo encontraron muerto esta mañana en su vivienda del hospital Rothberg, donde era jefe de mantenimiento.

—¿Y eso qué tiene que ver conmigo?

—Hace diez años salió de la nada, como un champiñón.

—Comprendo —dijo Karly, en un tono más amigable. Yo podía imaginar su ceño fruncido, y la encantadora arruga que se le formaba entre las cejas—. Déjame hacer algunas llamadas y te respondo mañana.

—Eh... ¿No podrías conseguirme la respuesta para hoy? Es que no tengo ni puñetera idea de quién lo mató, y la capitana me presiona más que un torniquete.

Del otro lado de la línea se hizo el silencio y yo esperé que se negara. Incluso llegué a pensar que me había colgado. Eso me hubiera sorprendido menos que su respuesta.

—Esto me llevará cuando menos un par de horas. ¿No te esperan en casa?

—Si te refieres a Tina... rompimos.

—Vaya, no sabes cuánto lo lamento —Mentía, por supuesto. Casi podía imaginarla saltando y haciendo un gesto hacia atrás con el brazo para celebrarlo—. Siendo así, tal vez pueda conseguir la información esta misma noche, con una condición.

—Tú dirás.

—Que me invites a cenar.

—¡Hecho! —me pregunté a mí mismo qué diablos estaba haciendo— Nos vemos en nuestro restaurante de siempre a las once. ¿Está bien?

—Allí estaré.



Llegué puntual a la cita, pues me sentía motivado. Además de que Karlene se enfadaría si la hacía esperar, me moría de hambre y el *rissotto alla parmigiana* del Trento no es de este mundo. No tenía reservación, pero conozco al *maitre* desde los días en que me esforzaba en impresionar a Karly, pobre ingenuo, y tenía la certeza de que él recordaba las propinas de

entonces. Tal vez conservaba la esperanza de que regresaran los buenos tiempos, o al menos fue la conclusión a la que llegué por la amplia sonrisa con la que me recibió.

—*Tenente Kinsley, bienvenido. Sono molto felice di vederlo di nuovo. Come sta la signorina Karlene?*

Me había costado semanas comprender el saludo en italiano de Gino, pero al final lo conseguí: cuando Karly me lo tradujo. Tampoco creáis que soy tan listo. Sonreí y le estreché la mano. Un billete de cincuenta dólares cambió de dueño.

—Está muy bien, Gino. Debe llegar en cualquier momento. ¿Crees que podrás conseguirnos una mesa?

—*Certo!* Creo que acabamos de tener una *cancellazione*. Ordenaré que le preparen *il tavolo*. Si lo desea, espere en el bar. Le avisaré cuando todo esté listo.

—Gracias, Gino. Sabía que podía contar contigo.

Me alegró abandonar el frío de la calle por el cálido ambiente del Trento. Me senté en la barra y pedí un aperitivo para ir engañando al estómago mientras esperaba. Frente a mí aparecieron una copa de vino y una tabla de madera redonda cubierta por rebanadas de diferentes tipos de embutidos, junto a una cesta de pan. Los atacé sin piedad. Creo que ya había mencionado que me moría de hambre.

—Veo que tu desengaño amoroso no te hizo perder el apetito —dijo una voz conocida a mis espaldas, con tono irónico.

—Karlene. ¡Qué gusto verte! —mentí, plantándole un beso en la mejilla que ella recibió con resignación—. Hoy no tuve tiempo de almorzar. ¿Gustas? Nuestra mesa debe estar lista en unos minutos.

Más que mirarme, Karly me escaneó. Siempre hacía eso cuando vivíamos juntos y sospechaba que le había contado alguna mentirijilla. Yo, por supuesto, incliné un poco la cabeza a un lado y enarqué las cejas. Era mi expresión de falsa inocencia, que funcionaba con todos excepto con ella. Me conocía demasiado bien. Karlene cogió una rebanada de jamón y asintió para demostrar su aprobación, antes de expresarla con palabras:

—El *prosciutto* está muy bueno. Como siempre. Debo reconocer que tienes buen gusto para la gastronomía. Es una lástima que no pueda decir lo mismo acerca de otros atributos de tu personalidad.

—¡Auch! Eso dolió. ¿No te queda ningún buen recuerdo de mí?

—Por supuesto que sí —admitió mi expareja con un suspiro—. De no ser así no hubiéramos permanecido juntos tanto tiempo, pero no puedo con tu cinismo, Jarod. Lo siento.

La misma queja de siempre. ¿No se supone que si estás enamorado debes aceptar al otro con sus virtudes y defectos? Karly tampoco era ninguna «perita en dulce», y yo nunca traté de que cambiara. O no demasiado. En fin, reconozco que entre nosotros alguna vez hubo una llama que hubiera podido desencadenar un incendio forestal, pero de eso ya solo quedaban algunos rescoldos entre las cenizas. Ambos lo comprendíamos y cada uno de nosotros culpaba al otro del fracaso de la relación. Quién sabe, es posible que no hubiera sido amor. Tan solo una pasión que se apagó con el tiempo y la rutina.

Gino acudió para salvarme de una conversación que prometía acabar mal.

—*Sono contento di vederti di nuovo, signorina Karlene!* La mesa de los señores está lista. *Seguimi, per favore.*

—*Grazie, Gino* —le respondió Karly. Yo me limité a ir tras ellos. Mi nivel de italiano equivale al de chino. Cuando el *maitre* del Trento soltaba sus parrafadas en su lengua nativa, yo casi siempre me quedaba *in albis*.

Los cincuenta dólares rindieron frutos. Gino nos asignó una mesa apartada en un rincón discreto que permitía dominar el comedor y la puerta de un vistazo. Yo no la hubiera escogido mejor. Un mesonero trajo mi copa desde el bar en una bandeja, y Gino le preguntó a Karly qué deseaba tomar. Ella respondió que lo mismo que yo y se lo sirvieron enseguida. Yo pedí mi *rissotto* sin siquiera mirar la carta. Karlene se demoró bastante en hacer su selección, lo cual significaba que trataba de encontrar el plato más caro del menú para asestarle un golpe mortal a mi billetera. No me equivoqué. Escogió unos tallarines con frutos del mar destinados a arruinar mi presupuesto del mes. Me pregunté si podría pasarle la factura del restaurante a la capitana Taylor como viático. Después de todo, se trataba de una cena con un agente del FBI para conseguir información acerca de un homicidio. Lo descarté enseguida. Ya era difícil cobrarle viáticos a Elisheba cuando se trataba de un café. Si intentaba hacerlo con una cena en el Trento con una agente llamada Karlene, acabaría acusado de desviar recursos públicos para disfrute personal.

Mientras esperábamos la cena, mi expareja extendió la servilleta sobre sus rodillas y bebió un sorbo de vino. Luego me miró sin pestañear.

—¿Qué le pasó a tu relación con la rubia? —me preguntó sin anestesia.

—Incompatibilidad de caracteres.

—Eso significa que no fue capaz de soportarte.

—Vamos, Karlene. Tampoco soy un monstruo.

—No, pero tu cinismo y mal humor no los soportaría ni tu madre.

—Ella menos que nadie. Te lo puedo asegurar.

Karly bajó la mirada y debo decir en su favor que se mostró avergonzada.

—Lo lamento. No era lo que quería decir —suspiró y cambió de tema—. Aunque no me lo creas, lamento que no funcionara tu relación con Atkins.

—Yo también. ¿Cómo está mister esteroides?

—Terminamos el año pasado —enarqué las cejas. Se suponía que el tipo por el que me dejó Karlene era el hombre perfecto—. Pidió traslado a Nueva York. Está casado y será padre en pocos meses.

—Lo lamento tanto como tú mi ruptura con Tina —solté sin pensar.

Karly frunció el ceño ante mi sarcasmo. En ese momento llegaron las órdenes y comenzamos a cenar. Después de unos segundos en los que cada uno simuló concentrarse en su plato, ella rompió el silencio.

—Ya dispongo de la información que requieres —dijo, mientras se metía un camarón de tres dólares en la boca. Masticó, lo saboreó y tragó antes de continuar—. Tenías razón: Manny Bunkers era uno de nuestros testigos protegidos. Su nombre verdadero era Mack Burns.

—¿De quién lo protegían?

—Sabes que eso es información confidencial —respondió evasiva, mientras se tragaba mis dólares en forma de mariscos y moluscos.

—Vamos Karlene, Burns, o como quiera que se llamase está muerto. Guardar la información ya no lo protegerá de nada. Puedo conseguir la orden de un juez para que abráis el expediente, pero eso llevará tiempo. Un tiempo que el asesino podría aprovechar para desaparecer.

—Lo sé. Por ese motivo conseguí autorización de mi jefe para revelarte lo que sabemos.

—Te escucho.

—Burns entró al programa hace diez años, cuando salió de la cárcel. Cumplió una condena reducida porque delató a sus cómplices. Lo protegimos en prisión y le dimos una nueva identidad cuando salió.

—Entonces sabéis quién quería matarlo. ¿A quién delató?

—¿Te suena Oliver Canzu?

Silbé «por lo bajines» en cuanto escuché el nombre del jefe del crimen organizado más poderoso de la costa este. Era un sujeto astuto que sabía tirar la piedra y esconder la mano. Aunque las autoridades de tres estados le teníamos la vista puesta, no habíamos podido encontrar una maldita prueba en su contra. El FBI no tenía mejor suerte.

—Si delató a Canzu, ¿cómo es que todavía no tenemos nada contra él?

—No fue a él, sino a su hermano, quien no salió vivo de la cárcel. Sabemos que Oliver ofrecía una recompensa a quien le diera información sobre Burns. Por eso Mack cumplió condena bajo un alias: Harry Thomson.

—Ya me imaginaba que la inocencia y amabilidad del conserje eran fingidas —murmuré entre bocado y bocado de *rissotto*. Karlene solo asintió—. ¿Cuál fue el delito que cometió Manny?

—Fue hace veintiséis años: él y sus cómplices robaron un Banco. Mack fue el chófer.

Alice.

El tiempo avanzaba con una lentitud insoportable. A pesar de mi cansancio no había sido capaz de pegar ojo en toda la noche. Encendí la luz de la lamparita junto a mi cama y consulté el reloj. Las doce treinta. Cinco minutos más tarde que la última vez que lo comprobé.

Me sentía incapaz de dormir. Después de darme una ducha caliente y tomarme una infusión, me acosté dispuesta a olvidarme del mundo, pero solo pude dar vueltas en la cama y a mi cabeza. Vista desde la perspectiva de mi insomnio, la visita a Diana Bunkers ahora me parecía una torpeza. Si ella y su novio no tenían relación con el asesinato del conserje, no podían decirme nada. Y si la tenían era peor, porque entonces me había metido en la boca del lobo. Me estremecí al comprender la suerte que tuve al poder salir de Mulberry solo con un susto. Me pregunté cómo se me había ocurrido entrometerme en los asuntos de la Policía. Entonces recordé al teniente Kinsley y su actitud hostil. Había sido brusco y torpe conmigo cuando yo estaba en una situación de especial fragilidad. En definitiva, el sujeto era un troglodita sin sentimientos. Aunque acudió en mi auxilio cuando lo necesité, pero eso fue gracias a Paul. Revie sí me trató con la sensibilidad apropiada para el momento. Me alegré de contar con su amistad.

Me voltee para acostarme sobre el lado izquierdo y me quité la sábana y la manta, pues sentía calor. Recordé la expresión del teniente cuando me preguntó qué demonios hacía allí. Estaba enfadado. De repente comprendí la conclusión a la que pudo llegar. Desde su punto de vista no habría ninguna razón lógica para que yo visitara a Diana, salvo que ambas estuviéramos relacionadas. Un escalofrío recorrió mi espalda. Mi conducta era sospechosa desde cualquier perspectiva. Y ya Kinsley me tenía entre ceja y ceja. Estaba segura de ello por la forma en que me miraba.

No quería pensar en el teniente, así que me giré sobre el lado derecho y me volví a arropar, pues tenía frío. Luego estaba la extraña llamada de mi padre. Sus quejas sobre mi hermano no eran nuevas. Ya estaba harta de hablar con Dustin acerca de su actitud de niño rico irresponsable. También sospechaba que consumía drogas, aunque no se lo sugeriría a papá sin tener pruebas. Mi hermano había sido un dolor de cabeza para toda la familia desde que tenía diez años. Sin embargo, quien me preocupaba en ese momento no era el Benjamín de la familia, sino el patriarca. Me asaltó el temor de que estuviera enfermo.

No comprendía qué interés podría tener mi padre en el asesinato de Bunkers, si ni siquiera conocía al conserje. Me acosté bocabajo y me quité la manta, pero no la sábana... Estaba segura de que su llamada tenía un objetivo. Por algún motivo quería saber acerca del asesinato y de los avances de la Policía. Lo que no acertaba a adivinar eran sus motivos.

Me voltee bocarriba y me quité la sábana. Así no se podía. Decidí levantarme y servirme una taza de leche caliente. Tal vez me ayudara a dormir y si no lo hacía, cuando menos no me volvería loca dando vueltas en la cama.

Mientras calentaba la leche me reproché mi conducta. Lo que le ocurrió a Manny fue muy triste, pero no era un asunto que yo debiera resolver, ni tampoco entrometerme. Para eso le pagaban al antipático teniente. Él tendría que ocuparse.

Rellené una taza con la leche y me senté a la mesa para beberla despacio. Me convencí que debía tomarme la bebida caliente, volver a acostarme y tratar de dormir el resto de la noche. Al día siguiente tenía pacientes que atender, y ellos merecían que estuviera fresca y despejada para poder proporcionarles el apoyo que necesitaban. Recordé que también Manny fue mi paciente. ¿Acaso no merecía que hiciera lo posible para ayudar a detener a su asesino?

¿Y cómo podría hacer eso? Solo era una psicóloga cuya intromisión no sería bien recibida por el detective encargado del caso. Kinsley ya me tenía antipatía. Estaba segura de ello. Si además me entrometía en su trabajo llegaría a odiarme.

Pero, y si lo ayudaba. Yo fui la psicóloga de Bunkers. Se suponía que nadie lo conocía mejor que yo. Tal vez las razones por las que lo asesinaron estaban enterradas en las notas de su historia clínica. Negué con la cabeza mientras daba un sorbo a la leche. Era una tontería. Ya el policía tenía el expediente. Él sabría encontrar lo que tuviera relación con el crimen, sin que yo interviniera.

Pero Kinsley sospechaba de mí. ¿Y si esa sospecha le impedía ver lo importante? ¿Sería el tipo de policía que falseaba las pruebas para salirse con la suya? Un escalofrío me recorrió la espalda y me arrebujé en la bata. No podía con la incertidumbre, así que tomé una decisión.

Un taxi me dejó frente al Rothberg cuando mi reloj marcaba la una de la madrugada. Por supuesto que mi llegada sorprendió al recepcionista del turno de la noche que guardaba la puerta del hospital. No lo conocía, así que me identifiqué y le conté una historia acerca de un paciente que hizo crisis y cuya historia clínica debía consultar para poder ayudarlo.

No sé si el empleado me creyó, pero me dejó pasar. Subí a mi despacho y encendí el ordenador. Aunque le había entregado el expediente de Bunkers a Kinsley, yo guardaba una copia en mi disco duro.

Pasé dos horas releendo y analizando mis propias notas de las sesiones de terapia con Manny. Tenía los ojos irritados y sentía el cansancio como una presión sobre los músculos de mi cuello y mis hombros, pero la adrenalina que circulaba por mis venas en ese momento eliminaba todo rastro de somnolencia.

Tal vez a causa del mismo cansancio, no encontré nada interesante hasta que lo leí por segunda vez. Entonces me di cuenta de que el estado emocional de Bunkers había sufrido una recaída hacía dos años, cuando comenzó a manifestar un nerviosismo extremo.

Me recriminé por no haberme percatado de que algo iba mal, aunque Manny justificaba su crisis atribuyéndosela al deterioro de las relaciones con su hija, las cuales ya eran difíciles, pero esa fue la fecha aproximada en que ella se relacionó con su actual pareja. Estaba siendo demasiado dura conmigo misma. En aquel momento yo no tenía forma de sospechar que Bunkers era víctima de un chantaje. Era un padre dolido por el distanciamiento con su única hija, y preocupado porque ella se relacionaba con un sujeto que rozaba el mundo de la delincuencia.

Una vez que me quité la culpa de encima, comprendí que lo que acababa de descubrir en la transcripción de las sesiones era importante. Suspiré. Nada me apetecía menos que sostener una conversación con el troglodita. Aun así, puse mi mano sobre el auricular del teléfono y saqué de mi cartera la tarjeta de presentación que me había dejado. Entonces me detuve. Kinsley tenía esas notas y podía llegar por sí mismo a iguales conclusiones. Se había comportado como un cretino conmigo, así que no merecía que le aliviara el trabajo. Aparté la mano del auricular y apagué el ordenador, dispuesta a mantener la distancia y marcharme a casa a dormir un rato.

Ya estaba junto a la puerta y a punto de salir, cuando me asaltó el sentimiento de culpa: Manny era mi paciente. Confío en mí. ¿Cómo podía desentenderme así de su muerte? Recapacité. La noche del asesinato, alguien lo visitó en el lugar donde se sentía más seguro: su hogar. Acto

seguido le clavó un cuchillo en el corazón. Y esa persona estaba libre después de cometer un crimen tan horroroso.

Miré el teléfono. Solo tenía que levantar el auricular para llamar a Kinsley y facilitarle el trabajo. En ese momento estaba convencida de que no tenía ningún interés en ayudar al policía, pero por otro lado estaba Manny. Él merecía que detuvieran a su asesino. El reloj colgado en la pared inclinó la balanza. Eran las tres treinta de la madrugada. Sonreí con malicia mientras regresaba junto al teléfono y levantaba el auricular.

Escuché el tono repetido que indicaba los timbrazos al otro lado de la línea. El teléfono comunicaba. Me mantuve firme sin dejar de sonreír. Era mi pequeña venganza.

—Diga —respondió una voz somnolienta que casi no reconocí. Casi.

—Teniente Kinsley. Soy la doctora Wilson. Lo estoy llamando porque usted me pidió que lo hiciera si recordaba algo que pudiera resultarle útil.

—Doctora. ¿Sabe qué hora es?

—Lo siento. Se me pasó el tiempo trabajando, pero creo que esto es importante.

Hubo un momento de silencio. Me imaginé al detective frotándose los ojos y tratando de despejarse. En efecto. Cuando volvió a hablar, su voz era más clara.

—De acuerdo. ¿Qué es lo que puede decirme?

En pocas palabras le expliqué mi descubrimiento sobre los cambios de conducta de Manny. Él escuchó sin interrumpirme.

—Dos años —repitió—. Coincide con el momento en que empezaron los retiros de sus cuentas. ¿Dice que la relación de la hija con Colin Jhonson también data de esa fecha?

—Fue lo que Manny me dijo. Justificó su nerviosismo con la aparición de Jhonson en la vida de su hija. Opinaba que era un vago y un adicto que la arrastraría a un abismo.

—Y no se equivocaba. Me pregunto si...

—¿Qué?

—Nada. Gracias por la información, doctora. Aunque hubiera agradecido que lo descubriera un par de horas más tarde —refunfuñó Kinsley y colgó sin más preámbulos.

Yo también colgué con una sensación de triunfo, que estaba segura de que me ayudaría a conciliar el sueño.

Jarod.

¿Quién podría recriminarme mi mal humor? Reconozco que la cena con Karlene fue positiva desde el punto de vista del caso: pude comprobar lo que ya sospechaba y averigüé la verdadera identidad de Manny, así como lo que se ocultaba detrás de la fachada de abuelito generoso y servicial. En fin, tuve lo que quería, pero eso no convirtió la ocasión en un encuentro agradable. Karlene no perdió oportunidad de lanzarme pullas sobre mi carácter. Como ya imaginaréis, según su versión yo tenía toda la culpa de que lo nuestro no funcionara. Y de su fracaso con mister esteroides también. Hay que joderse. Además de soportar sus quejas, el plato que se zampó me salió por un pastón. Y no tenía la menor esperanza de que Taylor me reconociera la cena como gasto. Al menos el *risotto* resultó tan bueno como lo recordaba. El único que se alegró del encuentro fue Gino, que entre propinas y sobornos redondeó la noche a mis costillas.

Cuando llegué a casa caí sobre mi cama, más desmayado que dormido. Todo para que la bruja de Wilson me despertara a las tres treinta de la madrugada. ¡A las tres treinta! Vamos, que ni el santo Job tenía tanta paciencia. Por supuesto que después de lo que me dijo no fui capaz de volver a conciliar el sueño, aunque juro que lo intenté. Luego de dar más vueltas que un perro para echarse, decidí ducharme y comenzar la jornada temprano.

Puse en la estufa una cafetera en modalidad «estudiante antes de un examen», mientras me preparaba para salir. En la medida que mi humor es peor, tiendo a vestirme mejor. Supongo que es para compensar. Ya mis subalternos saben que cuanto más elegante sea mi atuendo, peor será su día. Esa mañana escogí un traje a la medida para el que ahorré durante un año. No era un *Fioravanti*, pero daba el pego. También me puse mi camisa más fina, corbata de seda y mis únicos zapatos a la medida. En fin, que me sentía con un humor de *pitbull* encadenado y hambriento. Nada de *Golden retriever* meneando la cola. Que también entre los perros hay de todo.

Después de tomarme dos tazas de café *King size*, me animé a salir a la calle con rumbo al cuartel de Policía. Hacía tanto frío que no me hubiera sorprendido cruzarme con un pingüino despistado. La calle estaba solitaria y el sol todavía no se asomaba. Volví a maldecir a la bruja Wilson. Con lo bien que estaba yo calentito en mi cama. Seguro que lo hizo a propósito. Si era evidente que me detestaba. Bien, tampoco es que me importara mucho. Si al fin y al cabo, ni mi madre me soporta.

Lo único positivo de salir de casa a esa hora es que no te encuentras ningún atasco, así que llegué al cuartel en tiempo récord. Me recibió Charlie, que tenía guardia esa noche. No pudo disimular la sorpresa al verme llegar. De inmediato pasó a la preocupación cuando detalló mi atuendo. Sabía que auguraba un mal día, así que se guardó cualquier pregunta acerca de la hora intempestiva de mi llegada.

—¿Alguna novedad, Charlie?

—No, señor. Ha sido una guardia tranquila.

—Muy bien, estaré en mi despacho. Hoy están citados Diana Bunkers y Colin Jhonson. Deberían llegar a las ocho. Por favor, avísame cuando estén aquí.

—Sí, teniente.

—¿Ya llegó la capitana Taylor?

—Señor, son las...

—Sí, ya sé. Llegué un poco temprano.

Charlie enarcó las cejas. ¿Un poco temprano? Si ni siquiera habían puesto las calles todavía. En fin, ignoré los interrogantes que se reflejaban en la cara del oficial y subí las escaleras

hasta mi despacho. Mi cadera protestó. No le había proporcionado suficiente descanso. No importaba. Era otra buena razón para estar de mal humor. Al fin y al cabo, todos necesitamos autojustificarnos.

Una vez en mi despacho me quité el sobretodo, me senté en mi escritorio y encendí el ordenador. Estaba decidido a estudiar a fondo el entorno real de Bunkers, ahora que disponía de nueva información. Con un pasado tan oscuro, las posibilidades de encontrar al asesino crecieron en forma exponencial.

La primera sorpresa de la madrugada fue Niles Burton, pues el amable y poco colaborador dueño de la cafetería tenía antecedentes criminales. En sus años mozos formó parte de una banda de motociclistas bastante camorberos. Sus delitos fueron menores: peleas en bares, daño a la propiedad... el tipo de imbecilidades que cometen los sujetos en pandilla cuando mezclan los anabolizantes con el alcohol. Sin embargo, en una de esas peleas hubo un herido, lo cual le costó un año de prisión al chico malo. Hice un cruce de datos y encontré algo interesante: Niles Burton y Harry Thomson, el alias de Mack Burton en prisión, compartieron celda durante dos años. Una pifia del FBI, porque significaba que había una grieta en la protección como testigo de Bunkers y nadie se dio cuenta. Lo más importante en ese tipo de procedimiento es que se rompa todo nexo con el pasado, y que nadie en absoluto tenga idea de la nueva identidad.

Burton acababa de escalar varios puestos en el *top ten* de sospechosos. En especial porque durante nuestra entrevista olvidó mencionar lo que sabía, lo cual calificaba como obstrucción a la justicia. Decidí que el cantinero merecía una lección.

Me sentí estimulado por el descubrimiento. Comenzaba a vislumbrar una luz al final del túnel en ese caso. Tal vez los camarones que se comió Karlene fueron una buena inversión después de todo. Continué con mi indagación. El día anterior ya había hurgado en el pasado de Polley, de Diana y de Colin. El primero no tenía antecedentes. Con respecto a la hija y el novio, eran yonquis, lo cual significaba que serían capaces de matar a su madre por su próxima dosis. El padre no estaba excluido. ¿Serían ellos quiénes chantajeaban a Manny? Tenía sentido. Después de todo, estaba seguro de que Diana conocía toda la historia de su padre. Ambos entraron en el programa de protección de testigos hacía diez años. La propia Diana ya era adulta cuando debió cambiar su nombre. La hija de Bunkers tenía mucho que explicar,

Todavía faltaban un par de horas para que llegaran mis «testigos», así que me zambullí en los archivos policiales para averiguar todo lo posible acerca del asalto al Banco, y los cómplices de Mack Burns.

El golpe lo dieron en Nueva York, veintiséis años atrás. Fue un trabajo limpio y muy bien planificado. Veinte minutos después de que el dinero arribara a la sucursal bancaria, los asaltantes llegaron, amenazaron a empleados y clientes, cogieron todo lo que había en la bóveda y se marcharon. Eran dos sujetos encapuchados y armados hasta los dientes. Burns era el chófer y los esperó en el auto. Consiguieron un botín nada despreciable de medio millón de dólares. Todo parecía haberles salido bien, pero el tejido se les fue por un hilo suelto: el empleado del Banco que filtró la información.

El detective encargado de la investigación, que ya debía estar jubilado, comprendió enseguida que semejante coordinación no era producto de la casualidad, y que alguien debió dar el chivatazo. Investigó a fondo a todos los empleados y encontró uno que llenaba el perfil: tenía antecedentes y problemas económicos. Lo presionó y confesó. Detener al resto de la banda fue cuestión de tiempo, aunque de los tres que se fugaron con el dinero solo encontraron a dos: el hermano de Canzu y Burns. El tercer sujeto desapareció sin dejar rastro, lo mismo que el dinero, que nunca se recuperó. Por suerte para las autoridades, el Banco disponía de los seriales de los

billetes robados, así que serían identificados con facilidad si trataban de gastarlos.

Me imaginé la frustración del ladrón que escapó con el botín. Medio millón en billetes verdes que no podía gastar si no quería que lo encontrarán. El asalto armado a un Banco es un delito federal, así que no prescribe. Me pregunté quién sería el sujeto y cómo lo habría manejado. Tal vez lavó el dinero a través de alguna organización criminal. Cuando profundicé en los detalles comprendí que si lo hizo, Canzu lo habría localizado de inmediato y a esas alturas sería hombre muerto.

Tal como me dijo Karlene, Burns delató a sus cómplices y proporcionó las pruebas para que fueran condenados. Toni Canzu se suicidó en su celda después de que lo sentenciaron a treinta años, sin posibilidad de condicional. Al empleado lo asesinaron en una reyerta. Casi pude ver la mano peluda de Oliver Canzu en la ejecución. Mack corrió con mejor suerte. Cumplió diez años de condena en una prisión de mínima seguridad bajo un nombre falso. Al salir les proporcionaron una nueva identidad a él y su hija.

Con respecto al ladrón fugado, nadie sabía su identidad. Burns juró hasta el final que solo lo conocía por su apodo: Fox. Había sido el cerebro del golpe, y estaba claro que era el más listo, porque se libró de la condena en prisión y se quedó con el botín. La policía nunca lo encontró, así que seguía siendo un misterio de quién se trataba. ¿Sería él quien asesinó a Manny por viejas rencillas? Era una opción interesante para investigar.

El interfono me sacó de mis reflexiones. Solo entonces me percaté de que ya había amanecido.

—Dime, Charlie.

—Disculpe que lo interrumpa, teniente. Quería avisarle de que ya llegaron la señorita Diana Bunkers y el señor Colin Jhonson.



Salí de mi despacho carpeta en mano y me encaminé a la sala de interrogatorios. La primera entrevista sería con Diana. Acomodé el nudo de mi corbata de seda, y por alguna razón recordé a Holly, Seguro que esta tampoco le habría gustado. Hice un esfuerzo por no cojear, ignorando las punzadas de mi cadera, y entré con la espalda muy recta. Encontré a Diana Bunkers con el mismo aspecto estafalario del día anterior. Su actitud, sin embargo, era diferente. Ya no tenía la mirada perdida, sino más bien huidiza. Se entretenía jugueteando con una de las muchas pulseras de plástico que adornaban su muñeca. En cuanto crucé el umbral se enderezó en el asiento y contuvo la respiración. Yo me acerqué con aire de sabelotodo, me senté frente a ella, abrí la carpeta y saqué el *Montblanc* que me regaló Karlene cuando atravesábamos mejores tiempos.

—Buenos días, señorita Bunkers. Ese es su nombre, ¿no es así?

—Para qué me lo pregunta si sabe que sí.

Tracé un garabato sobre la primera hoja del expediente.

—Muy bien. Dígame lo que sabe acerca del asesinato de su padre.

—Yo no sé nada. Teníamos una relación distante. Él hacía su vida y yo la mía. La última vez que lo vi fue hace unos dos meses.

—Comprendo. Así que no sabe quiénes eran sus amigos, o sus enemigos —afirmé, condescendiente. Ella negó con la cabeza.

—Él no me contaba nada, así que no tengo idea.

—¿Su padre tenía algún secreto?

—¿Está sordo? —preguntó envalentonada ante mi tímida cordialidad—. Ya le dije que él no me contaba nada.

—Ya veo. ¿Mantiene usted algún tipo de trato con la doctora Wilson?

La pregunta desencadenó un fruncimiento de ceño en Diana.

—Sé que era la loquera de mi padre porque él me lo comentó una vez, pero nunca la había visto hasta ayer, cuando se presentó en casa de Colin.

—Sí, un episodio muy desagradable —afirmé, solidario—. La doctora nunca debió ir sola a ese barrio.

—Lamento lo que le pasó, pero ella se lo buscó cuando fue sola a Mulberry.

Esta vez quien frunció el ceño fui yo. ¿Diana estaba justificando el intento de violación de la psicóloga? Hubiera esperado más solidaridad femenina de su parte. Entonces comprendí que Bunkers solo era solidaria consigo misma. Por alguna razón, su actitud hacia lo que le pasó a la doctora Wilson me enfadó.

—Así que usted no sabe nada sobre lo que le ocurrió a su padre, ni tiene idea de quiénes pueden ser sus enemigos.

—Mi padre era un viejo molesto, pero inofensivo. No se metía con nadie y en su trabajo todos lo querían, así que no, no tengo idea de por qué alguien querría asesinarlo. Tal vez se trató de un intento de robo.

—Interesante conclusión. ¿Tenía su padre algo valioso, algún bien de fortuna?

Diana se removió en el asiento y bajó la mirada.

—No.

Cerré la carpeta, guardé el bolígrafo en mi bolsillo y me puse de pie. Recorrí el pequeño espacio de ida y vuelta varias veces. La hija de Bunkers me miraba sin saber qué esperar, aunque había recuperado la confianza en sí misma y esa actitud desafiante del día anterior. Era evidente que pensaba que lo estaba haciendo muy bien.

—¿No cree que es hora de que me diga la verdad, señorita Bunkers... o debo llamarla Burns?

El color huyó del rostro de la chica, lo que hizo que la pintura color rojo sangre de sus labios contrastara aún más con su piel. En un gesto reflejo cruzó los brazos, y por un momento pareció mucho más joven de lo que era.

—¿Cómo... lo sabe?

—Los organismos de seguridad nos comunicamos entre nosotros, señorita Burns.

—Pero ellos dijeron... —Incliné un poco la cabeza para invitarla a continuar, aunque ya suponía lo que iba a decir—. Ellos dijeron que nadie lo sabría. Ni siquiera la Policía.

—Eso era válido en vida de su padre, señorita Burns. El objetivo del programa es proteger a los testigos. Si mueren, en especial si es en forma violenta como en este caso, la prioridad es detener al asesino.

—Pero yo... ¿no merezco protección?

—¿Necesita usted que la protejan? ¿Tuvo algo que ver con los delitos que cometió su padre, o con su delación?

—No, por supuesto que no, pero quienes lo querían muerto podrían venir a por mí.

—¿Qué sentido tendría cuando él no se enteraría porque ya está muerto? —Diana guardó silencio al comprender que se había quedado sin argumentos. Yo apoyé ambas manos sobre la mesa y me incliné hacia ella—. Ahora que nos hemos sincerado, tal vez quiera ser más comunicativa conmigo y hablarme de los enemigos de su padre.

—No sé mucho —respondió, al mismo tiempo que encogía un hombro.

—Dígame lo que sepa.

Ella suspiró y al soltar el aire perdió toda su arrogancia. Habló en murmullos, como si tuviera miedo de que alguien la escuchara.

—Mi padre hacía algunos pequeños trabajos para Toni...

—¿Toni Canzu?

Diana asintió sin levantar la mirada.

—Toni era un segundón dentro de la organización, así que quería dar un gran golpe. Según mi padre, le interesaba más ganarse la admiración de su hermano que el dinero. La idea fue de Fox, que era un sujeto a quien Toni conoció en un viaje a Atlanta. Él convenció a Toni de que sería fácil. Le propusieron a mi padre que fuera el chófer. Se suponía que sería un trabajo sencillo...

—Pero algo salió mal.

—El robo salió bien, pero tuvieron que presionar a uno de los empleados del Banco. Tenía una deuda de juego con ellos, así que no les resultó difícil convencerlo de que les informara cuando iba a llegar el dinero. El problema lo tuvieron cuando la Policía lo identificó. Él era el eslabón débil de la cadena.

—¿Quién era Fox? ¿Cuál era su verdadero nombre?

—No lo sé.

—No te conviene mentirme, Diana.

—Le juro que no lo sé. Mi padre nunca me lo dijo, aunque tampoco se lo pregunté.

—¿Él lo sabía?

—Tal vez, pero siempre se refería a él por su apodo.

—¿Qué pasó con el dinero? ¿Dónde está?

—¿Cree que si lo supiera estaría aquí?

—Es dinero robado, Diana —le recordé con toda la mala leche que fui capaz de demostrar—. Si sabes dónde está y no lo declaras, estarás cometiendo un delito no muy diferente al que llevó a tu padre a la cárcel.

—Ya le dije que no lo sé. Fox fue el único a quien no arrestaron. Tal vez él lo tiene.

—¿Qué decía tu padre al respecto?

—Él nunca hablaba sobre eso, y se enfadaba si yo lo mencionaba. Usted no conoció a mi padre. Podía parecer un abuelito amable, pero con mi madre y conmigo era peor que una fiera.

—¿Dónde está tu madre?

—Es una buena pregunta. Si llega a averiguarlo, me gustaría saberlo. Nos abandonó antes de que yo cumpliera los diez años. No la culpo por eso. La vida con mi padre era un infierno. Lo que sí le reprocho es que me dejara con él. Supongo que yo habría sido un estorbo para iniciar su nueva vida.

Me enderecé y suavicé mi tono. No puedo evitar sentir compasión por las personas que han tenido una infancia terrible. Es un enorme hándicap para un policía, pero las cosas son como son.

—¿Qué pasó contigo mientras tu padre estuvo en la cárcel?

—Me internaron en un orfanato. Y aunque no lo crea, representó una mejoría en mi vida.

—Así que tenías buenas razones para odiar a Manny.

—Yo no lo maté. Si eso es lo que insinúa.

Asentí pensativo. Tendría que esperar los resultados de la autopsia para saber si el cuchillo pudo ser empuñado por una mujer, pero aunque ella no sostuviera el arma homicida, pudo actuar en complicidad con Jhonson. De cualquier manera, me había dado bastante información que tendría que analizar. Le pedí que firmara su declaración antes de marcharse, y ordené que me

llevaran al novio. Sería interesante saber qué tenía que decir Colin acerca de ese asunto.



La entrevista con Colin Jhonson no aportó mucho. El novio de Diana era veterano en ser invitado a interrogatorios policiales y no se dejaba engañar con facilidad. Tampoco se sentía intimidado. En fin, que era un hueso duro de roer. Se empeñó en que él no sabía nada y no hubo quien lo sacara de su versión. Y eso que empleé todos mis trucos. Al final comprendí que estaba perdiendo el tiempo y di por concluida la entrevista. Tendría que esperar a pillarlo en algún renuncio para poder sacarlo de su versión.

Para colmo, el sargento Miller me esperaba con un mensaje de la capitana cuando salí de la sala: debía presentarle un informe completo de mis avances. Elisheba era la última persona a quien quería ver en ese momento, pero órdenes son órdenes, así que me encaminé hacia su oficina sin tratar de disimular mi cojera.

Taylor me recibió con la misma frialdad de siempre, escuchó mi informe y se quedó pensativa por un momento antes de hablar.

—¿Entonces usted sospecha que el asesinato de Bunkers está relacionado con el robo que cometió hace casi treinta años?

Mira que lista.

—Es la conclusión más lógica. Con su pasado, Manny dejó atrás muchos enemigos. Cualquiera de ellos pudo averiguar su paradero y...

—Está pensando en Canzu, ¿verdad?

—Es uno de mis principales sospechosos. También podría ser Fox, quienquiera que sea.

—¿Por qué querría matarlo su cómplice? No pagó prisión, y gracias a la delación de Burns pudo quedarse con todo el botín.

—Un botín que no resulta fácil de gastar, pues todos los billetes están marcados. Y tenga presente que Manny conocía la identidad de Fox y era un delator comprobado. Digamos que ocurrió un encuentro fortuito entre ambos...

—Tiene razón. Habría sido un riesgo para Fox. ¿Cómo encaja el extorsionador en todo esto? Si estamos en lo cierto, el chantajeable sería el cómplice.

Solté el aire con impaciencia.

—Le confieso que todavía no lo sé.

Mi teléfono timbró para anunciar la entrada de un mensaje. Elisheba frunció el ceño. No le gustaban las interrupciones, pero yo no podía apagar el mundo para centrarme en ella. La investigación era prioritaria, y yo todavía esperaba varios resultados para avanzar. En efecto, el mensaje era de Karlene. Me citaba en una cafetería del centro.

—Sabe que debe apagar el teléfono antes de reunirse conmigo, Kinsley. No es una regla tan difícil de seguir.

—Al contrario, capitana. Es muy complicado acatarla. Espero los resultados de la autopsia, de la escena del crimen, y acabo de recibir un mensaje de un contacto con el FBI. Tiene información nueva para mí. Como comprenderá, no puedo posponer la investigación para satisfacer su curiosidad.

—¡Es usted un impertinente, Kinsley! Le recuerdo que le está presentando un informe a su superior, no contándome los últimos chismes. Mi interés no tiene nada que ver con la curiosidad —guardé silencio y me mordí la lengua. Soy irreverente, no suicida. Elisheba también se quedó callada, Tal vez esperaba una disculpa. Luego se resignó—. Muy bien, puede marcharse para

atender esa llamada. Espero que sirva para avanzar en este asunto.

—Gracias, capitana.

Ella se me quedó mirando. Trató de dilucidar algún resquicio de sarcasmo en mi tono, pero yo me mantuve impertérrito, como solo puede un antiguo soldado, así que se rindió.

En cuanto salí de la oficina de Taylor, llamé a Karlene y me confirmó que tenía algo importante que informarme acerca del caso, pero solo me lo diría en persona. Llegar al centro no me llevaría más de diez minutos, así que la cité en una populosa cafetería.

En efecto, quince minutos después, ambos estábamos sentados en una mesa, tan solo separados por dos tazas de café. Un recuerdo aterrador. Mi expareja traía un sobre grande en la mano y sacó un documento de él.

—¿Qué es eso tan importante que encontraste, Karly?

—Es un detalle interesante que apareció cuando indagué un poco en las circunstancias del arresto de Burns. Cuando lo fueron a buscar, ya estaba detenido.

—¿Por qué? ¿Ya lo habían relacionado con el robo, o cometió otro delito?

—Lo segundo.

—¡Joder con el abuelito amable! No tenía descanso. ¿Qué más hizo?

—Estuvo involucrado en un accidente donde hubo un fallecido. Burns fue el responsable directo, pues él conducía uno de los vehículos y sus niveles de alcohol en sangre pasaban de 0,20.

Mis cejas se dispararon hacia arriba y simulé que silbaba.

—Así que en lugar de alcohol en la sangre, tenía sangre en el torrente alcohólico.

—Esa fue la razón por la que lo arrestaron.

—¿Quién fue la víctima?

—Había dos personas en el segundo automóvil. Es todo lo que te puedo decir.

—¿No sabes sus nombres? ¿No hay detalles en los informes? No lo puedo creer.

—Como te explicaba, Burns ya se encontraba detenido cuando fuimos a buscarlo. Si al homicidio culposo se sumaba el robo al Banco, lo mínimo que recibiría sería cadena perpetua.

—Eso si no terminaba frito.

—Por eso negoció un acuerdo con nosotros.

—Y le perdonaron el muerto.

—Pagó diez años, pudimos detener a casi toda la banda y se le prohibió conducir de por vida.

—Supongo que eso sería un gran consuelo para la familia del fallecido —dije con tono sarcástico—. ¿Por qué no sabemos el nombre de la víctima?

—Una de las exigencias de Burns fue que se sellara el expediente del accidente.

—Del homicidio, querrás decir.

—Llámalo como quieras. No lo justifico. Tan solo te informo de la situación.

Bajé la presión. Karlene tenía razón, ella todavía estaba en la escuela cuando todo ocurrió. Tenía tanta responsabilidad como yo sobre lo que decidieron los agentes que negociaron el acuerdo.

—Te lo agradezco, Karly. Hablaré con un juez. No creo que tenga problemas para que me permitan reabrir el expediente.

—Parece que este asunto se te complica.

—Manny Bunkers ha sido toda una sorpresa. El abuelito bonachón resultó un asaltante de bancos, delator y homicida culposo. De no haber ningún sospechoso, pasamos a tener demasiados.

—¿Quién crees que lo mató?

Me quedé en silencio por algunos segundos. La realidad era que no tenía ni puñetera idea.

Negué con la cabeza y solté el aire con desaliento.

—Pudo ser Canzu, o uno de sus hombres para vengar a su hermano, Fox para que no lo delatara, algún excompañero de prisión por una vieja rencilla, la exmujer que lo abandonó, su propia hija que le guarda bastante rencor, o su novio por incitación de ella... ¡Demonios, el asesino podría ser cualquiera!

—Si puedo ayudarte en algo...

El tono amable de Karlene me sorprendió y me asustó más que sus palabras. No había en su voz ni la menor señal de ironía. Era sincera. ¡Mierda!

—Gracias, Karly. Ya me has ayudado bastante.

Ella sonrió y cogió mi mano por encima de la mesa, cruzando la barrera de su taza de café. Me aterrericé.

—¿Qué nos pasó, Jar? Lo nuestro era tan extraordinario...

Me sentí acorralado, como un zorro rodeado de sabuesos y con los cazadores al frente. No tenía escapatoria, así que hice lo único que podía: me evadí como un cobarde.

—Es probable que tengas razón y el problema sea yo. Reconozco que la convivencia conmigo no es fácil y que mis rachas de mal humor son capaces de desquiciar a cualquiera.

—¿Por qué no nos damos una oportunidad?

Mi frente se cubrió de un sudor frío.

—Yo... dame tiempo Karly. Mi fracaso con Tina está muy reciente. Necesito recomponerme antes de poder ofrecerle estabilidad emocional a otra persona.

Fue la excusa más hipócrita que se me ha ocurrido en mi vida y no estoy orgulloso de ella, pero funcionó.

—Tal vez más adelante...

—Tal vez.

El teléfono anunció la entrada de un mensaje, así que puedo decir sin miedo a equivocarme que me salvó la campana. Retiré con suavidad mi mano del encierro al que Karly la había sometido y consulté mi celular.

—Es el informe de la autopsia. A Manny lo asesinaron con una sola puñalada en el corazón. Usaron un cuchillo de dieciocho centímetros que dejó marcas de la empuñadura en la piel.

—Eso implica una enorme fuerza —comentó Karlene.

—Y pericia. El asesino sabía lo que hacía.



No existe nada menos romántico que el informe de una autopsia, así que tuve la suerte de que el mensaje rompiera la magia del momento. ¡Quién podría imaginarse que Karlene albergara esperanzas de reconciliación entre nosotros! Debo reconocer que en este caso me falló la intuición y no lo vi venir. Por suerte pude librarme a tiempo de la encerrona en la cafetería. Le agradecí a mi ex su ayuda, le prometí que la mantendría informada, dejé sobre la mesa suficiente efectivo para pagar cuatro cafés y puse pies en polvorosa. Lo lamento. No creo en segundas ediciones cuando se trata de relaciones de pareja.

En el trayecto hacia el cuartel de Policía aproveché el tiempo barajando en mi mente las posibilidades, y planificando los siguientes pasos de la investigación. Estaba ganado a la idea de que el asesinato tenía relación con el robo al Banco, pero no podía descartar otras opciones. Manny Bunkers solo había sido la fachada de un hombre que se ganó demasiados enemigos, y era

evidente que alguno de ellos por fin lo encontró, pese a los esfuerzos del FBI.

Oliver Canzu encabezaba la lista de mis sospechosos. Reconozco que mi preferencia era sesgada. Le tenía ganas desde hacía mucho tiempo. Yo, y todos los cuerpos de seguridad de la costa este. No me hacía ilusiones. Si Canzu estaba detrás de la muerte del conserje sería muy difícil probarlo. Él solía actuar a través de un tercero, al cual siempre le pagaba lo suficiente para que aceptara las consecuencias y mantuviera la boca cerrada si lo atrapaban. No era descabellado pensar que el capo buscara venganza por la muerte de su hermano, así que se me ocurrió la disparatada idea de que debía interrogarlo. ¿Qué quieren? Tenía un mal día, y era una forma tan buena de suicidarse como cualquier otra.

A pesar de mi sesgo, reconocía que Canzu no era la única opción. También tenía que tomar en consideración al misterioso Fox, quien pudo asesinar a Bunkers para que no lo identificara. Tampoco podía olvidar al chantajista, el cual era evidente que también estaba relacionado con su pasado. Un pasado que Manny quería que se mantuviera oculto. Se me escapó un suspiro. Tenía mucho trabajo por delante y me pregunté si debía pedir refuerzos. Un ayudante no me vendría nada mal, pero una epidemia de gripe nos había dejado flojos de personal, así que ni en sueños conseguiría que Taylor me asignara un compañero. En fin, continué con mi planificación: tenía que considerar también a Diana, y a su madre, dondequiera que estuviese. Necesitaba encontrarla y hablar con ella. Aunque la autopsia señalaba a un hombre como autor material del homicidio, no podía descartarlas como incitadoras.

Por si fuera poco ese elenco de sospechosos, ahora tenía que preocuparme de la familia del fallecido en el accidente que ocasionó Bunkers. El conserje parecía una máquina de fabricar enemigos. Tampoco podía quitarme de la cabeza a Niles. El dueño de la cafetería fue compañero de Manny en la cárcel, así que conocía parte de su pasado oscuro. Si su amigo se fue de la lengua, tal vez lo sabía todo. Decidí solicitar una orden de arresto contra Burton por obstrucción. Sería interesante saber qué tenía que decir cuando se viera obligado a contar la verdad.

En cuanto llegué al cuartel me encerré en mi despacho. Esperaba que Elisheba se olvidara de mí por unas horas. Lo primero que hice fue escribir un informe para solicitarle a un juez que abriera el expediente acerca del accidente en el que Manny estuvo involucrado. Luego me ocupé de solicitar la orden de arresto contra Burton. Llamé al sargento y le pedí que enviara a uno de los oficiales con los informes, y que no regresara hasta que tuvieran las órdenes del juez. Para asegurarme de que no tropezaría con inconvenientes me comuniqué con su señoría y le expliqué la situación. Por suerte fue receptivo a la solicitud.

Mientras esperaba llamé a la forense. Pattie me confirmó la hora del crimen y me soltó una parrafada técnica sobre la autopsia que me dejó en el punto de partida. Aun así conseguí captar algunos datos importantes: Manny murió por una herida punzo-penetrante en el corazón de dieciocho centímetros de longitud y tres centímetros de ancho. No tenía heridas defensivas, lo que significaba que no se esperaba el golpe mortal y no tuvo tiempo de reaccionar. Como nota al margen, la víctima tenía un enorme tumor en el páncreas con metástasis en los pulmones, lo que confirmaba que por una vez, Niles dijo la verdad. Manny estaba desahuciado.

Para no perder el tiempo y por qué no reconocerlo, también para molestar un poco, llamé a Jacobs, el jefe del CSI. Tal vez tuviera algo para mí, y si no, siempre caía bien dar un poco la lata para relajarse. Lo contacté a través de su teléfono personal y como siempre me respondió con un gruñido.

—Espero que no crea que ya tenemos resultados de su caso, teniente Kinsley.

—Mi interés no es presionarlo, señor —mentí sin ningún rubor—. Es solo que necesito alguna evidencia concreta para orientar la investigación.

Imaginé al formal jefe del CSI poniendo los ojos en blanco.

—Le enviaremos un informe cuando dispongamos de información objetiva. Lo que sí puedo decirle es que encontramos pocas evidencias a pesar del desorden aparente de la escena. Tan solo un cabello que no pertenecía a la víctima.

—¿Un cabello con ADN? —pregunté al borde de la euforia.

—Sí, tiene la raíz intacta, pero para poder realizar la comparación, primero deberá detener al asesino.

—Si tenemos suerte, tal vez el tipo que buscamos tiene antecedentes criminales.

—¿Por qué piensa eso?

En pocas palabras le conté acerca del pasado del jefe de mantenimiento del Rothberg y sus relaciones con la mafia.

—Siendo así, ordenaré a los técnicos que la comparación con la base de datos sea exhaustiva y que se concentren en toda la costa este.

—Se lo agradezco mucho, señor.

Después de cortar la comunicación me estiré como un gato. Me parecía que llevaba todo el día trabajando, aunque el reloj apenas marcaba la una de la tarde. Entonces recordé la llamada de la bruja Wilson y me di cuenta de que mi cansancio estaba justificado. Debía reconocer que me alegraba de que las evidencias no apuntaran a la psicóloga. Era un incordio, pero me simpatizaba. Me gustan las mujeres decididas. Por supuesto que debía disimularlo mientras existiera la menor posibilidad de que fuera sospechosa. Qué poco podía imaginar en ese momento lo que estaba a punto de descubrir.

La cadera me estaba matando, así que decidí dar un paseo y comer algo ligero para resistir el resto del día. Me escabullí antes de que Taylor decidiera que era un buen momento para que le informara sobre los avances de la investigación. Podía ser así de pesada. Recorrí un par de calles y entré en una cafetería para comerme un sándwich y tomarme un expreso. No sé si lo sabéis, pero bebo café en cantidades industriales cuando estoy trabajando.

Regresé al cuartel. Miller hacía guardia en la recepción y me informó que ya el oficial que envió a los tribunales había regresado. Una patrulla iba en camino para detener a Burton y el expediente que solicité estaba sobre mi escritorio.

Le di las gracias al sargento y subí a toda prisa, pese a las protestas de mi cadera. En efecto, sobre la mesa había una vieja carpeta amarillenta por los años. Me senté frente a ella y la abrí, como un chiquillo ante su regalo de Navidad. Me esperaba una desagradable sorpresa.

El archivo contenía un informe detallado de un accidente que ocurrió la noche del veintinueve de junio de 1993. Una pareja regresaba de una fiesta en la calle Roosevelt, cuando se encontró con una furgoneta que venía a toda velocidad en sentido contrario a la señalización. Por supuesto que el impacto fue brutal. La mujer que ocupaba el asiento del acompañante murió en el acto. El conductor sufrió heridas graves, pero sobrevivió. Como me informó Karlene, el causante del accidente fue Mack Burns, cuyos niveles de alcohol en sangre sobrepasaban bastante el límite legal.

Me pregunté si el nombre de las víctimas sería una casualidad, aunque los policías no creemos en coincidencias. De existir una relación, tendría que reconsiderar todas mis perspectivas acerca del caso.



Llegué a la empresa textil después de superar los atascos. Atravesé la nave principal para

acceder al área de las oficinas. Una amable secretaria me recibió y una vez que superó la sorpresa cuando me identifiqué como policía, me anunció con su jefe y me dejó pasar.

El hombre que me esperaba detrás del escritorio tenía un aspecto afable, y se esforzaba por mostrarse sereno. Demasiado para alguien que recibe la visita intempestiva de un oficial de la ley sin que medie ningún motivo aparente. Mis alarmas se encendieron al concluir que Richard Wilson ya me esperaba.

—Mi secretaria me dice que usted es de la Policía. ¿En qué puedo ayudarlo, oficial?

—Teniente —corregí con tono seco, sin quitarle la vista de encima—. Soy el teniente Kinsley, y estoy encargado de la investigación del asesinato del señor Manny Bunkers. ¿Le resulta familiar ese nombre?

Wilson cogió aire y lo retuvo por unos segundos. Luego lo soltó despacio.

—Lo lamento. No conocí a esa persona. ¿Por qué cree que tenía algo que ver conmigo?

—El señor Bunkers se beneficiaba de un programa de protección de testigos del FBI. Tal vez lo recuerde por su verdadero nombre: Mack Burns.

Wilson palideció y noté una fina película de sudor sobre su frente, a pesar del frío que hacía en el despacho. Mi interlocutor se levantó de su asiento y se acercó a una pequeña mesa bar que ocupaba un rincón, abrió una botella de *whisky* y se sirvió medio vaso, que se bebió de un solo trago. Entonces habló.

—Mi esposa Caroline era una mujer maravillosa. Vivía para nuestros hijos y para mí. Ella no quería salir esa noche porque tenía jaqueca, pero yo insistí. La reunión a la que asistimos era importante para mis negocios, así que la convencí. Casi la obligué. Dejamos a los chicos con la niñera. Cerré algunos buenos contratos durante la velada y me sentía eufórico cuando regresábamos a casa.

»Ni siquiera tuve tiempo de comprender lo que había ocurrido. Carol gritó, yo solo vi dos luces que me encandilaron y luego... nada. Desperté dos meses después —Richard se sirvió otra copa y volvió a bebérsela de un trago, mientras las lágrimas le corrían por las mejillas—. Cuando abrí los ojos mi mujer había muerto, y yo no podía levantarme de la cama. Ni siquiera pude despedirme de ella. Después de eso fueron nueve meses espantosos de rehabilitación, tan solo para conseguir volver a caminar. Hice el esfuerzo por mis hijos. Ya eran huérfanos de madre. No quería que también perdieran a su padre. Si hubiera estado solo, me hubiera dejado morir. El responsable fue Mack Burns. ¿Por qué me pregunta por él?

—Lo asesinaron. Le clavaron un cuchillo de dieciocho centímetros en el corazón.

Wilson asintió sin soltar el vaso.

—Una gran noticia. Si encuentra al que lo hizo, avíseme. Quiero darle un abrazo y ofrecerle todo mi apoyo.

—No es un juego, señor Wilson. Se trata de homicidio en primer grado.

—Lo que ese bastardo le hizo a mi esposa también fue homicidio. ¿Sabe cuáles fueron las consecuencias para él? Diez años. ¡Diez malditos años en una prisión de mínima seguridad! Si es que los cumplió, porque nadie más supo de él cuando terminó el juicio. Desapareció en los abismos de la burocracia.

—Los cumplió —le confirmé—. Aunque lo hizo bajo otro nombre para garantizar su seguridad personal.

—Eso explica por qué nunca pude encontrarlo.

—Lo cual significa que lo buscó. ¿Con qué finalidad?

Wilson guardó silencio por unos instantes, mientras me miraba con detenimiento como si me calibrara. Al final decidió responder:

—Quería visitarlo. Mirarlo a la cara y que supiera que su crimen no tenía perdón. Había asesinado a una madre de familia. Una mujer maravillosa, cuyo único error fue asistir a una reunión social para complacer a su esposo.

Las palabras del empresario me hicieron comprender que además del odio contra Burns, Wilson sufría un profundo sentimiento de culpa. No soy psicólogo, gracias a Dios, pero sé lo suficiente de la naturaleza humana para comprender que eso convertía a Richard en un hombre muy peligroso. Al menos en lo que se refería a Manny.

—¿Tiene usted alguna relación con la doctora Alice Wilson, psicóloga del Rothberg?

—Es mi hija mayor. ¿Por qué lo pregunta? —quiso saber Richard, mientras se tragaba el tercer vaso de *whisky*. Le dio el valor para lanzarme una advertencia—. A ella déjela en paz. No tiene nada que ver con todo esto. Solo tenía ocho años cuando su madre murió.

Me incliné hacia adelante y me apoyé en el escritorio sin quitarle la vista de encima a mi interlocutor.

—Señor Wilson, le haré una pregunta y espero que sea honesto conmigo, porque si descubro que me miente va a tener muchos problemas. ¿Sabía usted que el hombre que tanto odiaba era el jefe de mantenimiento en el hospital Rothberg?

—Claro que no. ¿Cómo iba a saberlo?

—Su hija trabaja allí, además de que es uno de los principales centros de salud de la ciudad. Es muy probable que lo haya visitado, y también que se cruzara con Mack Burns en algún pasillo.

El labio superior de Richard tembló de forma casi imperceptible.

—Eso no ocurrió. No tenía idea de que ese malnacido estaba tan cerca.

—Según el expediente, el accidente ocurrió en la calle Roosevelt...

—No fue un accidente, sino un homicidio. El cabrón conducía en sentido contrario inundado en alcohol y quién sabe qué más...

—Se lo concedo, fue un homicidio y los diez años de condena representaron una burla para usted y su familia —reconocí, aunque no suelo solidarizarme con los sospechosos, pero en este caso, Richard tenía toda la razón—. Señor Wilson. ¿Qué hubiera hecho usted de haberse encontrado de frente con Burns en el Rothberg?

El vaso tembló en la mano de Richard. Tal vez por eso lo dejó sobre la mesa-bar y bajó la mirada.

—No lo sé.

Me puse de pie. Una idea comenzaba a formarse en mi cabeza: Wilson cruzándose con Manny en una esquina del Rothberg. Tal vez el conserje ni siquiera lo recordaba, así que se hubiera disculpado y continuado su camino. ¿Cómo habría reaccionado Richard? Quizá lo siguió hasta su vivienda, llamó a su puerta, el confiado jefe de mantenimiento le abrió y lo invitó a pasar. Podía verlo con toda claridad en mi cabeza: Wilson le clavaba el cuchillo y desordenaba el lugar para simular un robo. Pero entonces, ¿de dónde sacó el arma homicida? Nadie pasea por ahí con un cuchillo de dieciocho centímetros de largo. ¿Habría pertenecido a Manny y Richard lo cogió de la mesa? Era una posibilidad, pero con esas dimensiones no se trataba de un cuchillo de cocina, sino de un arma diseñada para matar. ¿De dónde salió? Si la llevó el asesino implicaría que hubo premeditación. ¿Era capaz Richard Wilson de matar a alguien a sangre fría? ¿Llegaría tan lejos su odio hacia Manny?

—¿Dónde estuvo hace dos noches, señor Wilson?

—En mi casa. Me sentí resfriado y me marché temprano a casa.

—¿Alguien lo puede confirmar?

—Vivo solo. Lo siento, teniente. No sabía que necesitaría una coartada.

—¿Estaría usted dispuesto a proporcionarnos una muestra de ADN por su propia voluntad?

—Por supuesto que no. Sería una invasión a mi privacidad.

—En ese caso me veré obligado a conseguir la orden de un juez —le advertí con tono seco—. No abandone el estado sin avisarnos, señor Wilson. Gracias por su tiempo.

Antes de que pudiera responderme, ya le había dado la espalda para marcharme.

—Yo no lo maté.

—Buenas tardes, señor Wilson —respondí, antes de abandonar el despacho.

En el camino hacia mi auto me comuniqué con el juez y le expliqué la situación. Estuvo de acuerdo en proporcionarnos la orden. Luego hablé con el jefe Jacobs, quien me prometió enviar a recoger la muestra de ADN de Richard en cuanto recibiera la autorización. Sabiendo que todo estaba en marcha, me encaminé hacia mi siguiente entrevista. Ya era hora de que sostuviera una conversación con Oliver Canzu.



Tardé poco más de media hora en llegar a Baltimore, la ciudad desde donde Canzu controlaba casi todo el crimen organizado de la costa este. Tráfico de estupefacientes, extorsión, trata de blancas, agresiones, homicidios, cualquier delito descrito había sido cometido en alguna ocasión por el hombre a quien iba a visitar. Todos los organismos de seguridad lo sospechábamos, o más bien teníamos la certeza, pero no éramos capaces de probarlo. Siempre actuaba a través de terceros y si alguien se iba de la lengua, terminaba en una zanja con una bala en la cabeza. Ya lo sé, fui un cretino al meterme en la boca del lobo yo solito, pero no tenía alternativa. No había personal suficiente, y yo necesitaba hablar con Oliver. Si lo citaba al cuartel de Policía, se presentaría con uno de esos abogados que cobran cifras de cinco ceros y no conseguiría de él ni el saludo.

Llegué al Restaurante *Three Stars*. No habría comido allí ni que me pagaran con oro, pero por suerte no estaba en ese lugar para cenar. Su especialidad eran las *pizzas*, las cuales a juzgar por la cantidad de clientes, debían ser muy malas.

Aunque no tenían mucha clientela, las pocas mesas estaban ocupadas por sujetos hormonados con esteroides. Todas las miradas se centraron en mí cuando crucé el umbral. Me sentí como un gato entrando en una jaula de *pitbulls*. De alguna manera esos sujetos huelen a los polis, y yo no era la excepción. Dos que estaban junto a la puerta se me acercaron y casi cedí a la tentación de decir que solo estaba allí para ordenar una *pizza*. Recapacité. Nadie me lo hubiera creído. Lo más probable era que la Margarita y la *Pepperoni* que se veían en el mostrador estuvieran allí desde que se inauguró el local.

Identifiqué a Oliver sentado en la mesa del fondo. Era un sujeto de baja estatura, calvo y con anteojos redondos al aire. Parecía más un maestro de escuela que un mafioso. Uno de los gorilas que se me acercó, se plantó detrás de mí cortándome el paso hacia la salida. El otro me hizo señas para que alzara los brazos. Quería asegurarse de que no tenía armas. ¡Soy un poli, maldición! Por supuesto que iba armado.

—¿Tratas así a todos tus clientes, Canzu? Con razón no vendes *pizzas* ni para comprar desinfectantes.

—A los clientes les despachamos lo que piden. Con los policías no somos tan complacientes.

—¿Quién te ha dicho que soy policía? —protesté. Por toda respuesta, el sujeto que me registraba levantó la identificación que llevaba en mi bolsillo, como si fuera un trofeo—. De acuerdo, lo reconozco. ¿Tanto se nota?

—Tenéis una forma de caminar y una actitud que os delata —reconoció Oliver, con una sonrisa maliciosa.

—No me jodas —repliqué. Por supuesto que no le creí. Era más probable que alguien del propio cuartel le hubiera informado quién era el detective encargado, y quizá hasta le proporcionaron una foto mía. Canzu pagaba bien. Lo demás habría sido deducción. Debía imaginar que tarde o temprano caería por allí.

—Sé mi invitado, Kinsley —acompañó sus palabras con un gesto que señalaba la silla junto a él.

—Supongo que mi nombre lo sabes porque lo llevo escrito en la frente —le respondí mientras me acercaba.

—Son las pequeñas ventajas de tener ojos y oídos en todas partes.

Maldije en voz baja. Así se comprendía que nunca lo hubiéramos podido atrapar. Quien sabía hasta dónde llegaban sus tentáculos. Me senté a su lado y debo reconocer que tuve que hacer un esfuerzo para que no se me notara el miedo. Allí estaba yo, desarmado y sin apoyo, frente al peor criminal de toda la costa este, rodeado de sicarios y a punto de interrogarlo como sospechoso de un homicidio. ¡Más idiota y no nazco!

—Te esperaba, pero eso ya lo imaginas. Sabía que tus indagaciones te traerían hasta aquí, aunque reconozco que no creí que tuvieras el valor de presentarte solo.

—¿Quién te dijo que estoy solo?

—Si contaras con apoyo, yo lo sabría —Debí poner cara de pánfilo, porque Oliver se echó a reír—. Y si tu intención hubiera sido arrestarme, ya estarías muerto.

—No creo que mis colegas te trataran bien si matas a un policía.

Canzu se volvió a reír. Tal vez erré la profesión y debí ser comediante en lugar de policía. El horario sería mejor. Y también la paga.

—¿Acaso he dicho que yo te hubiera matado? No está bien que pongas palabras en mi boca, Jarod —dijo Oliver, en tono amenazante—, yo nunca te pondría una mano encima. No es necesario. Además, me alegra que estés aquí —afirmó, dándome una palmada amistosa en el hombro.

—¿En serio? —pregunté enarcando las cejas. Mi sorpresa era genuina.

—Muy en serio. Y debo reconocer que me caes bien.

—Pues muchas gracias, supongo.

Mientras el capo y yo hablábamos, sus guardaespaldas no perdían palabra, ni tampoco ninguno de sus gestos. Yo estaba tenso como la cuerda de un montacargas. Sabía que un solo movimiento de Canzu podía terminar conmigo en el fondo del *Patapsco*. Eso me tenía un poquito nervioso. Vamos, que me temblaba hasta el nombre.

—Como me simpatizas, seré generoso contigo —declaró con arrogancia—. ¿Qué quieres saber?

Era mi oportunidad. Canzu estaba dispuesto a colaborar, y debo reconocer que eso me dejó descolocado. Miré a mi alrededor y vi al menos media docena de tipos con ganas de merendarme. Debía ser muy cauto si no quería visitar el fondo del río aquella tarde.

—¿Tuviste algo que ver con la muerte de Manny Bunkers?

Media docena de ceños se fruncieron, incluido el de Oliver. Yo y mi bocota. Ya me veía en compañía de los peces, pero antes de que ninguno de los gorilas reaccionara, Canzu relajó las

facciones.

—No. Aunque me hubiera gustado —confesó, y yo sentí un gran alivio. Tal vez los peces tendrían que esperar por mi compañía—. Por culpa de ese cabrón y del cobarde del empleado del Banco, mi hermano se suicidó. Toni no soportó la idea de pasar el resto de su vida en prisión — Oliver hizo una pausa—. Era un idiota, pero era mi hermano. Y yo le prometí a mi madre que cuidaría de él.

—¿Cómo es que Burns se libró de tu venganza?

El ambiente del comedor volvió a cargarse. Estaba haciendo preguntas muy incómodas, pero Canzu conservó la calma.

—No pude dar con él. El FBI hizo un buen trabajo. Supe quién era y dónde estaba cuando leí sobre su asesinato en los periódicos, así que no, Kinsley, este muerto no es mío.

—Busco al asesino del hombre que odiabas. ¿Por qué te muestras tan colaborador conmigo? —pregunté suspicaz.

—Porque todavía me falta uno, y espero que tú me ayudes a encontrarlo.

—Fox.

Canzu asintió.

—Es el otro que tiene una deuda conmigo. Él convenció a Toni de meterse en esa absurda aventura, y luego huyó con el botín. Por desgracia, ni siquiera yo he podido identificarlo, pero si tú lo encuentras...

—No pretenderás que te ayude a dar con él para que termine como Manny —protesté.

Sentí que alguien me sujetaba por la chaqueta a la altura del hombro, y tiraba de mí con tanta fuerza que me levantó medio centímetro del asiento.

—¿Quiere que me encargue de este poli impertinente, señor?

Oliver levantó la mano en gesto conciliador.

—Calma Cancerbero —¿Cancerbero?—. Es una tranquila conversación entre amigos. El teniente Kinsley no quiso ofenderme. ¿Verdad que no, Jarod?

—Claro que no —dije con la voz entrecortada. Joder, que ya me veía como cena de los peces.

El gorila me soltó y yo caí como un saco sobre el asiento. Me acomodé el nudo de la corbata para no perder la dignidad.

—Respeto a los hombres como usted, teniente. Lo hice investigar y sé que sería inútil tratar de sobornarlo, pero lo único que quiero en este caso es que cumpla con su trabajo y arreste al asesino de Mack Burns. Es todo.

Comprendí de inmediato el razonamiento de Canzu. Una vez en prisión, la vida de Fox no valdría ni diez centavos. No importaba lo que hiciéramos para protegerlo. Cuando lo hubiera identificado sería hombre muerto. Eso me ponía en un dilema. Mi deber era encontrar al asesino de Bunkers, pero si resultaba ser su antiguo cómplice, al arrestarlo estaría contribuyendo a un crimen. Por primera vez en toda mi carrera policial, no sabía qué hacer. Decidí que cumpliría mi deber y luego haría lo posible por evitar que Oliver se tomara la justicia por su mano. Canzu esperaba mi respuesta.

—¿Qué puede decirme de este Fox? —le pregunté.

—Toni lo conoció en Atlanta y quedó impresionado con él. Era el típico estafador capaz de manipular al diablo para beneficiarse. Por desgracia, mi hermano no sabía su verdadero nombre. Yo tampoco lo he podido averiguar en todos estos años. Y eso es notable. Sin embargo, hay una persona que sospecho que dispone de la información.

Las palabras de Canzu me pusieron en alerta, así que volví a arriesgar mi cuello. Lo que

iba a decir no caería bien, pero necesitaba saber qué se cocinaba allí.

—¿Me está diciendo que hay alguien que conoce la identidad de Fox y que usted no ha hecho nada para que se lo revele?

El ambiente se volvió a cargar de tensión. Canzu suspiró con aire incomprendido.

—Uno de mis secretos para el éxito es que no peleo batallas perdidas —sentenció el capo—. El hombre al que me refiero es muy parecido a usted. Se trata de Michael Devins, el policía que investigó el robo al Banco. Es íntegro y valiente. Descubrió quién era Fox, pero no consiguió probarlo, así que excluyó el nombre de los archivos oficiales. Tengo la certeza de que sin importar lo que yo hubiera hecho, jamás me habría revelado esa información. Pero con usted es diferente. Usted también es policía. Un colega que investiga un crimen. Colaborará con gusto.

—¿Dónde encuentro a este policía ejemplar?

—Ya está jubilado, por supuesto. Vive en Boston con su hija y su yerno. Le daré su teléfono para que se comuniquen con él ahora mismo.

—Espere —respondí alarmado—. No voy a averiguar esa información para usted.

—Ya lo sé —respondió Canzu, con expresión de aburrimiento—. No quiero que me diga el nombre. Tan solo que lo investigue y lo arreste. Después de todo, esté o no relacionado con la muerte de Burns, todavía lo buscan por el asalto al Banco.

Ni siquiera tuve la opción de responder. Oliver ya había dejado un papel sobre la mesa. En él estaba escrito el nombre de Michael Devins y un número telefónico con el código de *Massachusetts*.



Era evidente que no podría salir del Restaurante si no cumplía los deseos de Canzu. Algo que de cualquier manera tenía que hacer, así que usé mi teléfono para comunicarme. Me respondieron al tercer timbrado.

—Devins al habla, ¿quién es?

Me presenté, y en pocas palabras le expliqué la situación a mi colega. Oliver no me quitaba la vista de encima. Al otro lado de la línea se hizo un silencio que me hizo pensar que había perdido la comunicación, pero no, después de algunos segundos, el expolicía habló.

—Lo que me pide es una información muy delicada, teniente. Si no la incluí en el informe fue porque no encontré ninguna evidencia que la sustentara.

—Soy consciente de eso, señor. Sin embargo, existe la posibilidad de que el hombre que se hacía llamar Fox asesinara a Burns para evitar que lo delatara. Debo tomarlo en cuenta como sospechoso, pero necesito saber de quién se trata.

Nueva pausa. Era evidente que Devins no era proclive a proporcionarme la información, al menos no en ese momento.

—¿Cómo sé que usted es quien dice ser? Podría tratarse de un engaño.

—Puede comprobar mi identidad por los medios oficiales —le sugerí.

—Es lo que haré. Llamaré a la Policía de Rothberg y averiguaré si allí trabaja un teniente Jarod Kinsley. En caso afirmativo, le enviaré la información al cuartel de Policía.

Suspiré aliviado por las previsiones de mi colega. Si me hubiera proporcionado el nombre, me habría visto en problemas para negárselo a Canzu. Si lo recibía en el cuartel, tendría una salida frente a Oliver. Debo reconocer que los peces todavía rondaban mi cabeza. Acepté, le di las gracias al policía jubilado y corté la comunicación. El capo no me quitaba la vista de encima. Por supuesto que se sintió decepcionado cuando comprendió que no tendría el nombre de

Fox de inmediato, pero no pudo hacer nada porque la iniciativa surgió de Devins.

Salí del Restaurante sin poder creer que seguía de una pieza. A pesar de que ya el sol se había ocultado y hacía bastante frío, yo me sentía empapado de sudor. Joder, que mal rato había pasado. Me apresuré a subir a mi auto y poner rumbo a Rothberg. En el camino usé la función manos libres para comunicarme con Miller y advertirle sobre Devins y el correo que enviaría. Le pedí que me informara de inmediato en cuanto llegara.

En efecto, cuando entré en el cuartel media hora después, el sargento me esperaba en la recepción y me informó que Niles Burton ya se encontraba en su celda.

—¿Ya Devins envió la información?

—Todavía no, teniente. Llamó y pidió hablar con la capitana Taylor, pero ella se encuentra en una reunión y no llegará hasta dentro de una hora, así que el inspector Devins dijo que volvería a intentar comunicarse más tarde.

Decidí que mientras esperaba podría hablar de nuevo con Niles. Tal vez en su nueva situación se mostrara más comunicativo y me contara la verdad. Le di a Miller la orden de que lo llevaran a la sala de interrogatorios y subí al segundo piso a tomarme un café.

Quince minutos después me reuní con Burton. Niles estaba sentado en el borde de la silla y tamborileaba sobre la mesa con su dedo índice a un ritmo exasperante. Detuvo su movimiento y levantó la cabeza en cuanto me escuchó entrar. A su lado se encontraba un hombre de traje, que era la mitad de Burton en altura y peso. Cuando llegué se ajustó los anteojos redondos y se pasó la mano por la calva.

—¿Qué significa esto, teniente? No existen pruebas contra mi cliente que lo relacionen con el crimen. ¿Por qué ordenó su arresto?

El tono del abogado pretendía ser intimidante. Me senté frente a ellos y abrí el expediente. Me tomé mi tiempo simulando que buscaba entre los papeles. Escogí uno al azar y me encaré al leguleyo.

—No arrestamos al señor Burton por el homicidio... Todavía —Hice una pausa para observar la reacción a mis palabras. El abogado retuvo el aire y Niles palideció—. El motivo por el que está aquí es que mintió durante su declaración, señor Burton. Mentir a la Policía es un delito y se llama obstrucción.

—Le dije todo lo que sabía.

—No es así. Negó conocer el paradero de la hija de Bunkers, pero minutos después le proporcionó esos datos a una civil, con lo cual la puso en peligro.

—¿La doctora Wilson está bien? —preguntó Burton con genuina preocupación—. Yo solo quería proteger a la hija de mi amigo.

El abogado le hizo un gesto para que guardara silencio.

—Los acontecimientos fueron impactantes para el señor Burton, teniente. Su amigo acababa de ser asesinado de una forma brutal. Mi cliente se sentía confundido y es normal que la enorme presión emocional le impidiera tomar buenas decisiones.

—Supongo que por esa misma impresión olvidó mencionar que fue compañero de celda de Bunkers, quien en ese momento usaba el alias de Harry Thomson.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Niles.

Enarqué las cejas al mismo tiempo que el abogado le lanzó una mirada fulminante.

—Creyó que no me iba a enterar, ¿no es así, señor Burton? Tres años compartiendo una celda son mucho tiempo para guardar un secreto. ¿Cuánto le contó Manny?

—¿Sobre qué?

Suspiré para dejar clara mi decepción y cerré la carpeta.

—No se haga el tonto, señor Burton. Usted pasó dos años en prisión con un hombre llamado Harry Thomson. De repente, cuando sale de prisión, este mismo sujeto se reincorpora a la sociedad bajo el nombre de Manny Bunkers. Debió darle alguna explicación.

Niles miró a su abogado buscando orientación. Esta vez quien suspiró fue el leguleyo, al mismo tiempo que ajustaba sus anteojos y asentía.

—Será mejor que le cuente al teniente lo que me explicó a mí.

—De acuerdo. Yo cumplí mi condena seis meses antes que Harry. Entonces decidí que no quería volver a ese lugar, así que me alejé de mis antiguos amigos. Tenía algunos ahorros y se me presentó la oportunidad de invertir en la cafetería del Rothberg. Me sorprendí cuando Thomson apareció por allí como cliente. Por supuesto que salí de la cocina para saludarlo en cuanto lo reconocí. Él se mostró nervioso, me dijo que ahora trabajaba como jefe de mantenimiento del hospital y que usaba otro nombre. Harry me contó que cumplió condena por un delito menor y que ayudó al FBI testificando contra un sujeto muy peligroso. Por eso lo incluyeron en el programa de protección de testigos y lo ayudaron a conseguir ese trabajo. Me hizo jurar que no se lo diría a nadie. Cumplí mi promesa hasta hoy.

—Muy encomiable su lealtad —reconocí con sarcasmo—, pero me temo que le puede costar pasar algún tiempo más en prisión.

Burton me miró con desesperación.

—Le juro que creía que hacía lo correcto.

—Si mintió con respecto a la identidad de Manny y el paradero de su hija, ¿cómo sé que toda su declaración no es falsa? Tal vez usted tenía alguna vieja rencilla con su excompañero de celda y decidió saldarla esa noche. Después de todo, usted no tiene coartada.

Burton estaba pálido y el sudor cubría su frente. Con voz temblorosa y al borde del llanto, el corpulento exmotorista hizo su última declaración de la entrevista:

—¡Tiene que creerme, yo no lo maté!



Apenas abandonaba la sala de interrogatorios cuando recibí una llamada, y la fotografía de Jacobs con traje y corbata apareció en la pantalla. Respondí de inmediato.

—Me alegra encontrarlo, teniente. ¿Puede atenderme?

—Por supuesto, señor. ¿Tiene algo para mí?

—La impaciencia de la juventud —sentenció el jefe del CSI con tono de sermón—. Sí, teniente, descubrimos una concordancia interesante.

—¿Concordancia?

—¿Recuerda el cabello que encontramos en la escena del crimen, que no pertenecía a la víctima?

—Desde luego.

—Muy bien, somos conscientes de las pocas evidencias con las que cuenta en este caso, así que para apresurar las cosas lo pasamos por la «caja mágica del ADN». Es una tecnología extraordinaria. Gracias a ella pudimos hacer la comparación de inmediato.

—¿Se refiere a Wilson?

—El mismo. Resultó positivo. El cabello le pertenece sin lugar a dudas. Parece que tiene a su asesino.

La noticia me desconcertó. No era que no pudiera creer que Richard había cometido el crimen. Tuvo el motivo, la oportunidad y estuvo presente en la escena. ¿Dispuso también de los

medios? A Manny lo asesinaron con un arma blanca, cuya hoja medía dieciocho centímetros. Seis centímetros más que un cuchillo de caza. ¡Era casi una espada! ¿Dónde lo consiguió Wilson, si fue él quien lo empuñó?

Le di las gracias al jefe del CSI y colgué el teléfono. Barajé todas las posibilidades en mi cabeza, mientras recorría la distancia que me separaba de mi despacho. Llegué a la conclusión de que el siguiente paso lógico sería detener a Wilson. Todo lo señalaba como culpable, y con una evidencia así no tenía más alternativa que solicitar una orden de arresto lo antes posible, por mucho que me compadeciera de su desgracia. El empresario contaba con los medios para desaparecer si se sentía acorralado. Me comuniqué con el fiscal. Él se encargaría de la orden de arresto. En efecto, quince minutos más tarde la tenía sobre mi escritorio. Mientras la esperaba, le informé a Taylor y le ordené a Miller que se preparara para practicar una detención.

—Lo felicito, teniente. La capitana está muy satisfecha porque consiguió hacer un arresto en tiempo récord.

—Solo espero que se trate de la persona correcta.

—¿No cree que haya sido este sujeto? Si su ADN estaba en la escena del crimen...

Miller tenía razón: un apuñalamiento, un hombre con un buen motivo y sin coartada, cuyo ADN apareció junto al cadáver. Era muy simple. Demasiado para sentirme tranquilo. Me pregunté cómo le afectaría el arresto de su padre a la psicóloga. También me asaltó la duda de si ella habría participado en el homicidio. Después de todo, tal vez no fuera coincidencia que se hubiera ganado la confianza de Manny.

Haciendo a un lado mi incertidumbre, cogí la orden y bajé a la recepción. Stevens y su compañero ya me esperaban, así que nos encaminamos al suburbio donde vivía Wilson. Encontramos a Richard en su casa. No se sorprendió cuando le anunciamos que estábamos allí para arrestarlo, le leímos sus derechos y lo subimos a la patrulla. Había perdido todo vestigio de la seguridad en sí mismo que demostró durante nuestra entrevista. Era un hombre resignado a su suerte.

Wilson conocía bien sus derechos, y exigió hacer una llamada telefónica. Debí esperar media hora a que llegara su defensor. Me entretuve con una taza de café, tan malo como mi humor. Debo reconocer que el cansancio ya comenzaba a hacer mella en mi ánimo.

Miller me avisó en cuanto el abogado le comunicó que él y su cliente estaban preparados para la entrevista, así que tiré con gusto el resto del café, cogí la carpeta que contenía todos los expedientes de la investigación, y me encaminé a la sala de interrogatorios.

El hombre que estaba sentado detrás de la mesa junto a Ralph Toller, un famoso penalista a quien todos los polis del Estado detestábamos, no tenía ningún parecido con el empresario arrogante y seguro de sí mismo que me recibió en su despacho unas horas antes. Para ese momento, ya su abogado le habría informado de que su situación era bastante comprometida.

—Señor Wilson. Le advertí que habría consecuencias graves si me mentía.

—Soy inocente —murmuró. Ralph apoyó su mano en el antebrazo de Richard para que se callara.

—Mi cliente se acoge a su derecho de guardar silencio, así que no tiene nada que declarar. Respiré profundo como una forma de atemperar mi enfado. Ya me esperaba algo así.

—Señor Wilson. Su abogado está en lo cierto. No está obligado a declarar si no quiere, pero le advierto que tenemos pruebas contundentes contra usted. En primer lugar, me mintió cuando me dijo que no sabía que Burns vivía en el Rothberg bajo el alias de Manny Bunkers — Richard palideció al comprender que su mentira se volvía contra él. Yo continué mi exposición mientras llevaba la cuenta de cada argumento con los dedos—. Durante nuestra entrevista anterior,

usted manifestó sentirse complacido por la muerte del conserje. No tiene coartada para la hora del crimen...

—Son pruebas circunstanciales —me interrumpió Ralph—. No son suficientes para acusar a mi defendido.

Ignoré las palabras del leguleyo y continué mi exposición.

—Por si fuera poco, encontramos un cabello suyo en la vivienda de la víctima. Tenemos la comprobación por ADN —El labio superior de Richard comenzó a temblar. Entonces encaré al abogado—. Convendrá conmigo en que esa no es una prueba circunstancial, señor Toller.

—Debo hablar con mi cliente antes de continuar este interrogatorio.

—Le juro que yo no lo hice —estalló Richard—. Quería, pero no pude. ¡No soy un asesino! Es cierto que supe quién era. Lo vi a lo lejos en uno de los pasillos del hospital cuando acudí a visitar a mi médico. Creía que lo había superado pero cuando lo reconocí, el mundo se volvió del revés. Todo el dolor y el odio que retuve desde el accidente me golpearon de repente y sí, quería verlo muerto...

—Ya es suficiente, Richard. Será mejor que no digas una palabra más —intervino Toller, previendo que su defensa se iba por el desagadero.

—Es su decisión, señor Wilson —insistí, al mismo tiempo que ignoraba la mirada enfurecida del abogado—. Sus palabras serán incluidas en el informe para el juez y continuaremos adelante con la acusación. Si se explica, tal vez pueda hacer algo por usted.

Toller rechinó los dientes. Por supuesto que consideraba que mi promesa era tendenciosa. Eso habría sido lo habitual. ¿Qué queréis? Soy policía, no hermanita de la caridad. Sin embargo, debo reconocer que en este caso sentía cierta empatía por el hombre cuya vida Manny destrozó sin mayores consecuencias. Está mal que yo lo diga, pero no sé qué hubiera hecho en su lugar.

Richard me miró a los ojos. No sé qué buscaba, ni qué vio, pero apartó el brazo que su abogado le sujetaba, se echó hacia atrás y continuó su relato.

—Después de encontrar a ese malnacido y que se me removiera la hiel lo seguí, llamé a su puerta y lo encaré. El bastardo ni siquiera me reconoció. Cuando le dije quién era me dejó pasar. Yo iba dispuesto a golpearlo hasta que me sangraran los puños, pero el muy desgraciado se echó a llorar y me dijo que lamentaba mucho lo que hizo. De repente, me encontré frente a un viejo indefenso que me pedía perdón. No soy un monstruo. Por supuesto que no lo perdoné. Tan solo salí de allí muerto de asco y me fui a casa. Me emborraché y no supe de mí hasta el día siguiente, cuando vi la noticia de su muerte en los periódicos. Entonces recordé que yo estuve en esa habitación y que era probable que hubiera dejado mis huellas o algún rastro biológico. Esa es la verdad, teniendo.

—¿Recuerda algo de esa noche después de que se emborrachara?

Richard negó con la cabeza.

—Me quedé dormido. Es todo lo que puedo decirle.

Aquello no pintaba bien. Aunque Wilson dijera la verdad, existía la posibilidad de que hubiera regresado al Rothberg bajo los efectos del alcohol para completar la venganza que no tuvo el valor de ejecutar sobrio. Regresé a mi despacho y dejé al detenido discutiendo con su abogado.

En mi despacho me esperaba un correo de Devins. Lo abrí y lo leí con cuidado, ansioso por descubrir quién era el misterioso hombre que se hacía llamar Fox y si podía tener relación con el asesinato de Manny. Comprendí el grave error que había cometido cuando lo tuve en blanco y negro frente a mí. También sentí que el mundo que conocía se desmoronaba a mi alrededor.

Alice.

No miento si afirmo que ese fue el peor día de mi vida. Despedí al último paciente y me ocupaba de escribir algunos informes que tenía pendientes, cuando la llamada que puso mi mundo del revés entró en mi teléfono celular. Era mi padre para avisarme de que lo habían acusado de la muerte de Manny Bunkers.

Cuando lo escuché de su propia voz no podía creerlo, ni mucho menos comprenderlo. ¿Mi padre arrestado por el asesinato del conserje del hospital? ¿Pero si ni siquiera se conocían! ¿De qué iba todo eso? Entonces recordé la extraña conversación que sostuve con él la noche anterior, y su interés por la noticia.

—¿Qué sentido tiene que te acusen, si tú no tenías ninguna relación con Bunkers?

Por desgracia, papá tenía una respuesta para mi interrogante.

—Ese hombre fue el culpable del accidente, cariño. Él asesinó a tu madre.

Un frío recorrió mi espalda. ¿Manny Bunkers causó el accidente que me dejó huérfana a los ocho años? ¿Ese abuelito amable y servicial era el mismo hombre que condujo borracho en sentido contrario a la vía, y arruinó a mi familia? Entonces recordé al teniente Kinsley, con su suspicacia y su hostilidad. Mis manos comenzaron a temblar.

—No te preocupes, papá. Buscaré un buen abogado y te sacaré de allí. Solo resiste.

—Claro que sí, cariño. Confío en ti.

Colgué con el corazón en la garganta. No me atrevía a hacerme la pregunta más evidente. ¿Era mi padre inocente? Sabía que no era un asesino, pero ¿hasta dónde podía llegar una persona si se le llevaba al límite? Aparté de mi cabeza la idea de que mi progenitor había cometido un acto tan deleznable como un homicidio. Mi padre era inocente y desafiaría a cualquiera que dijera lo contrario.

No podía seguir perdiendo el tiempo en reflexiones inútiles, así que me comuniqué con una amiga del instituto que era abogada mercantil. Ella sabría quién podría ayudarnos. El nombre que me dio no me era desconocido: Ralph Toller. Sus honorarios eran elevados, pero se trataba del mejor penalista del Estado. Lo llamé de inmediato. Aunque lo pillé saliendo de su despacho, me prometió que se haría cargo enseguida.

A pesar de que ya había cumplido con lo único que podía en esas circunstancias, me invadió la desesperación. ¿De qué otra forma podía ayudar a mi padre? ¿A quién más debería llamar? Mi hermana Theresa vive en Toronto con su familia, así que no podría contar con ella. Pensé en Dustin, pero comprendí que su intervención sería inútil en el mejor de los casos. Me sentí impotente y las lágrimas afloraron a mis ojos. Respiré profundo. No era el momento de llorar, sino de actuar.

Por alguna razón que no me podía explicar, una y otra vez recordaba la hostilidad de Kinsley. ¿Estaría él detrás de la acusación? Y si era así, ¿qué podía hacer yo para demostrar la inocencia de mi padre? Debo reconocer que en ese momento no pensaba con claridad.

No por primera vez, me pregunté quién podría haber asesinado a Manny. Kinsley mencionó un chantaje. ¿Qué ocultaba el conserje? Yo debería saberlo, pues era su terapeuta. Aunque ahora

comprendía que Bunkers no me lo había contado todo. Tal vez por instinto, mi mirada se desvió a la mala imitación del *Renoir* que me había regalado y que yo colgué en mi oficina por agradecimiento. Un cuadro que me obsequió el asesino de mi madre. En un impulso lo cogí y lo lancé lo más lejos que pude. Cayó detrás del sillón que usaba para la relajación de mis pacientes, y allí se quedó.

La ira me cegó. Decidí que no dejaría que ese bastardo volviera a arruinar a mi familia. Ni él, ni nadie. En un impulso marqué el número telefónico del teniente. No me respondió, así que le dejé un mensaje de voz. Le anunciaba que no iba a permitir que convirtiera a mi padre en un chivo expiatorio para colgarse una medalla, y que si él no era capaz de descubrir quién era el verdadero asesino, yo lo haría, aunque tuviera que desmontar cada ladrillo de la habitación del conserje. Colgué, cogí mi bolso y salí del despacho con paso apurado.

Aunque me moría de ganas de ver a mi padre, sabía que mi presencia no le serviría de nada. Así que en lugar de marcharme, me dirigí a la vivienda de Bunkers. Ya la Policía había terminado con ella y retiraron el perímetro en cuanto pudieron.

Fui una estúpida, ya lo sé. Era absurdo pensar que yo podría encontrar una evidencia que los expertos del CSI hubieran pasado por alto, pero ¿qué queréis? Estaba desesperada y no pensaba con claridad. Me decía a mí misma que yo conocía a Bunkers mejor que nadie, y que había estado en ese cuarto docenas de veces, así que notaría si algo estaba fuera de lugar. Era mi única ventaja y me aferré a ella como un náufrago a una tabla de salvación.

Mi teléfono comenzó a sonar. Lo saqué del bolso y fruncí el ceño. Era Kinsley. ¿Para qué me llamaba? Ya no tenía interés en hablar con él. Ninguno de sus argumentos podría convencerme de que encontró evidencias contra papá. Tenía la certeza de que el teniente averiguó lo del accidente y lo aprovechó para implicar a mi padre, resolver el caso y colgarse una medalla. Rechacé la llamada y lo apagué. De cualquier manera, ya la carga de la batería estaba casi agotada.

La habitación que Manny usaba como vivienda estaba en el último sótano, junto al cuarto de las calderas. Me interné en los solitarios pasillos hasta que llegué a mi destino. Yo misma no sabía qué buscaba, pero les puedo asegurar que no era lo que encontré.



En el pasillo todo se veía igual que antes del crimen. La Policía ya había retirado todo vestigio de su paso por allí. Según los rumores, se dieron prisa en concluir sus pesquisas por presión de las autoridades de la ciudad, quienes actuaron por solicitud de la directiva del hospital. Era el centro de salud más importante de Rothberg, así que no podían darse el lujo de permanecer sin un empleado de mantenimiento. Los acuerdos con Manny eran beneficiosos para ambas partes: vivienda gratis a cambio de disponibilidad las veinticuatro horas. Ahora tendrían que contratar varias personas que cumplieran las mismas tareas y organizar turnos. La muerte del conserje representaba una gran pérdida para el centro hospitalario.

Pude abrir la puerta con facilidad. La habitación estaba tan oscura que solo podía vislumbrar las siluetas de los muebles. Siempre me sorprendió la capacidad de Bunkers para vivir en un espacio tan reducido. Ahora lo comprendía. Condenaron a diez años al hombre que mató a mi madre, así que Manny debió pasar ese tiempo en una celda.

Presioné el interruptor, pero no ocurrió nada. Tal vez se fundió un fusible, o había una avería mayor. Por desgracia, no llevaba nada en el bolso para iluminar la habitación. Vaya detective chapucera. Mi esfuerzo quedó neutralizado en el primer intento por una simple avería

del sistema eléctrico. En eso pensaba y me disponía a darme media vuelta para marcharme, cuando una luz me encandiló desde el fondo de la habitación. También escuché un clic angustiante a mis espaldas. Alguien aseguró la puerta que acababa de cruzar.

Levanté el brazo y lo coloqué a modo de visera para proteger mis ojos de la potente linterna que los enfocaba de frente, y me cegaba.

—¿Quién...?

—¿Qué hace aquí, doctora? —me preguntó una voz de hombre que no reconocí—. Será mejor que responda.

—Yo... —me quedé *in albis*. ¿Qué podía decir? ¿Vine a buscar evidencias que absuelvan a mi padre? Era probable que me encontrara frente al asesino, y mis palabras solo servirían para que arremetiera contra mí.

La siguiente voz era femenina y provino de mi espalda. Esa sí la reconocí.

—Ella tal vez sepa... —sugirió Diana.

¿Saber? ¿Qué se suponía que debía saber? Aquello tomaba un cariz que no me gustó.

—Yo no sé nada.

—No me respondió. ¿Qué hace aquí? —insistió Colin, que era quién sostenía la linterna que me cegaba.

—La Policía acusó a mi padre del asesinato de Manny. Vine para buscar alguna evidencia que lo exonere.

—¡Miente! —gritó Colin enfurecido—. ¿Qué podría encontrar usted para aclarar el homicidio, si ya los expertos de la Policía rastrearon todo el lugar?

—Ellos no conocían a Bunkers como yo.

—Así que usted reconoce que conocía bien a mi padre —me susurró Diana en el oído, mientras tiraba de mi cabello—. Él hablaba muy bien de usted. La ponía como ejemplo y le tenía confianza. Estoy segura de que se lo dijo.

—Desde luego que no. Él nunca me confesó quién era en realidad, ni tampoco habló del accidente.

Alguien debió reponer el fusible, porque en ese momento se encendió la luz. Tanto Colin como Diana miraron la lámpara con preocupación. Era evidente que preferían el control que les daba la oscuridad.

—¿Accidente? ¿De qué está hablando?

Los intrusos se miraron entre sí. Su confusión era auténtica. No sabían a qué me refería.

—Hablo del accidente que llevó a Manny a la cárcel. En él murió una mujer, mi madre, y fue su culpa.

Colin enfocó la mirada en su pareja y Diana asintió despacio.

—Recuerdo algo al respecto —reconoció ante la expresión confundida de él—. No tiene nada que ver con nuestro asunto. Nunca le di importancia.

Johnson parecía sobrepasado por los acontecimientos, pero su desconcierto no era nada en comparación con el lío que tenía yo en la cabeza. Por razones obvias, no había entrado en la casa de Bunkers desde el día anterior al asesinato, así que no sabía el desorden que había allí. Era evidente que alguien había registrado a fondo en el lugar. Todos los armarios y gavetas fueron vaciados de su contenido, algunos muebles estaban volteados y los cortaron con un cuchillo.

—¿Qué pasó aquí? —pregunté.

—Usted debe saber dónde está —insistió Colin, volviendo al punto de partida de la discusión.

—¿Dónde está qué?

—El botín —respondió Diana—. El medio millón de dólares provenientes del robo en el que participó mi padre. Sé que él los guardaba, pero nunca me dijo dónde. No quería que fueran para mí. Debió decírselo a usted.

—Yo no sé nada de ningún robo.

Diana tiró de mi cabello con más fuerza.

—Si cree que puede quedarse con el dinero y usarlo, ya puede cambiar de opinión. Está marcado. En cuanto ponga el primer billete en la calle, la Policía la arrestará.

—Entonces, ¿por qué lo buscan ustedes con tanto ahínco?

—Conseguimos un acuerdo —respondió Colin con orgullo—. Nos pagarán sesenta centavos por cada dólar. Eso significa trescientos mil dólares limpios.

—¡Cállate, imbécil! —le gritó Diana—. ¿Es que no puedes mantener la boca cerrada?

Johnson se mostró intimidado. Eso me indicó quién era el fuerte de la pareja, aunque no me serviría de nada.

—Díganos de una vez dónde está el dinero —me ordenó Diana, y el tirón del cabello me obligó a echar la cabeza hacia atrás en una posición muy incómoda.

—Os juro que no sé nada de ningún botín —les aseguré con la voz entrecortada y lágrimas en los ojos.

—Si no nos lo dices, te arrepentirás —me amenazó la hija de Bunkers.

Un tintineo en el pasillo puso en alerta a la pareja. Comprendí que era mi oportunidad, así que grité pidiendo auxilio lo más alto que pude. El golpe no lo vi venir. Supongo que me lo dieron con la linterna. Lo siguiente que recuerdo es que estaba tendida en el suelo y que se me hacía difícil permanecer consciente. Decir que estaba aturdida sería un eufemismo. Sin embargo, conservaba la suficiente lucidez para darme cuenta de que alguien había abierto la puerta y que el tintineo anterior correspondía a unas llaves.

En el umbral vislumbré una silueta y me pregunté quién sería. ¿Recibiría ayuda, o se trataba de un cómplice de Diana y Colin? Recordé mi experiencia con Phil y sentí un estremecimiento.

La figura entró en la habitación y la luz de la lámpara le dio de lleno. Entonces solté un suspiro de alivio porque reconocí a Paul Revie. De nuevo mi amigo llegaba a tiempo para salvarme.

El miedo se reflejó en los rostros de Colin y Diana, mientras yo me preguntaba qué hacía Paul con una pistola en la mano, que además contaba con un silenciador.



Por supuesto que la llegada de Paul cambió la situación por completo. La pareja abandonó su actitud agresiva y comenzó a dar explicaciones inverosímiles acerca de los motivos por los que se encontraban allí. Estaban tan asustados que atropellaban las palabras y hablaban a la vez, por lo que no era posible entenderlos. Revie mantenía una expresión severa que yo no le conocía.

Todavía me sentía un poco aturdida y me dolía la cabeza a causa del golpe, pero conseguí ponerme de pie. Colin y Diana se habían olvidado de mí, y Paul no les quitaba la vista de encima.

Sentí un enorme alivio ante el vuelco que dio la situación, así que le sonreí a mi salvador y di un par de pasos en su dirección. Mi sorpresa fue enorme cuando Revie desvió el arma para apuntarme.

—No des un paso más —me advirtió con voz autoritaria

—Paul, ¿qué ocurre?

—¿Qué haces aquí?

Lo peor fue su tono de voz. Me sentí desconcertada porque no fui capaz de reconocer a mi amigo en el hombre que apuntaba con un arma a mi pecho.

—¿Qué te pasa, Paul? ¿Por qué me tratas así? ¡Somos amigos!

Él enarcó las cejas y luego sonrió con sarcasmo.

—¿Amigos? Sí, supongo que lo somos, pero las circunstancias cambiaron. Si este par de crápulas tiene razón, Burns te confesó dónde escondió el botín. Es lo único que me importa en este momento, así que será mejor que me lo digas.

Un estremecimiento me recorrió el cuerpo. Yo no tenía idea de lo que me hablaban, pero estaba segura de que Revie no me creería. Tampoco podía mentir. Tenía la certeza de que si trataba de engañarlo, su reacción sería violenta. Mi única salida era ganar tiempo. ¿Para qué? No tenía idea. Nadie sabía que estaba allí, así que no albergaba esperanzas de recibir ayuda, pero no tenía alternativa.

Por el rabillo del ojo atisé un movimiento. Aprovechando que Paul estaba concentrado en mí, Colin avanzó un par de pasos, tal vez con la intención de sorprenderlo. Un esfuerzo inútil. Revie era un ex soldado entrenado, así que no se dejaría engañar con tanta facilidad. Desvió el arma de mi pecho al de Jhonson y le ordenó que no se moviera. Que dejara de apuntarme representó un leve alivio, aunque en realidad mi situación no había cambiado mucho. Diana comenzó a lloriquear y noté que Colin temblaba como una hoja. Llené mis pulmones de aire para controlar mi ansiedad, y me armé de valor para hablar:

—Tú asesinaste al conserje. ¿No es así?

—Estaba en mi derecho. Él mató a mi padre para robarle el botín.

—¿Fox era tu padre? —preguntó Diana, sobreponiéndose al llanto.

—Su verdadero nombre era Arthur Revie, aunque siempre lo mantuvo en secreto. Burns lo asesinó y se quedó con el dinero. Yo tenía ocho años y lo vi todo desde mi escondite. El botín me pertenece por derecho, y nadie saldrá de aquí hasta que me digan dónde está.

En esta ocasión, Paul fijó la mirada en Diana, quien contenía la respiración. Yo trataba de comprender qué era lo que ocurría. Sabía que Manny estuvo involucrado en el accidente de mi madre y que ese no era su verdadero nombre, pero todo aquel asunto sobre un dinero robado era nuevo para mí. Tampoco sabía nada sobre el padre de Paul. Él nunca lo mencionó en nuestras sesiones de terapia. El silencio era tenso. Revie parecía muy dispuesto a disparar. Con voz temblorosa, Diana se atrevió a hablar.

—Ni Colin, ni yo sabemos dónde está el dinero. Reconozco que conocía su existencia porque mi padre lo mencionó en alguna ocasión cuando estaba borracho, pero nunca me dijo dónde lo escondió. Por eso estamos aquí esta noche. Teníamos la esperanza de encontrar alguna pista que se le hubiera escapado a la Policía y que nos condujera a su paradero. Ella sí debe saberlo —afirmó la muy...— Mi padre confiaba en ella.

Revie volvió a concentrar su atención en mí. Por saber, yo no sabía ni de qué estaban hablando, así que negué con la cabeza.

—Yo no sé nada de ningún dinero. Bunkers nunca lo mencionó.

—¿Entonces, qué haces aquí?

—La Policía arrestó a mi padre por el asesinato de Manny. Creí que podría encontrar una prueba que lo exculpara.

Revie volvió a sonreír con sarcasmo.

—Así que Jarod erró el tiro varias yardas en esta ocasión. Tal vez no sea tan listo como cree. De cualquier manera, no pienses que soy tan ingenuo, Alice. Tú sí eres una chica lista. No

perderías el tiempo buscando una pista, donde ya los expertos de la Policía hicieron un barrido. No, tú viniste a buscar el dinero, y ahora mismo me vas a decir lo que sabes al respecto.

El cañón del arma volvió a apuntarme y comencé a temblar sin control. Sentía las piernas como gelatina. Estaba aterrada, pero no sabía qué hacer para no terminar como Bunkers.

—Paul, tienes que creerme —le rogué, con lágrimas en los ojos—. Yo no sé nada sobre ningún botín.

—Tienes diez segundos para hablar —sentenció, con una mirada que me convenció de que estaba dispuesto a disparar.

Rompí a llorar sin poder evitarlo. Es duro saber que estás a punto de morir. ¿Dónde estaba aquel hombre dulce y atento al que yo admiraba por su entereza para afrontar su desgracia? Todo fue una mentira. Una pose para causar simpatía.

—Paul...

—Cinco... cuatro... tres... dos...

—¡Suelta el arma, Paul!

La voz autoritaria en la que percibí un ligero temblor provino del pasillo, y nos sorprendió a todos.



Revie avanzó un paso y dio un cuarto de vuelta para mirar hacia la puerta sin perder el control de la situación. Desvió la pistola y apuntó a Diana, que era a quien tenía más cerca. La hija de Bunkers gimió. Kinsley se encontraba en el umbral y sostenía su arma reglamentaria con ambas manos, mientras apuntaba al pecho de su viejo amigo. Su rostro era la estampa de la más pura desesperación.

—Suelta el arma, Paul —le repitió, con voz forzada—. No me obligues a disparar.

—Tú no harías eso, Jar. A mí no.

—No me pongas a prueba.

Un ligero temblor agitaba las manos del policía, y estoy segura de que Revie era tan consciente de ello como yo.

—Escucha, Jar. Hay mucho dinero en juego. Quinientos mil. Podríamos dividirlos. La mitad será para ti.

—Supongo que no estás hablando en serio. Te diré qué haremos: vas a dejar esa pistola en el suelo, despacio y sin movimientos bruscos. Te llevaré detenido y buscaremos un buen abogado.

—¡No seas imbécil! Ningún abogado podrá quitarme los veinticinco años de condena sin condicional. Eso si no me dan perpetua. No pasaré el resto de mi vida en prisión.

—No debiste asesinar a Manny. Si lo hubieras denunciado en lugar de chantajearlo...

—Así que lo sabes. El viejo cobarde hubiera hecho cualquier cosa para que no se descubriera su pasado. Era una buena fuente de ingresos. Y me lo debía.

—¿Por qué lo mataste?

—Porque se negó a seguir pagando. Lo desahucieron, así que decidió que de cualquier manera pasaría sus últimos días en una cama de hospital. Ya no le importaba que lo delatara. Burns no era el anciano indefenso que aparentaba, así que yo siempre venía armado con mi *Ka-Bar*. Fue un impulso. Cuando me enfrentó me enfurecí y se lo clavé en el corazón. Estaba seguro de que tenía escondido el botín aquí, pero me equivoqué. El viejo resultó más astuto de lo que creía.

—Ya todo terminó, Paul. Suelta el arma. No tienes otra salida.

Revie se echó a reír como si le hubieran contado un chiste.

—¿En serio crees que soy tan estúpido? Por supuesto que no me voy a entregar. En lugar de eso, la doctora y estos imbéciles me dirán lo que saben para que les permita vivir, y tú me dejarás marchar.

—¿Por qué haría eso?

—Porque tú también me lo debes. ¿O te olvidas de que perdí una pierna por tu culpa?

El rostro de Kinsley reflejó un dolor casi físico ante las palabras de Revie. Paul supo golpearlo en sus sentimientos más profundos, y me pregunté si lo habría convencido. Las deudas por culpa pueden debilitar las barreras morales, y yo no estaba segura de qué tan fuertes serían las del policía.

—Me salvaste la vida, lo reconozco, pero fue porque reaccionaste ante un ataque de los *muyahidines* para defenderte. Ambos sabemos que no tenías otra alternativa, o también hubieras terminado muerto. Después de comprobar tu conducta, no estoy seguro del desenlace de aquella escaramuza si hubieras tenido la opción de huir sin pelear.

—Supongo que eso nunca lo sabremos —admitió Paul—, pero lo que pasó fue que salvé tu vida y perdí una pierna. Así que me lo debes, Jarod.

Mi lado profesional encontró un patrón y tuve que intervenir para aliviar la presión sobre Kinsley.

—Estás convencido de que todos te deben algo, Paul —Revie fijó su atención en mí, sin dejar de vigilar al policía—. La realidad es que no es así. Manny tenía una deuda con la Ley, no contigo. Con respecto a lo que ocurrió en Afganistán, tú solo cumpliste con tu deber, al igual que Jarod. Tú perdiste una pierna, pero no por su culpa.

Por supuesto que mis palabras lo enfurecieron. A los tipos como Revie no les gusta que les lleven la contraria. El arma que tenía en sus manos cambió de objetivo y apuntó a mi pecho. Sí, lo sé. Tendría que haberme mordido la lengua, pero mi deber en ese momento era aliviar la culpa que atosigaba a Kinsley.

Yo no lo noté, sino que Jarod me lo contó después. Sin dejar de apuntarme, Revie deslizó el dedo por el gatillo de la pistola automática. Entonces escuché un disparo y él cayó al suelo. La sangre manaba de su hombro.

Kinsley corrió hacia él con el arma todavía humeando, y se agachó a su lado. Las lágrimas inundaron sus ojos y gritó pidiendo ayuda, mientras lo sostenía entre sus brazos y taponaba la herida con un trozo de tela que consiguió rasgando su propia camisa. Yo encendí mi móvil y usé la poca carga que le quedaba a la batería para pedir ayuda.

—¡Maldición Paul! ¡Imbécil! Te advertí que no me obligaras a dispararte.

Revie entreabrió los ojos y esbozó una sonrisa sarcástica.

—Te subestimé, Jar... No creí que pudieras...

—Aguanta. Estamos en un hospital. Te salvarán. Tú solo aguanta un poco más... —le rogó Kinsley con desesperación.

—No debí confiar en ellos...

—No hables, amigo. Conserva las fuerzas.

—Los muy malditos... Dijeron que esperarían a que me alejara...

Confundido, Kinsley levantó la mirada hacia mí.

—¿De qué está hablando?

Yo encogí un hombro. Por supuesto que no tenía ni idea. Solo sabía que Revie deliraba.

—Pagaron bien, confié en ellos... ¡Mierda! Me traicionaron...

Comencé a comprender a qué se refería y observé la reacción de Kinsley. Creo que en

medio de su angustia, ni siquiera lo escuchó.

—No hables más. Solo aguanta, Paul —le susurró su amigo y luego levantó la mirada hacia la puerta—. ¡Maldita sea! ¿Dónde está la ayuda?

Como si los hubiera invocado, en el umbral aparecieron dos paramédicos con una camilla, pero ya era tarde. Paul Revie murió en los brazos del policía que le disparó.

Jarod se aferró a su cuerpo y rompió a llorar mientras lo acunaba. Los paramédicos se quedaron inmóviles sin saber qué hacer. Yo respiré profundo, conmovida por el dolor de Kinsley. Me acerqué a él y apoyé mi mano en su hombro. Les pedí a mis compañeros que llamaran a la Policía y poco a poco conseguí que el teniente se separara del cuerpo de su malogrado amigo.

Jarod.

Los días posteriores a la muerte de Paul fueron un infierno. No resultó fácil explicarles a mis superiores cómo terminó muerto el hombre al que iba a arrestar. Tuve la suerte de contar con las declaraciones de la doctora Wilson y quién lo iba a decir, de la hija y el yerno de Bunkers.

Eso no impidió que me suspendieran por tres meses y me retiraran el arma y la placa hasta que todo el asunto se aclaró. Para mi sorpresa, durante la audiencia quien más abogó en mi defensa fue la capitana Taylor. Sorpresas que te da la vida.

Tal vez lo que me resultó más difícil fue justificarme a mí mismo. Decir que me sentía abrumado sería como llamar llovizna al diluvio universal. Cuando abrí el expediente que me envió Devins, descubrí que el nombre de Fox era Arthur Revie, y entonces lo comprendí todo. Mi amigo creció en un orfanato porque su padre, que ya era viudo, falleció cuando él tenía ocho años. Fue el mismo año que robaron el Banco. Como no creo en las coincidencias deduje que Burns fue el responsable de la muerte de Arthur. Paul debía saberlo.

Por supuesto que tenía la esperanza de estar equivocado, y me disponía a visitar a Revie para interrogarlo. Saqué el móvil para acordar un encuentro con él, pero entonces escuché el mensaje de la psicóloga y tuve un mal presentimiento. Si yo estaba en lo cierto, Manny se habría quedado con el botín, lo cual convertía su vivienda en un imán para cualquiera que lo supiera. Y eso incluía al asesino.

Traté de llamar a Wilson para advertirle, pero su móvil no tenía cobertura, así que subí a mi coche y empleé la sirena hasta que me acerqué a una distancia prudencial del Rothberg. Entonces la apagué. Si la doctora estaba en peligro, no sería buena idea anunciar mi llegada.

Mis esperanzas de haberme equivocado se fueron al traste cuando llegué a la habitación de Manny. Si tan solo Paul no hubiera sido tan estúpido... Lo último que quería era lastimarlo, pero no podía permitir que le disparara a la doctora Wilson. Juro que mi intención no era matarlo. Solo quería desarmarlo y por eso apunté a su hombro, pero la fatalidad desvió la bala.

Aunque el comité que me juzgó no creyó mis palabras en un principio, los resultados de la autopsia confirmaron mi declaración. Paul Revie murió de una herida de bala en el corazón. El proyectil entró por el hombro derecho, rebotó en el omóplato y cambió su trayectoria. Atravesó el corazón de mi amigo de arriba hacia abajo y de derecha a izquierda. Y fui yo quien puso esa bala en su pecho, y al hacerlo maté a un héroe.

Las palabras que Revie pronunció en el umbral de su muerte no tuvieron sentido para mí. Deliraba, así que ni siquiera las escuché. Alice sí lo hizo y también las repitió durante su declaración. La capitana Taylor inició una investigación y entonces se supo la verdad: hubo un depósito importante de dinero en la cuenta de Paul los días previos al ataque en Nangarhar. La cuenta de donde provinieron los fondos ya había sido intervenida por estar relacionada con grupos terroristas. Eso dio sentido a las últimas palabras de Revie. No fue un héroe. Nos vendió a los *muyahidines* y ellos lo traicionaron. Según Alice, Paul tenía una personalidad psicopática que lo convertía en amoral. El bien y el mal tenían el mismo valor para él. Su conducta dependía de cuál le conviniera más en el momento. Me pregunté si ese era el mismo hombre a quién yo consideraba

mi amigo.

Al padre de Alice lo liberamos la misma noche en que descubrimos que Revie era el asesino. Fue lo último que hice antes de que me suspendieran. No quería que la excarcelación de un inocente se retrasara por la burocracia. En especial si era yo quien lo había puesto detrás de las rejas. También ordené la liberación de Burton. Esperaba que la lección le sirviera para que no volviera a mentirle a la Policía.

Encontramos el dinero del robo del Banco gracias a la doctora Wilson. No estaba en la habitación de Manny. El viejo asaltante no era tan torpe. Después de que el CSI terminó el nuevo registro de la vivienda del conserje con el mismo resultado del primero, mis compañeros se dieron por vencidos. El secreto del paradero del botín se había ido a la tumba con Burns. Eso creímos hasta que Wilson reanudó sus consultas. Diana Bunkers siempre tuvo razón. Manny dejó su mayor secreto en manos de quien confiaba.

Cuando Alice recogió los restos del cuadro que arrojó al saber quién era Bunkers, del revés del lienzo cayó un sobre. Por supuesto que ella llamó a la capitana sin abrirlo, y el CSI lo recogió. En su interior encontraron una identificación falsa y la llave de un casillero en la Oficina de Correos. Y sí, lo habéis adivinado: dentro del casillero había un morral con quinientos mil dólares, cuyos seriales correspondían al dinero robado. Habíamos encontrado el botín.

Pero volvamos al día de la audiencia. No podía sentirme peor. Aunque descubrir la traición de Paul me ayudó un poco a mitigar la culpa, no fue suficiente. Supongo que en el fondo todavía no era capaz de creerlo. Por otro lado, en esa audiencia se definiría mi futuro. Si me encontraban culpable sería el fin de mi carrera policial, además de que podría enfrentarme a cargos por homicidio.

La presentación de declaraciones y evidencias se prolongó por tres días. Los más largos de mi vida. La tarde del último, después de una larga deliberación, el comité me declaró inocente, al concluir que disparé para salvar la vida de tres rehenes.

Cuando salí de la audiencia me parecía que estaba en un mundo irreal. En el pasillo me esperaba Alice. Me felicitó en cuanto supo el resultado.

—Ojalá pudiera absolverme a mí mismo, como lo hizo el comité.

—El tiempo curará las heridas —sentenció la doctora.

Aparté la mirada mientras llenaba mis pulmones. No quería que me tratara con condescendencia.

—Si está aquí como psicóloga, pierde el tiempo conmigo. No me gustan los psicólogos.

—Estoy aquí como amiga.

Fue un golpe bajo. Olvidé mi arrogancia y detallé la expresión de su rostro. Había comprensión y sinceridad en su mirada. Justo lo que yo necesitaba en ese momento. Se rompieron mis barreras defensivas, y toda la tensión de los últimos días afloró. El llanto brotó desde mi pecho sin que pudiera impedirlo, y antes de que me diera cuenta, me encontraba abrazado a ella y lloraba en su hombro.

OTROS TÍTULOS DE ESTE AUTOR:

[El emisario de la muerte:](#)



La tragedia irrumpe en la vida de Adam Spear, agente del FBI, cuando se enfrenta al mayor desafío de su vida profesional. El criminal al que persigue asesina a su familia y muere al intentar destruir las pruebas en la escena del crimen. Spear cae en una espiral de depresión que lo arrastra a un sanatorio mental, perdiendo la confianza de sus jefes y colegas. Cuando regresa a la Agencia, sus superiores lo transfieren a una oficina provincial, y le asignan actividades de poca importancia. En el curso de una de estas tareas llega a Evergreen, un pueblo pequeño, aislado y tranquilo en Wisconsin, donde ocurren una serie de asesinatos que Spear comprende que solo él puede resolver... pero para conseguirlo tendrá que sobrevivir.